



SERIE HALCÓN

Dark

MAN

ANISA GJKDHIMA

INTERNATIONAL BEST SELLER AUTHOR

Anisa Gjikhima

Dark Man

Serie Halcón Vol. 1

Novela

Todas las referencias a personas o hechos son puramente casuales. Todos los elementos de esta novela son fruto de la invención del autor.

Copyright © abril 2017 por Anisa Gjikhima
Im. Cubierta adobestock.com
Cubierta a cargo de Elira Pulaj
Diseño gráfico a cargo de Valentina Modica
Traducción a cargo de Isabel M^a Garrido Bayano

Sin dolor no hay triunfo, sin espinas no hay trono. Sin heridas no hay gloria, sin cruz no hay corona.

William Penn

A ti, que estás leyendo.

VALENTINE

Mi alma cuenta los días que la separan de la tranquilidad. Mi corazón late como el tictac de un reloj. El tiempo sigue su curso, pero cada segundo que pasa es como un cuchillo que no para de perforarme y no me deja descansar.

¿El destino? ¡Qué mierda tan grande! No somos dueños de nuestro destino, de hecho, nunca lo hemos sido. Nos convencemos hasta el final, pero los hechos demuestran lo contrario.

A veces no nos damos cuenta de lo que tenemos hasta que lo perdemos. Y es justamente eso lo que me ha pasado. Tenía una vida plena y agradable, una familia a la que amaba, un trabajo para el que había estudiado. Sin embargo, todo se desvaneció en unos pocos minutos. Me quedé sola viviendo día tras día con una sensación de vacío y una rabia que me consumía poco a poco.

Mi corazón late porque tiene que hacerlo, no porque quiera. Los sentimientos positivos se evaporaron y ocuparon su lugar el odio y la rabia. Ya no sé lo que significa sonreír y vivir una vida en paz. A veces me pregunto si lo que tenía había existido de verdad. ¿Puede el *todo* transformarse en *nada*?

Destierro los pensamientos sobre el pasado encogiéndome de hombros y respiro profundamente.

Vaciada. Privada de mi vida y condenada a vivir cuando me gustaría estar muerta.

Es un cálido domingo de verano en La Habana. El típico domingo en el que muchos van a la playa, otros preparan barbacoas y otros todavía están de vacaciones.

Después estoy yo, Valentine. Sola, en la habitación de hotel de una zona degradada de la ciudad. Una chica de veintiocho años con un mínimo de inteligencia no debería acercarse a esta zona, pero estoy justo donde quiero estar.

Le doy una calada profunda al cigarrillo y cierro los ojos.

Estoy tranquila y concentrada: esto es lo que he elegido, pues soy la versión dañada y contorsionada de una mujer que, hace un tiempo, creía que tenía una vida perfecta.

¿Qué es lo que queda de mi pasado?

Solo un recuerdo muy bonito con un regusto amargo.

Cojo la taza de café que está apoyada sobre la mesita sucia y bebo el contenido mientras pienso en el desafío al que me tengo que enfrentar.

Será duro, pero lo haré. He pasado los últimos dos años preparándome para esto. No huiré de la única oportunidad que tengo para agradecerle a Carlos Gardosa.

Dejo llevar el cuerpo por la cama y observo el techo.

Estoy tensa, pero no puedo relajarme ni un segundo, esta noche me juego el todo por el todo.

Tengo que parar de pensar, necesito dar una vuelta.

Me levanto de la cama, cojo la cazadora de cuero, el casco, los guantes y las llaves. Antes de salir, me paro sobre el umbral de la puerta y miro a mi alrededor.

No me olvido de nada, ya no tengo nada.

El sol me da de lleno en la cara y estrecho los ojos por la molestia, ya no recuerdo cuándo fue la última vez que vi la luz del día.

Miro mi moto y suspiro. Tengo que ganar. En cinco horas empezará la carrera, pero antes tengo que hacer una última cosa: decirle adiós para siempre a lo que fui y aceptar todo lo que llegará. Tengo que suprimirme.

VALENTINE

Respiro profundamente mientras sujeto el manillar de la moto con las manos. Miro a mi alrededor buscando a los rivales. En las carreras clandestinas puede participar cualquiera que pase por allí y nadie es de verdad quien dice ser. No fue difícil entrar en el negocio de las carreras clandestinas, me bastó ganar algunas carreras más pequeñas para destacar en el círculo de Carlos Gardosa. Esta vez he apostado mucho por mi victoria, pero no lo hago por el dinero. Me enteré de que cada tres meses Carlos recluta un nuevo piloto para sus tráficoos ilegales.

Cuando gane, quiero que sea Gardosa el que me dé directamente el premio para revelar que soy la «motorista desconocido». No ha sido fácil mantener un halo de misterio a mi alrededor, pero lo he conseguido. Fue suficiente ponerme un mono grueso en los lugares adecuados.

Jamás habría destacado si hubiese sabido que soy una mujer, pero le demostraré que el sexo del piloto no importa.

Le necesito, tanto como él me necesita a mí.

Alguien se acerca por mi derecha, me giro y me encuentro con un hombre montado en una MV Agusta F3. Sus ojos aguamarina me observan con atención, como si me estuvieran analizando. No puede verme, la visera oscura no le permite saber quién soy y parece que le molesta.

Se pone bien los guantes sin quitarme la mirada de encima, se santigua y se baja la visera. Las apuestas van a cerrarse pronto y la gente se apresura a apostar por quien creen que ganará. Miro la carretera que hay frente a mí e intento concentrarme.

Otro rival avanza y se pone a mi izquierda. Mis adversarios dan acelerones

para llamar la atención sobre ellos. ¡Qué ridículo!

Me coloco bien en el sillín y pulso el botón de arranque. El familiar ruido del motor me enciende hasta a mí. He elegido personalmente mi Kawasaki Ninja y le he hecho algunos cambios para que sea única en su clase, pero mis adversarios no lo sabrán jamás.

Una chica ligera de ropa se pone delante de nosotros, se lleva la mano a los labios y bendice a los pilotos con un beso; después, siguiendo el ritmo sensual de la música de fondo, se quita el sujetador y lo ondea en el aire.

Los hombres se regocijan y silban en señal de aprobación. Yo pongo los ojos en blanco.

Hombres. No hace falta mucho para llamar su atención.

El momento de demostrar lo que sé hacer ha llegado. Libero la mente, no pienso en nada que no sea en mi objetivo. El recorrido es fácil: tres vueltas al bloque y después recto hacia Embalse El Pitirre. Hay muchas curvas estrechas al principio, pero después habrá una recta larga y es allí donde tendré que presionar más.

En la línea de meta quizás me encuentre con Carlos, pero no puedo contar con ello. Seguramente habrá enviado a uno de sus hombres para controlar la situación, no se expone personalmente.

La rabia palpita y vive en mi interior a la espera de salir, pero intento controlarla permaneciendo impassible a los ojos del mundo.

La chica se queda posicionada a pocos metros delante de nosotros. Sonríe y empieza la cuenta atrás. Suelta el sujetador y, en cuanto llega al suelo, las motos salen disparadas dando comienzo a la carrera. No existe nada aparte de mí, de mi moto y de la carretera que me llevará a la victoria. Canturreo para relajarme y llego a las proximidades de la primera curva, donde mis adversarios me superan.

Agarro con fuerza el manillar y acelero todavía más para aumentar la velocidad. Me inclino hacia la derecha, con la rodilla rozando el suelo mientras hago la curva.

Los otros pilotos continúan delante, pero porque quiero. Tienen que bajar

la guardia, en ese momento les adelantaré y pondré mucha distancia de por medio.

Me encanta acelerar con mi moto, me hace sentir poderosa. La adrenalina me pone eufórica y me deja en la boca el sabor de la libertad.

Todo va rápido y llega justo mi momento preferido. No tengo miedo de equivocarme, no tengo miedo de hacerme daño porque ya no tengo nada que perder.

Las curvas se suceden una tras otra, mis adversarios permanecen a la cabeza bloqueando cada uno de mis pobres intentos de adelantamiento, soy yo la que quiere quedarse detrás de ellos. He calculado el tiempo que falta para llegar a la meta, en tres minutos exactos haré mi movimiento. Sigo conduciendo mientras canturreo un tema inventado que me sirve para concentrarme.

Uno de los dos pilotos que tengo delante se acerca peligrosamente al otro para enviarlo fuera de la carretera, pero no lo consigue. Hago las dos últimas curvas y por fin veo la recta que me llevará a la meta. Ha llegado la hora de volar.

Pulso el botón negro al lado del manillar y la moto acelera con emoción.

Aprieto los dientes mientras intento mantener el control, y en cuanto encuentro una pequeña abertura entre los dos los adelanto de camino hacia la meta.

No puedo distraerme, tengo que estar pendiente de la moto, que acelera superando los 350 km por hora.

Soy un relámpago, la línea de meta se acerca cada vez más y nada podrá interponerse entre la victoria y yo.

Veo en la lejanía la multitud de personas que esperan al vencedor, el pulso se acelera y sé perfectamente a qué se debe. Por fin, tras tanto esfuerzo, estoy en un punto de inflexión.

Paso por la línea de meta mientras el público se regocija y me paro con un derrape. Apoyo el pie en el suelo y la respiración va volviendo a la normalidad. Parece que hubiese estado aguantando el aire durante toda la

ruta.

Miro a mi alrededor intentando ver si Carlos está allí, pero no lo veo.

En cambio, reconozco a uno de sus hombres, que está al teléfono; seguramente le esté informando sobre el éxito de la carrera. Estoy en alerta mientras observo al hombre.

Venga, dile que has encontrado a su nuevo piloto. Hazlo, imbécil.

Sudo en frío.

Mientras tanto, llegan los otros corredores y uno de ellos se me acerca y me da la mano, pero lo ignoro. No estoy aquí para hacer amigos.

El hombre de Gardosa me observa atentamente mientras sigue hablando por el móvil; después, acaba la llamada.

Sigo sus movimientos con atención. Mete el teléfono en el bolsillo y luego se acerca con aire relajado. Ahora está a un paso de mí.

—Enhorabuena por la carrera —dice mientras mete la mano dentro de la chaqueta—. Hay alguien que quiere conocerte —concluye entregándome un sobre negro.

Lo cojo y asiento, pero no hablo. Abro el sobre y leo:

Club Diablo
Calle Leonardo Valdés
Esta noche a las 22 horas

—Sé puntual.

Meto el sobre dentro de la cazadora de cuero y me subo a la moto.

3

CARLOS

Mi vida ha sido como un incendio que ha ido aumentando la intensidad poco a poco volviéndose cada vez más imparable, y además quema.

Soy fuerte.

Soy poderoso.

Soy yo.

La Habana es mi ciudad en todos los sentidos. ¿Quieres un favor?

Llama a Carlos Gardosa.

¿Estás pasando por un momento difícil?

Llama siempre y solo a Carlos Gardosa.

La única cosa que no debe hacerme la gente es meterme en problemas. Odio las pérdidas de tiempo y las tergiversaciones de palabras, pero detesto sobre todo las mentiras.

Por suerte las reconozco, pero es una facultad que he desarrollado por necesidad por culpa de mi pasado.

Las personas mienten constantemente, están tan habituadas a mentir que no saben reconocer la verdad, pero yo sí, me vale con observar.

Me divierte estudiar los movimientos inseguros de quien tiene algo que esconder, asistir a los imperceptibles cambios de respiración, seguir la mirada que, inconscientemente, vaga en busca de inspiración. No es difícil descubrir a un mentiroso, al igual que no es difícil hacerle entender a un completo idiota quién es el que manda.

Cojamos como ejemplo este mismo momento: tengo delante a uno de los muchos tontos tocapelotas.

El aquí presente homúnculo es el propietario del Club Diablo o, para ser más precisos, mi Club. Por razones obvias escogí un testafarro y ahora esta subespecie de primate cree que tiene la voz cantante.

¿He dicho ya que odio que la gente me toque los cojones? Es posible, pero lo repito: ¡no lo soporto!

Me pone hecho una furia y es contraproducente. No me gusta ser violento, pero a veces tengo que serlo para que las personas entiendan cuál es su lugar. Díaz, por ejemplo, necesita que le refresquen la memoria.

—Ella no puede... —protesta.

De repente, levanto la mano hacia su dirección en un gesto que en todos los idiomas significa «cierra la puta boca».

Me pongo de pie y abrocho la chaqueta de mi traje azul.

Vamos a recordarle quién soy.

—Aclaremos de una vez por todas la situación, Díaz.

Rodeo el escritorio tranquilamente, después me paro cuando estoy lo bastante cerca como para leer la tensión en sus ojos.

Se está acojonando.

—La próxima vez que pongas un pie en esta oficina y me faltes el respeto, te corto los huevos y te los meto por la boca.

Abre los ojos, pero no le dejo ver que me divierte la situación, sé el miedo que puedo infundir.

—Señor Gardosa —murmura bajando la vista.

Menudo subnormal.

—No me busques, no pongas a prueba mi paciencia. Todos los meses recibes tu paga por no hacer nada. No permitiré que interfieras en las decisiones del Club. ¿Entendido? —gruño.

Cuando vuelve a alzar la vista hacia mí, mi mirada lo perfora.

—Saca tu culo de aquí. ¡Ahora!

Díaz sale de la oficina cerrando la puerta y me relajo.

No debo perder el tiempo con estas tonterías.

Tengo que calmarme, es por mi bien.

Ya es hora de echarle un vistazo a las facturas.

Observo los documentos con enfado mientras tamborileo con el bolígrafo en el escritorio. La cosecha de este mes es mayor que los precedentes y no podría ser de otra manera. Todo va de lujo en mi vida. Pero hace un tiempo no era así, he tenido que aprender a vivir en el infierno y ahora soy su jefe: el *diablo* en persona.

Miro el reloj de pulsera, el nuevo piloto llegará en breve. Uno de mis hombres me ha enviado el vídeo de la carrera y al verlo me ha impresionado. En estos tiempos que corren, las personas despiertas escasean; una pena que solo necesite este tipo de personas para las entregas. Además, las necesito constantemente, porque cada dos pedido tengo que

cambiar de mensajero para marear la perdiz.

Cada vez es más difícil encontrar a gente de confianza y no me gusta perder el tiempo con los coloquios, sobre todo porque las investigaciones que mando hacer a cada candidato cuestan lo suyo.

Alguien llama dos veces a la puerta y después la abre.

—Carlos, ha llegado el piloto —anuncia Diego, el hombre de seguridad.

—Perfecto —respondo con voz segura.

Abandono las facturas y miro hacia la puerta.

¿Es una broma?

Me sorprendo al encontrarme delante de una mujer. Esperaba un piloto, no un ángel de pelo largo y rubio. Sus ojos luminosos se encuentran con los míos y me bloqueo de golpe. Son de un verde intenso y me quedo embobado.

Es guapísima.

Inspiro con fastidio, enfadándome conmigo mismo.

Joder, recomponete, es solo una mujer.

Recorro con la mirada su cuerpo perfecto encerrado en un vestido azul. Da vértigo lo corto que es, deja ver sus piernas largas y esbeltas.

Bajo de nuevo a la tierra y la observo unos segundos.

Es atractiva, alta y delgada, y parece muy segura de sí misma. No imaginé que las mujeres llegaran a este punto para acostarse conmigo.

Parece que me voy a divertir.

VALENTINE

Aguanto la respiración, el corazón late despacio, me duele.

Lo miro sin miedo mientras me observa con sospecha. Lo he sorprendido, tal y como había previsto.

No me esperaba que fuese joven, me hice otra idea cuando vi la foto. No parece que tenga treinta y siete años.

Se levanta de la silla y lo sigo con la mirada.

Rodea el escritorio y se dirige pausadamente hacia mí. Su presencia infunde temor.

Es peligroso y mi presencia podría ser un insulto a su inteligencia. Sabía

que no se esperaba que una mujer se ofreciera como piloto.

El pelo negro perfectamente arreglado y hacia atrás me da una idea de lo minucioso que es con los detalles.

El color de sus ojos es de un azul tan intenso que podrían ser una trampa mortal. Piel lisa, barba corta y cuidada. Sus rasgos le darían envidia hasta a la mejor escultura, y su piel ámbar es la típica de los cubanos. Lleva un traje azul de alta costura, mocasines marrones y exhibe una forma de andar segura que parece querer decir «no bromees conmigo».

—Así que eres el nuevo piloto.

Extiende la mano hacia mí, le doy la mía y la besa con elegancia mientras me mira.

Siento los latidos por todo mi cuerpo y parece que se da cuenta.

—Querías verme y me he presentado.

—¿Sabes quién soy?

Le divierte asustar a las personas, disfruta del miedo de los otros.

Asiento e intento volver a tomar el control.

No entiendo lo que me está sucediendo, pero no se volverá a repetir. Retrocedo un paso para alejarme de él.

Me observa con curiosidad y ladea la cabeza.

—¿Cómo te llamas? —pregunta con voz profunda.

—Valentine Harper.

—Valentine —repite de forma lasciva.

Para la mirada en mis labios, se pasa la lengua por la comisura de la boca y después me mira directamente a los ojos.

—¿Qué puedo hacer por ti, Valentine?

Me mira con firmeza y amenaza; si una mirada pudiera matar, estaría muerta en este momento.

Me siento en uno de los dos sillones de piel negra y cruzo las piernas de forma indecente.

Se posiciona delante de mí, se apoya en el escritorio de madera oscura y me mira las piernas sin pudor.

—Si quieres que te follen no tienes por qué presentarte a piloto de moto —comenta levantando una ceja.

Idiota. Directo. Irritante.

—No necesito implorar que me follen —lo provoco.

El hombre da golpecitos con los dedos sobre la superficie del escritorio.

—Supongamos que es verdad... ¿Por qué quieres trabajar para mí?

Seguimos mirándonos hasta que Carlos se dirige a la bandeja que hay en el mueble al otro lado del escritorio. Echa whisky en dos vasos de cristal y me da uno.

—¿Por qué quieres perder el tiempo en discursos inútiles? —le pregunto con desfachatez.

—¿Te parece bien hablarme de esa manera? —pregunta con tono amenazador.

No me descompongo, no me sorprende su reacción. Lo conozco lo suficiente para imaginar lo que está dispuesto a hacer.

—Tienes razón, perdóname —respondo fingiendo que estoy consternada mientras le doy vueltas al vaso.

—Bebe —me ordena con autoridad.

Me lo bebo todo de un trago. Me inclino hacia adelante y dejo el vaso sobre el escritorio mientras observa cada uno de mis movimientos.

Siento que me está observando minuciosamente.

La tensión casi se puede tocar, pero no estoy dispuesta a rendirme. Saldré de esta oficina con el encargo.

Me levanto e, inesperadamente, me agarra y me tira hacia sí para rodearme con los brazos. Es mucho más alto que yo y se inclina para que nuestros ojos estén casi al mismo nivel.

Veo que acerca los labios a los míos, no me aparto y los roza.

Es sorprendente la repentina atracción física que sentimos el uno hacia el otro.

Abro un poco la boca y se da cuenta de mi sorpresa, acercándose cada vez más. Me abraza con más fuerza y avanza obligándome a retroceder hasta ponerme contra la pared.

Le quito la chaqueta, deslizo las manos por su espalda bajo la camisa y me topo con sus músculos. Se me escapa un gemido de los labios y presiono el cuerpo contra el suyo.

No debería sentir nada, pero lo siento. Es algo que me sale de dentro, explota y después fluye por la sangre como un veneno.

Es atractivo, tiene una mirada magnética y su manera de hacer es imprevisible, quizás sea esto lo que desencadena algo en mi interior.

Carlos me agarra por la nuca y me besa con una pasión que nunca había conocido hasta ahora.

Cuando mete la pierna entre mis muslos, le rodeo el cuello con los brazos y lo acerco todo lo que puedo.

Carlos aparta los labios de los míos y empieza a besarme el cuello, después el lóbulo de la oreja, bajando con las manos por la espalda. Se para en las nalgas y las agarra con fuerza.

Me mueve para dejarme sobre una de sus piernas. Me pasa la mano por el muslo y lo levanta para rodearle la cintura.

—Deduzco que hemos llegado a un acuerdo —digo con la respiración cansada a un milímetro de sus labios.

—En el acuerdo hay una cláusula inderogable —responde él.

Me lame el contorno de los labios y continúa:

—Te quiero en mi cama.

Me aparta interrumpiendo el contacto físico y me siento en el sillón mientras intento recuperar el control.

—Solo una vez —afirmo con determinación.

Sé que no lo aceptaré nunca. Me he hecho a la idea de usar mi cuerpo para llegar a lo que quiero.

Carlos se acerca, me levanta la barbilla con los dedos y me mira con una sonrisa maléfica.

—Serás uno de mis pilotos y ganarás mucho dinero, si es lo que quieres, pero a cambio... serás mía hasta que quiera.

Arrogante. Nocivo.

Aguanto la respiración, consciente de no tener otra elección.

—Explícate mejor —contesto sin estar convencida.

En realidad sé perfectamente lo que me espera.

Se agacha, me besa y me dice con autoridad:

—Te convertirás en mi propiedad. Serás mi juguete y harás todo lo que te pida.

Se para y espera una reacción, pero no llega.

Lo miro impassible y continúa:

—Recuerda, una vez entras en mi vida solo hay una forma de salir —susurra acercándose más—: la muerte.

Siento un escalofrío, soy consciente de la verdad de esas palabras. Él es el origen de todo mal.

Él es *el diablo*.

He investigado mucho y he observado escrupulosamente su ambiente. Todo lo que he descubierto aterrorizaría a muchas personas, pero a mí no me asusta. Tengo que entrar en su vida, quiero ser su piloto aunque tenga que acostarme con él para ello. No me rebelaré porque es lo que quiero,

debo expiar mi sentimiento de culpa.

Sufrir para al fin pagar lo que hice.

Voy a vender el alma al diablo porque quiero vivir en el infierno.

Él, que ignora mis intenciones, me coge de la mano y me ayuda a ponerme de pie.

—¿Qué pasa, niña? ¿Tienes miedo? —pregunta con malicia.

No muestro ninguna debilidad, permanezco impassible mirándolo a los ojos.

No te tengo miedo porque me encuentro justamente donde quiero estar.

—Acepto tu propuesta. Pero me gustaría saber exactamente qué tengo que hacer.

Sonríe negando con la cabeza mientras me tira hacia él bruscamente.

—No sabes de qué hablas, mujer. Yo mando, tú obedeces. El resto no es asunto tuyo —dice con un tono que parece querer matarme.

Una vez más, no tengo miedo, le rodeo el cuello con los brazos y esbozo una sonrisa falsa.

—Un comandante siempre necesita buenos soldados. Te falta un piloto experto y soy la única que hará de verdad todo lo que pidas —le susurro con tono provocador mientras nuestros labios se rozan.

Me siento segura y la idea de arriesgar la vida no me asusta nada.

Sus ojos brillan, luminosos y cálidos. Me coge de las manos y las acerca a los labios.

—No halago con facilidad; si has estado atenta a lo que se dice por ahí, sabrás que nadie puede engañarme.

Intento ignorar las sensaciones extrañas que siento y espero que no escuche el latido furioso de mis pulsaciones. Casi inconscientemente empieza a tocarme con el índice.

—Haré todo lo que quieras, pero antes debes decirme si aceptas.

Me mira con seriedad, sé que odia perder el tiempo y sé también que no es habitual en él hacer pactos. Carlos Gardosa toma lo que quiere sin demasiados preámbulos, porque la vida que lo rodea le pertenece.

—Déjate follar y ya veremos después —dice recorriéndome el cuerpo con los ojos.

¿Ahora? ¿Ya? No le gusta perder el tiempo.

Levanto la cabeza y subo las manos para acariciarle la cara. Es tan guapo como letal.

Le rozo delicadamente la mandíbula y después los labios.

—Fóllame si es lo que deseas. Solo tienes que decirme si hemos llegado a un acuerdo —le desafío abiertamente.

Sé que mantiene su palabra. Solo quiero tener la certeza de que confía en mí y me deja ser parte de su mundo.

—Estás jugando con el *diablo*, y me extraña que no te asuste —dice perplejo deslizándose la mano por el escote profundo de mi vestido.

Cierro los ojos y transporto lejos la mente, a un lugar al que solo puedo acceder yo. Mi cuerpo está aquí, puedo usarlo, pero no lo dejaré entrar a mis pensamientos.

Siento que el pezón se endurece, primero entre los dedos que lo aprietan y después entre los labios cálidos y ávidos del *diablo*.

Es solo el principio y empiezo ya a vacilar, maldita sea, no quiero pensar en lo que ocurrirá después.

Carlos, en voz baja, me ordena que me siente sobre el escritorio.

Obedezco, e inevitablemente el vestido ya me cubre bastante poco.

Me toca los muslos y me aparta el tejido para desnudarme del todo. Me mira con asombro descubriendo que debajo no llevo nada y dedica unos segundos a admirarme.

—Abre las piernas —me ordena con impaciencia.

Con la mirada lánguida y el cuerpo tenso, me deslizo por el borde del escritorio y obedezco. Se quita la chaqueta y la camisa, ahora es cuando veo el tatuaje que le recorre ambos brazos. Un tribal entrelazado que le cubre gran parte de los bíceps.

Una vez desnudo, se acerca y lleva las manos entre mis piernas.

En su mirada veo impaciencia.

—Quiero probar tu sabor —susurra un segundo antes de agacharse y desaparecer entre los muslos.

Cuando siento su lengua acariciar mi intimidad, dejo caer la cabeza hacia atrás.

Odio a este hombre con toda mi alma, pero la rabia, mezclada con la adrenalina acumulada hasta ese momento, se transforma en excitación y no puedo hacer otra cosa que dejar que suceda.

Él es lo prohibido, lo oscuro, pero es sobre todo la causa de lo que soy ahora.

Me entregaré al diablo, me dejaré arrastrar por su infierno y después me quemaré hasta que llegue el fin.

Viaja con la lengua dentro de mi intimidad mientras restriega los labios

por la superficie.

Logro percibir su ansiedad por profundizar en mí y poseerme.

La tensión aumenta y mis manos se insinúan entre su pelo.

De nuevo, vuelve esa sensación repentina que me hace perder el control. Mi cuerpo responde a su tacto y me mata.

Tiene entre los dientes los labios de mi sexo, y yo, exigente, le tiro del pelo para que se acerque más a mí.

Ardo como el fuego, y de mis labios sale un gemido de placer.

—En el contenedor que tienes atrás hay preservativos —susurra. La lengua deja paso a los dedos, que me penetran hasta el fondo.

Llevo la mano rápidamente hacia el mueble de madera y cojo un preservativo. Cuando intento pasárselo a Carlos, me coge de la muñeca bruscamente.

—Tienes que hacerlo tú.

Sorprendida por la petición, dudo un momento y después muerdo la esquina de la bolsita plateada para, acto seguido, arrancarla. Deslizo una mano por su pecho y bajo lentamente mientras me devora con la mirada.

Tras llegar a su pene, lo acaricio y acerco el preservativo, preparándome mentalmente a lo que está a punto de ocurrir.

Ha llegado el momento y no puedo volver atrás.

De todos los obstáculos que he tenido que superar, este es el más arduo.

Me agacho hasta llegar a la altura de su miembro, es grande y el largo no deja indiferente.

Deslizo el envoltorio hasta que está completamente extendido y entonces le miro.

—Estás a punto de hacer un pacto del que ya no te podrás liberar. Tu curiosidad podría arrastrarte al infierno —comenta mientras me levanta.

Un escalofrío me recorre el cuerpo, pues sus palabras están llenas de verdad.

Estoy empezando a pagar por lo que hice.

Le toco el tatuaje con los dedos. Tiene la piel llena de cicatrices grandes, no se ven, pero las siento. Ha luchado mucho en la vida y su cuerpo lo demuestra.

—El infierno es acogedor —contesto con determinación.

Una expresión de curiosidad le atraviesa la cara, pero no dice nada.

Con grosería y prepotencia me penetra sin previo aviso.

Aprieto los dientes mientras hundo las uñas en su piel, a lo cual reacciona

mordiéndome el hombro. Me empuja con violencia y me martillea con golpes rabiosos, me invade hasta dejarme sin aliento.

—Bienvenida al infierno —dice entre dientes.

Su mundo es repugnante, pero no se imagina lo repugnante que es el mío.

VALENTINE

Han pasado siete días desde la primera vez que me encontré con Carlos en su oficina.

Estoy segura de que ha investigado sobre mí por su cuenta; después de todo, es un hombre inteligente y es normal que quiera saber quién entra en su vida.

Su mirada fascinante y tentadora me ha conmovido, pero por varias razones he intentado dejar de verle como hombre para verlo tal cual es: un monstruo.

Sigo pensando que las fotos que vi mientras lo investigaba no le hacen justicia. Es muy guapo, te hechiza y te atrapa en su trampa mortal.

Entre nosotros hubo una atracción inmediata. Yo porque sé fingir bien y él porque ha encontrado a una mujer guapa y disponible.

Antes de dejar el *Club*, me pidió el número de teléfono y la dirección de mi alojamiento.

Esta mañana uno de sus hombres vino para comunicarme que Carlos quería verme pronto.

Aunque el aviso no me agradase, seguí al guardaespaldas al coche y ahora me encuentro en *Villa Halcón*, en la guarida del *diablo*.

Villa Halcón porque parece un halcón. La villa, en efecto, tiene el aspecto de un ave rapaz. Desde fuera se ven dos pisos. El cuerpo central me recuerda al busto de un depredador alado, y encima hay un gablete, como si fuera la cabeza. A los lados del edificio se elevan dos alas simétricas hasta el revestimiento del techo, con tejas grandes e irregulares, recordando al plumaje de un halcón.

Una vez dentro, me recibe el hombre de seguridad.

El atrio es espacioso e imponente, pero no tengo tiempo de observarlo porque me conducen enseguida por un pasillo largo.

Me pierdo durante un segundo mirando las esculturas clásicas, intercaladas

con varias puertas de madera oscura.

Escarbé en el pasado de Carlos, todo parece limpio y demasiado ordenado.

Parece que no tiene amigos, sino solo colaboradores y dependientes. Pero hay una figura constante en su vida que no he logrado encajar: Kasandra. No encontré nada del pasado de ambos, como si estuvieran envueltos en misterio. Antes o después, espero conocer también a esta mujer y quizás entienda algo más.

El hombre de seguridad se para frente a la última puerta y llama antes de abrirla. Espero en el umbral mientras avanza dentro.

—Ha llegado —dice.

—Gracias, Óscar, puedes irte —responde la voz de Carlos.

Óscar se va y entro respirando profundamente, lista para volver a verlo.

Me encuentro dentro de lo que tiene toda la pinta de ser un estudio. Mis ojos se encuentran con los suyos y no logro controlar las emociones, se me hace un nudo en la garganta.

Su mirada es tan penetrante que me traspasa la carne, provocándome casi dolor físico. Tiene los labios entrecerrados, inmóviles en una expresión impasible.

—Ponte cómoda —dice con amabilidad tras un instante que pareció eterno.

Me siento en uno de los sillones de piel frente a su escritorio y cruzo las piernas. Sigue todos mis movimientos con curiosidad y me gustaría saber por qué todas las veces que le veo tiene esa expresión.

Carlos me deja de mirar y coge una carpeta del primer cajón del escritorio, lo abre y después me mira con sus ojos azules.

—¿Qué edad tienes? —pregunta.

Me observa con atención, sus ojos me quemán.

—Veintiocho —respondo impasible.

Siento que exhala y su mano vuelve a la carpeta que me concierne.

—Ni familia ni amigos. Interesante —dice pensativo.

Ni siquiera yo tengo un pasado y está intentando entender cómo es posible.

—¿Quién eres de verdad, Valentine? —pregunta encadenando sus ojos a los míos.

—Soy una chica que ha perdido a sus padres, no tengo amigos porque no me interesa tenerlos, y sobre mí no encontrarás nada, aparte de algunos delitos por robo. Soy un fantasma que vive en la sombra —contesto tranquila.

Mira los folios y después vuelve a mirarme:

—Todos tenemos un pasado.

Siento que me hago pequeña. Sus ojos sospechosos siguen cavando en los míos como si supiera que escondo algo.

Pensaba que estaba lista para esto, pero en realidad no.

—¿Estás bien?

—Sí, claro —digo bruscamente.

No, no estoy bien. No es como me esperaba y debo entender qué me sucede cuando estoy en su presencia.

Carlos cierra la carpeta, se levanta y con mucha calma viene hacia mí.

—¿Quieres ver mi casa, Valentine? —pregunta con provocación agachándose hasta llegar a mi altura—. ¿O prefieres que te folle ya?

Directo, cruel, cortante.

Mantengo su mirada, se acerca como un depredador y me besa, después me muerde el labio inferior y lo encierra entre sus dientes. Su aliento cálido llega a mi cara y aguanto la respiración después de que su perfume me invada los pulmones.

—Quiero que te quede clara una cosa —dice casi en un susurro—. Te follaré hasta que me canse y, quizás, te permita trabajar para mí. Tienes diez segundos para decidir si escapar o quedarte.

Un escalofrío de puro terror me atraviesa. Sus palabras son capaces de torturarme y dejarme agonizante.

—Diez —apoya las manos a los lados de mi cuerpo—. Nueve. Siento que tus latidos se aceleran.

Acerca las manos a mi cadera mientras sigo sosteniendo su mirada.

—Ocho. Piénsalo bien, Valentine —continúa con tono amenazador.

No puedo pensar.

—Siete.

Mi corazón se acelera con cada palabra que sale de su boca.

Ladea la cabeza y levanta una ceja.

—Seis. Lo presiento, vas a ceder.

No tengo ninguna intención de irme, sé dónde quiero estar.

Se muerde el labio mientras su mirada me recorre el cuerpo.

—Cinco. Si te quedas, será tu fin.

Terminó todo hace tiempo, cuando mi vida se cruzó con la tuya.

—Cuatro. Ya estoy saboreando tu destrucción.

Me falta el aire.

Me roza los labios con los suyos, sus ojos se unen a los míos.

—Tres... Tic tac, el tiempo corre. ¿Lo sientes, Valentine? La sangre fluye por tus venas, el corazón late cada vez más rápido. El miedo te está devorando.

Tiene razón, es justamente así.

Me coge la barbilla con la mano, su mirada se vuelve maligna. El tiempo se ha acabado.

—Dos. Me rogarás que pare.

—Uno... Estás jodida.

Me tira hacia él y me besa devorándome la boca.

Estoy acabada.

Me observa, una vez más tiene esa expresión de curiosidad.

—Interesante —dice pensativo—. No me tienes miedo.

—No te tengo miedo, Carlos —confirmo.

Me gustaría destruirlo todo ahora mismo.

Se yergue y sin quitar la mirada me extiende la mano.

—Ven conmigo.

Miro la mano, pero no la cojo, me levanto e intento ignorarlo, pero solo un muerto no se daría cuenta de su mirada enfurecida.

Tengo la piel de gallina, la situación se arriesga a irse de las manos.

¿Qué demonios me está sucediendo?

Una vez fuera de su estudio, camina con seguridad por el pasillo e intento quedarme detrás.

Carlos ralentiza el paso y después señala una escultura:

—¿Sabes qué representa?

—No.

Las comisuras de sus labios forman una sonrisa mientras me mira con esos ojos profundos.

—Es Príapo, un dios de la mitología griega y romana. Como puedes ver, su aspecto es “desproporcionado”... —se para delante de la escultura y me apoya la mano en la espalda—. Pero es una divinidad que domina el instinto... —continúa mirándome mientras concentro la atención en la escultura—. La fortaleza sexual —concluye con un tono más bajo, como una serpiente que se arrastra hasta el interior.

Me giro hacia él y me pregunto dónde quiere llegar con ese discurso.

—¿Crees que eres invencible? —pregunto con un toque de arrogancia.

Sonríe con maldad, me acerca a sí hasta que nuestros cuerpos se

encuentran y con el pulgar me roza los labios.

—No, yo soy mucho más.

Me observa a la espera de una reacción, que no tarda en llegar.

—No te falta arrogancia —comento desafiándolo con la mirada.

Contrae la mandíbula, inspira, y después me coge por el cuello para tirarme a la pared.

—Ah, Valentine. Consigo lo que quiero —dice con tono amenazador.

Tiemblo mientras aprieta la mano como si me quisiera ahogar. Me empieza a faltar el aire, me agarro a sus muñecas con la intención de liberarme.

—¿Tienes miedo? —pregunta mientras su cara está a un milímetro de la mía. Sigo mirándolo a los ojos. Sé que mi vida podría acabar en ese mismo instante, pero una vez más no tengo miedo de él. Al contrario, sus palabras y sus gestos me excitan.

Lo odio y no entiendo por qué mi cuerpo reacciona así.

—¿Y tú, Carlos, has tenido miedo alguna vez?

Me suelta, pero su mano permanece en contacto con mi piel, baja por el esternón y, muy lentamente, continúa hacia abajo. Los músculos de mi cuerpo se contraen mientras sus dedos siguen bajando hasta llegar al borde del vestido.

—El miedo es para quien tiene algo que perder, por eso yo no tengo —contesta mientras levanta el tejido acariciándome hasta llegar a las ingles. Aguanto la respiración mientras con la otra mano se hace camino hacia la base del cuello.

—Tengo la sensación de que tú tampoco tienes nada que perder, y eso me excita mucho —dice con sinceridad.

Su mano se desliza entre los labios de mi sexo, que se contrae al tocarlo.

—Estás excitada —comenta complacido mientras se abre paso profundizando con los dedos dentro de mí.

—¿Sientes la adrenalina, Valentine? —pregunta lascivo presionando con su cuerpo sobre el mío.

Me enciendo mientras mueve frenéticamente los dedos dentro de mí.

Pego el cuerpo a la pared en un intento desesperado por mantener el control y no ceder al placer que me provoca este demonio.

Es desconcertante la facilidad con la que manipula mi cuerpo. No me lo puedo explicar.

Cierro los ojos, me sofocan el deseo y la rabia que me provoca.

El corazón late de forma irregular mientras intento controlarme. La respiración corta resuena en mis oídos y quiero que todo termine.

—Tranquilízate, Valentine, esto no es nada. Me pregunto cuánto resistirías si te mostrara cómo es en verdad mi vida.

Abro los ojos de repente y lo veo retirar la mano. Se mira los dedos mojados y después los lame, uno a uno, lentamente y con sensualidad.

—Tu sabor es divino —comenta.

Permanezco desconcertada mientras lo observo. Creo que no investigué adecuadamente, no estoy preparada para su agresividad sexual.

Ladea la cabeza y me mira con un poco de burla, después se acerca y me susurra al oído:

—Me gustaría adueñarme de ti justo aquí.

Me tiemblan las piernas, algo que no le pasa desapercibido a él.

Me rodea la cintura con la mano, me tiene bien sujeta y me besa de forma salvaje. Con la lengua busca la mía y dejo que coja todo lo que quiere.

—Tengo curiosidad por ti —dice mientras posa las manos a los lados de mi cuerpo.

Me observa con atención e intento sostener su mirada profunda.

—¿Vamos? —pregunto poco convencida.

Mi cuerpo quiere que continúe, anhela sus manos, pero mi mente se rebela.

Sonríe con malicia mientras sacude la cabeza, ofreciéndome al fin una tregua. Se aparta de mí y empieza a andar como si no hubiese sucedido nada. Atravesamos el pasillo hasta llegar al salón principal. He reconquistado las distancias y la razón. Lo sigo a un paso detrás de él.

—¿Desde cuándo participas en carreras clandestinas? —pregunta repentinamente parándose y dándose la vuelta para mirarme.

—Desde hace más de dos años —respondo poniéndome de lado.

—¿Y antes qué hacías? —pregunta, siento que me vuelve a poner a prueba.

—Mayormente me dedicaba al robo armado —respondo observándolo atentamente.

No se fía, seguramente indagará hasta saberlo todo sobre mí.

—No tienes pinta de ser una criminal —comenta—, te aconsejo que me digas la verdad antes de que la descubra yo.

Su voz es tranquila y segura, eso es lo que más me preocupa. Este hombre muestra solo lo que quiere enseñar, tiene un control desconcertante.

—Toda la información que encuentres sobre mí confirmará lo que te he

dicho. Soy una mujer, pero no quiere decir que no sea capaz de hacer cosas. Puedo demostrártelo en cualquier momento, no tengo ningún problema —lo desafía.

Me observa durante un momento y se muerde ligeramente el labio inferior.

—Tu determinación es devastadora, con el tiempo veremos cómo te comportas. No pretendas nada, porque solo tendrás lo que yo decida darte.

Lo tengo en cuenta, sabía que me pondría a prueba y sé que seguirá haciéndolo hasta que no esté completamente seguro de que puede fiarse de mí.

Doblamos la esquina y nos encontramos en una habitación amplia que me recuerda a un bar. Carlos saluda a algunos hombres que parecen estar ocupados en una partida de póker. Uno de ellos levanta la vista y me mira con sospecha, después se dirige a él:

—Kasandra te está buscando.

El hombre es joven y atractivo, creo que tiene mi edad.

—Kas siempre me está buscando —comenta Carlos desesperado mientras se acerca al mostrador.

—Ah, lo olvidaba... —se gira hacia el grupo de jugadores, y después me señala.

—Ella es Valentine, a partir de hoy la veréis a menudo.

Los observo uno a uno para memorizar bien sus caras. Me miran como si vieran un buen filete jugoso.

Asquerosos.

—He dicho que la veréis a menudo, no que os la podáis llevar a la cama —interviene Carlos molesto.

Los hombres dejan de mirar y me dirijo a Carlos:

—¿Podría pedir un Cuba libre con doble de lima? —pregunto para romper la tensión, quizás más la mía que la de ellos. Necesito una dosis de valor líquido, llevo aquí poco tiempo, pero es como si hubiese pasado una eternidad.

Se dirige al camarero y pide dos. Me acerco al mostrador y decido sentarme dejando entre nosotros dos sitios libres.

Carlos, viendo mi decisión, me mira de lado mientras tamborilea los dedos sobre la superficie.

—¡Bienvenida a Villa Halcón! —exclama el camarero dedicándome una sonrisa maliciosa.

—Gracias —respondo con cuidado mientras cojo el cóctel.

—Te presento a Adrián, cuando lo contraté pensé que se convertiría en el mejor camarero del país y, en efecto, así ha sido. ¿Verdad, amigo?

El chico tiene una expresión insolente. Sus ojos marrones vivos resaltan bajo el pelo castaño enmarañado.

—Te sentirás bien, somos como una gran familia —me dice Adrián con una sonrisa, después le dice a Carlos—: ¿No crees?

—Sí, una familia muy atípica —contesta él, intercambiando miradas de complicidad con el chico.

Estoy confusa, no me esperaba verlo integrarse con tanta amabilidad con sus subalternos.

—Esta noche vendrá Kris, Damián ha tenido problemas en el gimnasio —continúa Adrián como si yo también conociera a las personas en cuestión.

Carlos lo mira de forma amenazadora.

—Hablabamos de ellos después —le dice interrumpiendo el discurso, después se sienta sobre el taburete y, bebiendo el cóctel, me presta toda su atención. Yo, con desfachatez, mantengo la mirada mientras con los dedos cojo el gajo de lima que hay dentro del vaso y me lo acerco a los labios. Me observa con curiosidad cuando muerdo la fruta. Mis movimientos son lentos y calculados. Quiero seducirlo.

Chupo la pulpa y se muerde el labio inferior.

—¿Vamos? —pregunta levantándose de repente mientras me señala a la puerta.

Con mucha tranquilidad, poso el vaso en el mostrador y dejo caer lo que queda del gajo de lima, después bajo del taburete. Me chupo los dedos para darle a Carlos la estocada final, pero me coge de la muñeca y acerca mi mano a su boca mientras nuestros ojos se devoran. Sé lo que quiere hacer, así que me anticipo a él y acerco el índice a sus labios. Sonríe con malicia y me encierra el dedo con la boca, lo envuelve con la lengua y lo chupa.

—Mmm, el mejor Cuba libre —comenta soltando la mano.

Me molesta, me seduce, me inquieta y me asusta. Hay una conexión extraña entre nosotros, como si nos entendiésemos sin hablar. Como si nos tocásemos sin haberlo hecho de verdad.

Desde el momento en el que me lo encontré, entendí que no sería fácil; no estaba preparada para encontrarme frente a un hombre con tanta atracción. Jamás me había encontrado con uno como él.

Voy hacia la puerta que conduce al vestíbulo y me sigue de cerca, siento su respiración y su perfume. Las emociones que siento son demasiado

intensas. Tengo la impresión de que mi rabia a veces se transforma en algo distinto, algo que no debería sentir porque creía que me había convertido en un una cáscara vacía.

Él es mi enemigo, pero me está intoxicando como una droga, cuyo riesgo de dependencia destruye mis planes.

—La villa está a disposición de mis hombres; no todos, obviamente, solo los que son más de mi confianza —dice mientras nos vamos hacia la otra ala de la casa.

Lo sigo mientras miro a mi alrededor. Tiene una colección de arte envidiable, las paredes están llenas de pinturas, mientras que las esculturas son una buena muestra de sí mismo, llenando de encanto cada ambiente. Hasta el mobiliario es antiguo.

—Estas son las habitaciones de mi personal —me informa—, pero a ti no te deben interesar —continúa señalando varias puertas que se acumulan en uno de los muchos pasillos. Sin embargo, este último está iluminado por varias ventanas que dan a la parte trasera del complejo. Hay un jardín muy bonito, una piscina enorme y una pista de tenis.

La panorámica sigue hasta que llegamos a unas escaleras.

—El piso de arriba está reservado para mí —anuncia.

Sube dos escalones y después extiende la mano hacia mí:

—Ven —me invita.

Apoyo la mano en la suya y dejo que me guíe. Arriba nos espera una puerta de madera de nogal. Una pequeña pantalla que hay en la pared de la derecha me llama la atención. Interesante, parece que es una cerradura de reconocimiento biométrico dactilar. O Carlos se preocupa mucho por su privacidad o tiene algo de mucho valor que esconder.

Apoya el pulgar en la pantalla y esta se ilumina.

La puerta se abre automáticamente, desvelando un ambiente espacioso con grandes ventanas. Es elegante y acogedor, justo como había imaginado.

Se sabe que Carlos tiene buen gusto y no deja que le falte nada, pero no entra en la categoría de nuevos riesgos que hacen de la ostentación un billete de visita.

La puerta se cierra y dos manos me cogen de la cintura, como si me quisieran hacer daño.

—Ahora —susurra dándome la vuelta bruscamente hacia él—, dame —continúa mientras sus manos trepan por mi cuerpo hasta llegar al escote del vestido—, tu boca —exige.

Se acerca con avidez y me besa obsesivamente. El beso es una mezcla de amabilidad y lujuria. Carlos me muerde los labios, después los lame como si quisiera aliviarlos, y luego los devora. Agarra la tela del vestido por la parte del escote y con un único movimiento lo rasga, dejándome una vez más completamente desnuda.

—Perfecto —afirma complacido

Me levanta en el aire y reacciono entrelazando las piernas alrededor de su cintura. Me abraza y, sin dejar de mirarme, me lleva en lo que supongo que es su dormitorio. Carlos abre la puerta con impaciencia y, una vez dentro, la cierra con una patada. Creí que no llegaríamos a este punto tan pronto, ¿tan fácil es hacerle bajar las defensas?

—Me gusta sentir la excitación en las mujeres —comenta un momento antes de lanzarme a la cama.

Reboto mientras el corazón palpita en el pecho cada vez con más fuerza. La situación se me está escapando porque no puedo controlarme.

Mi piel reacciona cuando me toca y cuando me habla; me da miedo porque pensé que no sucedería nunca, mucho menos con él.

—¿Lista para jugar conmigo? —pregunta dejando la mano sobre el pecho.

La lujuria que encierra su mirada es elocuente: me desea.

Carlos empieza a desabotonarse la camisa mientras mi respiración se hace cada vez más difícil.

—Tu cuerpo me excita, Valentine.

—Es recíproco —contesto, ganándome su sonrisa burlona.

Se quita el traje, mostrándose en toda su virilidad y se sienta en el borde de la cama.

—Ponte de pie delante de mí —me ordena.

Le obedezco y me acaricia el perfil del cuerpo mientras me examina cada centímetro.

—Ahora el pecho —continúa con autoridad, y yo, una vez más, obedezco. Le apoyo las manos en los hombros y me inclino hacia él. Mete un pezón en la boca, lo lame y lo chupa hasta hacerlo vibrar de placer.

Me toca las caderas y llega hasta las nalgas, donde me acaricia lentamente en círculos, después les da una palmada con un par de golpes precisos e intensos. Luego se centra en el otro pezón y sigue chupándolo mientras me vuelve a acariciar por todos lados.

La situación se está volviendo insostenible.

Dentro de mí se está librando una guerra entre el deseo y la razón, entre lo

que estoy sintiendo y el motivo por el que elegí meterme en la vida de este hombre.

Carlos muerde un pezón y tira hacia él.

Un gemido imperceptible sale de mis labios y ruego para que no se haya dado cuenta. Me suelta y se tumba sobre la cama, mi mirada se funde con la suya y mi cuerpo tiembla.

—Ven, ángel.

Jadeo sin pudor.

Me toca, mete la mano entre mis piernas y llega al monte de Venus. Me pongo encima de él y su boca hambrienta vuelve a chuparme los pezones, mientras con los dedos empieza a masajearme donde tengo más necesidad.

—Abre las piernas y déjate caer —me ordena de nuevo.

Abro las piernas y me arrastro encima de él.

—Quiero saborearte y después follarte como es debido —susurra en mi carne, calentándola.

Me muerde y vibro de placer cuando no debería hacerlo. Sus manos me abren el sexo para poder lamerlo más en profundidad. Dejo caer la cabeza hacia atrás y cierro los ojos envuelta en éxtasis. Una profunda succión del clítoris me arranca un suspiro de placer. De repente, me aparta y se levanta de la cama, después me coge de la cintura y me agarra con posesión. Me aplasta todo el cuerpo, duro y caliente. Con los dedos profundiza en mí.

—Estás empapada —afirma complacido.

Me agarro a sus hombros y dejo caer la cabeza hacia atrás para intentar contener los gemidos. Me muerde la piel como si quisiera marcármela, sus dedos continúan atormentándome de placer, pero se detienen poco después bruscamente.

—¿Por qué estás aguantándote? —pregunta mientras me muerde el pezón, sabiendo que me hace daño.

—No me estoy aguantando —miento.

Su reacción es inmediata: me tira a la cama con fuerza y sin previo aviso.

—Le estás mintiendo a la persona equivocada —susurra gélido—. Ponte a cuatro patas y enséñame cómo te tocas —dice sentándose detrás de mí y abriéndome las piernas para poder observar mientras, una vez más, cedo a su voluntad.

Metó la mano entre las piernas y me acaricio poco a poco. Escucho que rasga el envoltorio del preservativo. Posa la mano en la mía para hacer presión, hasta acompañar mis dedos dentro de mí, rellenándome. El calor

llega dentro y reverbera en un espasmo; pero dura poco, porque Carlos extrae los dedos y empieza a masajearme el ano, lo que me hace ponerme rígida.

No puedo ceder.

—Levanta el culo —me ordena con seriedad—. Quiero follarte durante horas, quiero profundizar en ti hasta saciarme.

Sus palabras me llevan bruscamente a la realidad. Estamos luchando, es un duelo entre sábanas porque sabe que me estoy aguantando. Al no saber la razón, se queda impertérrito y quiere poseerme sin medias tintas.

No puede darme placer, lo odio.

Me aparta bruscamente la mano y con un solo movimiento me penetra.

—Cógelo todo —me ordena dándome una bofetada en el culo con fuerza mientras profundiza tirándome hacia sí.

—Relaja los músculos. Si no lo haces, te juro que te rompo —me amenaza mientras los empujones se hacen cada vez más intensos.

Me derrumbo en la cama e intento agarrarme a algo, pero solo encuentro las sábanas. Aprieto el tejido con fuerza mientras hundo la cara en el colchón. Carlos sigue empujándome con ímpetu, me agarra del pelo y me obliga a levantar la cabeza. Los empujones se vuelven frenéticos, el placer me invade de repente y, asustada, intento cerrar las piernas, pero me tiene bloqueada.

—No tendrías que haberlo hecho —dice con una rabia apenas contenida mientras sale de mí, pero la tregua es solo ilusoria.

Con un golpe inesperado en los riñones me penetra el ano, mientras me sujeta los glúteos con fuerza. Grito de dolor, pero no se detiene.

—Ahora sí que tienes un motivo de verdad para contraer los músculos —dice satisfecho penetrándome sin pausa.

El dolor es tan fuerte que me contorsiono, pero no emito ningún ruido.

Es mi primera vez, nunca tuve una relación anal y me siento destrozada y violada.

Me está haciendo daño deliberadamente. Ahora, por fin, reconozco la crueldad por la que es conocido.

—Dime cuánto te gusta —dice.

No respondo y los empujones se vuelven brutales.

—¡Dime cuánto te gusta, joder! —me ordena jadeando.

—Me gusta —intento mentir, apretando los dientes por el dolor. Su respuesta no se hace esperar, a los golpes incesantes se le añade una

poderosa bofetada en el culo que, paradójicamente, me distrae del fuego que explota en la parte baja de mi espalda.

—¿Te estoy haciendo daño?

—Sí —admito sin poder controlarme.

—Bien, eso es lo que quiero —contesta aumentando el ritmo.

—La próxima vez no te hará tanto daño —dice sin pararse.

La próxima vez te mataré.

En la habitación se escucha nuestra respiración afanada, pero los gemidos solo son suyos.

Me agarra del pelo otra vez, obligándome a arquear la espalda para acercarme a él.

—Chupa —me ordena, metiéndome en la boca el índice. Ahora que tengo su dedo en la boca, explota dentro de mí una rabia que no puedo controlar. Lo muerdo y lo atrapo mientras él me agarra y me tira todavía más del pelo como si quisiera arrancármelo del cráneo, pero no me paro y sigo mordiéndole el dedo.

—Joder, estoy al límite, voy a explotar —comenta jadeando mientras se vuelve frenético y loco.

Grito apretando más el dedo con los dientes.

Se lo voy a arrancar.

Grita, después profundiza un par de veces ralentizando el ritmo hasta pararse del todo.

Me ha destrozado, estoy destruida.

—Si no sueltas el dedo de inmediato, te estrangulo —me amenaza. Abro los ojos, me doy cuenta de lo que estoy haciendo y dejo de morderlo.

¿Qué lo ha arruinado todo?

Me giro hacia él e intento parecer que estoy arrepentida.

—Me he dejado llevar por la situación, lo siento.

—Idiota mentirosa. Te he violado y querías vengarte —dice tranquilamente levantándose de la cama. Me mira críptico.

—Voy a darme una ducha. Tienes diez minutos para desaparecer, cuando vuelva no quiero encontrarte aquí —me está echando como una prostituta, como un objeto.

En este caso, una mujer se sentiría herida, pero estoy contenta por irme lo antes posible.

—Con mucho gusto —le respondo neutra dándole la espalda mientras se aleja.

Me siento partida en dos, siento un dolor que no me deja respirar y no he sentido placer.

Cuando escucho que finalmente se cierra la puerta, suspiro. También he superado esta prueba.

Me arde la piel, estoy dolorida y es solo el principio, pero mi venganza será todavía más dulce cuando vea a Carlos Gardosa completamente destruido.

VALENTINE

Abro los ojos de par en par. Mi respiración se acelera y estoy sudada. Las pesadillas me persiguen y no se irán hasta que termine esta historia. En mi cabeza, los recuerdos resuenan vivos como si tuvieran voz, escucho los gritos y no puedo hacer nada para acallarlos o para apagar este sufrimiento sin fin. Desde hace años tengo un cráter en medio del pecho, falto de la alegría y la serenidad que hace un tiempo lo llenaban.

Desde que me encontré con Carlos, mi rabia creció desmesuradamente, pero esto no es lo que me preocupa. Hay pequeños relámpagos de una emoción que no recordaba que me atemorizasen. Sobre todo porque los he sentido de nuevo con él después de tanto tiempo.

Como si no fuera suficiente, ayer por la tarde mandó a uno de sus hombres para que me llevara a mí y mis efectos personales del hotel a Villa Halcón.

Considerando que solo nos conocemos desde hace dos semanas, me parece absurdo que ya me haya traído con los suyos, pero quizás sea solo una de sus múltiples precauciones para tenerme bajo vigilancia.

Suspiro y salgo de la cama para ir al baño.

Hoy me enfrentaré a él, tengo que hacerle entender que no estoy aquí solo para terminar en su cama. Antes empezaré el trabajo y pondré punto y final a esta historia.

Decidida a cambiar la situación, me ducho y salgo con el look adecuado a mi determinación: vaqueros estrechos, camisa negra y pelo recogido. Me pongo delante del espejo, pero no miro mi reflejo, me daría demasiado asco ver en lo que me he convertido.

Cuando salgo de la habitación, me apresuro hacia las escaleras con la intención de subir con Carlos.

—¿Y tú quién diablos eres? —exclama una voz femenina a mis espaldas.

Me doy la vuelta y me encuentro delante de una mujer guapísima que golpetea impacientemente con el tacón en el suelo. Lleva un vestido perfecto que delinea su físico esbelto, tiene el pelo castaño y ojos marrones

exóticos que me miran con hostilidad.

Tiene que ser Kasandra. Recogí varias fotografías de ella mientras investigaba, pero en su caso tampoco le hacían justicia.

Cruza los brazos y me mira de arriba abajo.

—¿Te ha comido la lengua el gato? ¿Por qué estás aquí? —insiste con enfado.

—Porque lo he decidido yo —interviene Carlos detrás de mí, acercándose y poniéndome una mano en la espalda.

A Kasandra no le pasa inadvertido el gesto y lo fulmina con la mirada.

—No te traigas a casa tus aficiones —le recuerda sorprendida.

Está visiblemente enfadada y no deja de mirarme con desprecio.

—Trabajaré para nosotros —le informa Carlos.

Kasandra empieza a reírse, pero a él no le parece hacer gracia.

—¿Me tomas por idiota? ¿Cómo podría ser útil? Espera, no me lo digas... Qué tonta que soy, tiene que ser la nueva mujer de la limpieza —dice para burlarse de mí.

Carlos me coge de la cadera y me tira hacia sí.

¿Qué diablos le pasa?

—Ella es la nueva piloto y es muy hábil, créeme.

Nunca me ha visto conducir, ¿o quizás sí?

Me giro hacia él sorprendida, pero decido permanecer en silencio.

—¿Una piloto? ¿Lo dices en serio?

—Kas, no empieces —le advierte.

La mujer levanta una ceja y me observa con sospecha.

Está pensando.

—Quiero verla ahora sentada en una moto.

Parece una niña caprichosa.

Exasperado, Carlos se toca las sienes y después se acerca a ella, le pone las manos en los hombros y la mira directamente a los ojos.

Kasandra cambia inmediatamente de actitud, me sorprende verla enmudecer y relajarse de repente cuando le acaricia los brazos.

—Es buena y he decidido que trabajaré para nosotros, fin de la conversación —le dice de forma autoritaria—. No empieces con los espectáculos, sabes que me ponen nervioso, y sabes también que no le conviene a nadie tocarme los cojones, ¿o ya lo habías olvidado? —continúa con una calma amenazadora que me hiela la sangre.

Sin embargo, Kasandra parece ignorar la advertencia, porque entrecierra

los ojos y se pone de puntillas para desafiar con una mirada cortante los ojos de Carlos.

—Yo también tengo el derecho de evaluarla, “¿o ya lo habías olvidado?”

—lo presiona con las mismas palabras.

—Quiero verla correr, o mejor dicho, quiero que seas tú el que compita contra ella —concluye.

¿Él es piloto? No tenía esta información. ¿Cómo es posible?

Carlos y Kasandra se vuelven hacia mí para observarme atentamente y me siento un poco bajo presión.

—No corro desde hace muchos años —dice pensativo, quizás más para sí mismo que para mí, pero no me resisto a la tentación de desafiarlo:

—¿Tienes miedo de que te gane una mujer?

Sacude la cabeza, mira furtivamente a Kasandra y después vuelve su atención hacia mí. Se acerca en pocos pasos y me coge la barbilla, acercando mi cara a la suya.

—No te pongas contra mí porque te harás mucho daño —me avisa.

Trago. Veo que sus labios se acercan a los míos y los acaricia con suavidad. El beso no se hace esperar, cada vez estoy más confusa.

—Venga, vamos, Carlos. Pareces un perro en celo —lo reprocha Kasandra.

Se gira hacia ella con mirada amenazadora.

—No te des demasiada libertad, Kas —le advierte.

Levanta los brazos desesperada y después pivota sobre los tacones para irse.

—Avísame si va a haber espectáculo —dice antes de doblar la esquina.

Carlos vuelve a concentrarse en mí. Me agarra la cadera con las manos haciendo que nuestros cuerpos se encuentren.

—Prepárate, porque he pensado en un juego. En diez minutos corremos, ángel.

Me besa otra vez y después se va dejándome sin aliento.

El nudo que siento en el estómago cuando estoy con él se hace cada vez más intenso, si no me calmo me arriesgo a echarlo todo a perder.

Me obligo a repetir como un mantra que lo odio y que quiero hacerle daño, porque tengo que mantener el control.

Vuelvo al dormitorio suspirando y no pierdo tiempo. Me pongo el traje de moto y cojo el casco. ¿Qué significa lo que acaba de pasar? ¿Por qué se ha comportado como si le importase? No puedo explicármelo. Carlos empieza

a molestarte. Pensaba que estaría preparada para todo, pero empiezo a tener mis dudas.

Después de arreglarme, me voy al atrio y me pongo los guantes de cuero. Carlos y Kasandra están delante de la puerta de entrada esperándome, ella sigue observándome con sospecha, y Carlos, que parece otra persona, me devora con la mirada.

Está todavía más sexi.

¿Cómo me puede atraer un hombre al que odio? No creo que pueda estar más loca.

Miro a otro lado para distraerme de este pensamiento incómodo y llego hasta ellos.

Recuerda quién es, no lo mires, no pienses en él como si fuese solo un hombre fascinante.

—Recorreremos el perímetro de la propiedad, son unos tres kilómetros. Una sola vuelta —explica con tranquilidad.

Una vez fuera, viendo su moto junto a la mía, me bloqueo.

¡Mierda! Tiene una 959 Panigale.

Si es de verdad capaz de usar bien esa Ducati, no será fácil vencerlo.

—¿Vamos? —pregunta.

Le miro y asiento.

—Yo os sigo en coche —avisa Kasandra.

Me subo a la moto y él no para de mirarme. Esta vez lo miro con seguridad.

—Si gano yo, ángel, esta noche te llevaré a un lugar bonito.

¿Qué tiene en mente?

—Si gano yo, mañana hablaremos de trabajo y me dirás cuándo puedo empezar, visto que estoy aquí para ello —le recuerdo.

—Trato hecho.

Arrancamos los motores y nos vamos a la puerta, él se para y me hace una señal para que haga lo mismo.

—Saldremos desde aquí, el primero que vuelva ganará —explica. Escucho que llega un coche detrás de mí, me giro y veo a Kasandra al volante.

—Kas tocará tres veces el claxon, al tercero empezaremos la carrera —continúa Carlos.

Miro hacia la carretera y me concentro.

Lo destruiré.

3.2.1. Ya.

Aceleramos juntos aumentando la velocidad. Él me mira al menos un par de veces, me doy cuenta con el rabillo del ojo, pero sigo concentrada en el recorrido.

Nunca le permitiré que me gane.

Acelero aún más con decisión. Me echo hacia adelante al acercarme a la curva, inclino el cuerpo y la moto hacia la izquierda, después algo me molesta: él.

Está a mi lado, nuestras motos están a pocos centímetros la una de la otra y siento la adrenalina bombear en las venas. Sus intenciones están claras: está intentando intimidarme. La segunda curva se acerca y, esta vez, me adelanta. Vaya, es bueno, mucho mejor que yo.

¿Por qué no se ocupa personalmente de las entregas?

Investigar sobre su vida ha sido en vano. Todos los días descubro nuevas teselas de un mosaico mucho más complejo de lo que imaginé, y es frustrante porque en él ya no puedo ver solo un monstruo y no puedo permitírmelo.

De repente, Carlos se mueve intentando echarse encima de mí, pero lo evito antes de que pueda tocarme.

¿Está loco? Nos vamos a matar mutuamente.

Lo miro un segundo y me doy cuenta de que él también me está observando. Intenta acercarse más y ralentizo perdiendo terreno. Suspiro por la frustración mientras estoy detrás de él y tomo una decisión: si tengo que acabar sepultada, lo haré con estilo.

Al diablo con todo.

Acelero y después pulso el botón. En pocos segundos, mi Kawasaki llega a su máxima velocidad. Adelanto a Carlos y conduzco como nunca antes lo había hecho. Ni sollozos ni miedo, solo un objetivo: vencer.

A lo lejos veo la villa, ya casi lo he hecho.

Sin embargo, la sombra que se me acerca me hace entender que aún no ha terminado.

¿Pero cómo lo ha hecho?

Carlos me saluda y me adelanta, acelerando hacia su casa. Miro sorprendida el taquímetro, que señala 300 kilómetros por hora.

Maldición, no me queda otra.

Rujo de rabia y aumento las marchas para ganar terreno, el motor ruge conmigo, pero solo consigo acercarme, Carlos es demasiado rápido. No me

lo puedo creer, no puedo perder. Falta poco para la puerta y ambos tenemos que desacelerar porque podemos estamparnos, pero no tengo ninguna intención de hacerlo, y, por lo que parece, él tampoco.

Mi rabia es como un fuego interior que aumenta explotando en la garganta, sofocándome. Su moto desacelera, casi ha llegado a la línea de meta, pero no me doy por vencida. Tengo que ganarle.

Lo adelanto y después intento frenar, pero la moto gira bruscamente. Sigo concentrada, giro y me paro derrapando a pocos centímetros de la puerta.

He ganado.

Al darme la vuelta veo que Carlos se ha quitado el casco y viene rápidamente hacia mí.

—¿Qué crees que estabas haciendo? —dice con severidad mientras extiende los brazos.

Me quito el caso y lo miro directamente a los ojos.

—Ganar —respondo con la respiración cansada.

Aprieta la mandíbula sin apartar la mirada de mí, parece pensativo y sorprendido.

—¿Querías matarte? No quiero muertos en mi propiedad —afirma enfadado.

Me gustaría reírme en su cara, pero me abstengo. Sacudo la cabeza mientras bajo de la moto, después me acerco a él y le pongo una mano en el pecho.

—Tranquilo, sé lo que hago.

Kassandra viene con nosotros y se para, pero sin apagar el motor. Los dos nos giramos hacia ella mientras baja la ventanilla y apunta con sus ojos de gata hacia mí.

—No me gustas y te tendré vigilada, pero conduces bien y es lo que nos sirve —su atención se centra ahora en Carlos, cierra los ojos y después suspira.

—Me voy, tengo órdenes que cumplir. Esta noche no iré al Club.

Él se acerca y pone las manos en la puerta, se agacha hacia ella y le susurra algo que le hace reír. Los dos se vuelven hacia mí, me incomoda, pero intento parecer indiferente.

Carlos vuelve a su moto y la mujer se aleja con el coche.

—¿Sabes por qué has ganado, ángel? —pregunta.

—Porque soy mejor que tú —respondo con desfachatez.

Niega con la cabeza y por primera vez esboza una sonrisa.

—Has ganado porque lo he querido —continúa mirándome con intensidad.

—Ahora vayamos a hablar de trabajo y esta noche vendrás conmigo al Club sin rechistar. En todo caso, he ganado yo, fin de la historia.

Molesto, idiota, presuntuoso.

Arranca el motor y se va hacia la villa, dejándome allí. He ganado porque soy buena, no porque lo quisiera él. ¿Cómo puede negar la evidencia así como así?

Me deshago de la rabia que solo este hombre me provoca e intento mirar el único lado positivo: por fin hablaremos de trabajo y por fin le daré la vuelta a la situación.

6

VALENTINE

Salgo de mi habitación y uno de los hombres de Carlos me dice que le espere en el bar. Atravieso el pasillo y, una vez allí, me acerco al mostrador. Dos hombres de seguridad me observan, o mejor dicho, me devoran con la mirada. Me da asco, pero si fuese Carlos el que me mirase así no me molestaría, y es frustrante.

—¿Tienes algo fuerte? —le pregunto al camarero.

—Claro, cielo —responde Adrián al otro lado del mostrador—. ¿Has empezado mal el día? —pregunta.

Levanto la mirada y me encuentro con dos ojos castaños que me miran con curiosidad.

—Al contrario, acabo de ganar a Carlos en una carrera de motos, diría que el día ha empezado de la mejor de las maneras.

Ladea la cabeza.

—¿Carlos ha corrido en moto? Extraño.

—¿Por qué es extraño? —pregunto sin pensar.

Continúa vertiendo el líquido en un vaso cargado de hielo y después me lo pone delante.

—No corre desde hace mucho tiempo —dice encogiéndose de hombros.

Extraño, sí. Quizás los nervios por vencer han hecho que reconsiderase el asunto.

Cojo el vaso y bebo un sorbo. El alcohol me quema la garganta y no deja de hacerlo ni cuando llega al estómago. Maldición, son las diez de la mañana y no he desayunado.

—En mi casa no se bebe alcohol a esta hora —dice alguien a mis espaldas. Antes de que pueda reaccionar, Carlos me arranca el vaso de la mano y lo deja en el mostrador—. Y esto Adrián lo sabe —continúa mientras se sienta en el taburete a mi lado, pero sigue mirando al camarero—. Prepara dos cafés y pídele al cocinero que nos traiga algo de comer —ordena con severidad. Parece alterado.

—No tengo hambre —afirmo llamando su atención.

Carlos se da la vuelta con todo el cuerpo hacia mí con una expresión cruel.

—Mi casa, mis reglas. Come, tómate el café y hablemos de trabajo. Punto.

Molesto. Prepotente. Idiota.

Frunzo el ceño, pero me resisto a la tentación de contestar, aunque una lección sobre la libertad individual empieza a picarme en la lengua. Mientras el camarero ejecuta las órdenes, vago con la mirada mientras Carlos sigue observándome.

—¿Cuándo empezaste a conducir motos? —pregunta rompiendo el silencio.

—La primera vez tenía dieciocho años, y desde ese momento no me he separado —respondo manteniendo el control.

Deja el café en el mostrador, Carlos coge las tazas y me pasa una.

—Conduces de forma muy temeraria —me reprocha—. Y tu moto está alterada.

Se ha dado cuenta, es astuto.

—Me gusta la velocidad y tienes razón, modifiqué mi Kawasaki para aumentarle la potencia.

—Eres una mujer, no deberías razonar como un hombre.

Interesante, quiere provocarme.

Bebe un sorbo de café sin apartar la mirada.

—Algunas mujeres podrían sentirse ofendidas por tu afirmación, pero para mí es un halago —digo fijando la mirada en la suya—. ¿Por qué no me dices las cosas como son y admites que te fastidia que una mujer haya sido mejor que tú en algo? —lo provocho.

Levanta ligeramente la comisura de los labios y después los abre.

—Un ángel como tú no debería arrastrarse a este mundo —dice acercándose a mí—. Es peligroso —continúa mientras me mira los labios—. Podrías hacerte mucho daño —su boca está delante de la mía. Siento su respiración cálida en la piel y aguanto el aire—. Y cuando quieras salir, ya no podrás hacerlo —susurra con aire amenazador desencadenándome escalofríos de un deseo que me gustaría acallar.

Me roza los labios con los suyos.

—Estoy justo donde quiero estar —murmullo en su boca un segundo antes de que se apropie de la mía, devorándome una vez más.

—Tenemos que hablar de trabajo —le recuerdo interrumpiendo el beso.

Carlos suspira y asiente poco convencido.

Mientras tanto, nos sirven una tortilla, zumo y una jugosa macedonia. Miro la comida y se me retuerce el estómago. Quiero comer, pero no puedo hacerlo.

—¿De qué me tendré que ocupar exactamente? —pregunto mientras pincha un trozo de piña con el tenedor.

Sigo sus movimientos, intentando analizarlo y entenderlo.

—Tienes que entregar un paquete, es todo lo que tienes que saber.

No, no creas que te vas a escabullir así.

—Tengo que saber qué estoy entregando, ¿no crees? —presiono.

Me observa minuciosamente y después pincha otro trozo de piña:

—Come —me ordena. Después me sorprende llevándome la fruta delante de los labios.

Obedezco, mastico e intento tragar, pero parece una tarea ardua.

—La carga es cara... —se interrumpe y suspira—. Solo tendrás que llegar a la dirección que te den, entregar y volver.

—¿Cara?

—Sí. Muy cara.

—¿De qué se trata, Carlos? —insisto.

Se levanta del taburete y se pone delante de mí. Apoya las manos en el mostrador a ambos lados de mi cuerpo, atrapándome.

—Todavía no me fío de ti y tus preguntas solo empeoran la situación —dice con tono amenazador.

Permanezco inmóvil, sosteniendo su mirada. Si hago un movimiento en falso me mataría, estoy convencida.

—No quiero ser invasora, pero no entrego nada sin conocer el contenido de la carga.

Se inclina aún más hacia mí.

—¿Qué te hace pensar que estás en posición de decidir? Si no recuerdo mal, te he dado la posibilidad de echarte atrás, pero te has quedado. Ahora, harás lo que te digo sin rechistar —afirma con determinación.

Se echa hacia atrás, coge el vaso de zumo y bebe un sorbo mientras me observa.

—Está bien —digo bajando la mirada.

Me libera y vuelve a sentarse en el taburete, siento sus ojos encima.

—Esta noche saldrás conmigo. En la habitación encontrarás algo que ponerte. A las diez en punto nos veremos en el atrio, ni un minuto más.

Su mirada penetrante me recorre el cuerpo.

—Ahora puedes irte y hacer lo que quieras, nos vemos esta noche.

¿De verdad se está deshaciendo de mí así?

Suspiro aliviada, pero antes de irme me acerco a él, le cojo el vaso de la mano y bebo un sorbo diciéndole:

—Los dos sabemos que necesitas a alguien despierto para las entregas, y lo tienes delante. Si de verdad quieres que la carga cara llegue a su destino en el tiempo establecido, te aconsejo que me digas el contenido.

Acabo de provocar al *Diablo*.

Maldición, he perdido el control.

Su rostro se oscurece. De repente me agarra de las muñecas, el vaso se me escapa de la mano y cae al suelo partiéndose en mil pedazos. Mantengo la respiración.

—Estás jugando con fuego, ángel, y no sabes lo excitante que es.

En la sala reina el silencio.

Me agarra con más fuerza, como si quisiera romperme.

La adrenalina me acelera como nunca el corazón. Tengo que estar completamente loca, porque me estoy excitando en una situación donde tendría que sentir miedo.

—El fuego no me asusta —intento decir, pero mi voz es demasiado débil para resultar creíble.

—Tienes un segundo para desaparecer antes de que cambie de idea y te arrastre a la cama para follarte.

Abro los ojos de par en par por la dureza con la que me lo dice. Me libero de él y retrocedo.

La idea de tener sus manos en mi cuerpo me hace temblar, cuando me toca siento una descarga eléctrica: me hace daño.

Me doy la vuelta y me voy.

El corazón late enloquecido. Las piernas tiemblan.

Cuando llego a la habitación, cierro la puerta de golpe y me colapso respirando con dificultad. Me va a dar un ataque de pánico. Corro hacia la cama, levanto el colchón y cojo la pequeña bolsita que he escondido. Saco las pastillas y me trago una.

Calma, respira. Todo irá según lo planeado.

Me siento en la cama y me cojo la cabeza con las manos, oscilo hacia adelante y hacia atrás mientras dentro de mí la vorágine se hace cada vez más grande.

¿Qué estoy haciendo? ¿Cómo puedo llegar al fondo si ya no puedo

controlar la situación?

Cierro los ojos, la mente vaga. Los recuerdos afloran, intento alejarme, pero me aplastan. El pecho parece que me va a explotar mientras escucho los gritos en mi cabeza. Los lamentos están cada vez más cerca. Y después me doy cuenta de que es tarde: los recuerdos están vivos.

Tres años antes

El tiempo ha cambiado de repente. Miro por la ventana, las nubes llenan el cielo. Entrecierro los ojos mientras me muerdo el labio. He organizado una cena en el jardín. Resoplo mientras miro hacia el salón con los brazos en jarras. Observo el bello espectáculo. Mi marido, Richard, y nuestro hijo, Davis, de cuatro años, están entretenidos en una carrera a ver quién termina antes la construcción de Lego. Sonríe al ver la complicidad que hay entre los dos. Suspiro profundamente, me siento una mujer completa, tengo todo lo que deseo. Un hombre que me respeta y una familia. Lo amo con locura, al igual que a nuestro hijo.

El pequeño hincha los mofletes cuando la extraña construcción cae. Sonríe pensando que se parece más a mí de lo que me imagino. Mientras los observo, Richard se gira hacia mí y sonríe, haciendo un gesto como diciendo «igualito que su madre». Tiene razón, odio perder, me obsesiono con darlo todo y no me detengo hasta que lo consigo. Y esto Richard lo sabe. Siempre me satisface.

El punto débil de un hombre como él soy yo. No sabe decirme que no. Somos una pareja bonita. Dos mundos opuestos que se complementan a la perfección.

—El vino —digo en voz alta.

Me mira encogiéndose de hombros. Se le ha olvidado. Ha terminado muy tarde de trabajar, como suele pasar últimamente. Miro el pescado que sigue horneándose y aprieto los labios. Sin pensar en ello demasiado, cojo la chaqueta y el bolso, y después me paro en el umbral del salón.

—Vuelvo enseguida.

Pone los ojos en blanco exasperado.

—No es el fin del mundo, déjalo estar —me dice.

Lo miro directamente a los ojos con seriedad, demasiada. Los dos sabemos que el pescado sin vino no vale nada, y para una persona como yo no debe haber errores en lo que hago.

—Eres tozuda como una mula.

—Y te gusto por eso —respondo con tono burlón a ese comentario. Le doy un beso al vuelo y salgo corriendo. Tengo quince minutos antes de que el horno se apague y me he propuesto volver a tiempo. Normalmente no suelo darle mucha importancia a estas cosas, pero esta noche es especial.

Celebramos nuestro aniversario. Me he esforzado mucho para preparar la cena, la mesa y en comprarle un regalo. Últimamente, por culpa del trabajo siempre está cansado, y esa es la noche perfecta para recuperarse. Mientras me alejo del camino, miro una última vez a la casa. Soy una persona feliz.

Cojo el vino y espero con impaciencia que la cliente que tengo delante se dé prisa para pagar, salgo en coche. ¿Por qué cuando se tiene prisa va todo más lento?

Un trueno me hace sobresaltar cuando entro en la calle de mi casa. Me llevo la mano al pecho e intento respirar con calma.

—Qué susto.

Mi cuerpo tiembla y me ahoga de repente. Me siento extraña, no puedo respirar bien. El corazón palpita en el pecho con tanta fuerza que me hace daño. Miro confusa mis manos temblorosas. No lo entiendo. Siempre he estado bien, nunca había tenido problemas de salud. El aire de la habitación se ha vuelto irrespirable y me obliga a abrir la ventana para respirar. Lo que siento es indescriptible. Me siento al borde del precipicio. Siento una extraña sensación, algo que me anuda el estómago y sale por la garganta dejándome sin respirar.

CARLOS

Joder, esa mujer es hermética, consigue controlar las emociones.

Pero sé que su actitud controlada esconde algo más profundo, nadie mejor que yo sabe qué quiere decir mantener a raya la rabia.

Es extraño tenerla cerca, y más extraño es que la idea de traerla a la villa haya sido mía. Al principio pensé que lo hice solo por controlarla, sin embargo, cuanto más tiempo paso con ella, más me doy cuenta de que lo hice para podérmela follar cada vez que me apetezca.

Menudo cabrón.

Su cuerpo me excita, ella y su mirada vacía y fría me enloquecen, y son como una droga que no puedo dejar. Han pasado unas horas desde nuestra carrera matutina, Kas alertó a los otros y se montó un lío. Solo faltaba que estuvieran detrás de mí. Ya he mandado hacer una investigación sobre ella, sé cómo se hacen las cosas, ¡por Dios!

Odio cuando las personas no se ocupan de sus asuntos. He decidido meterla en mi villa y, si descubriese algo que no me convence, seré yo el que me libre de ella. Ahora tengo que relajarme, dentro de poco vendrá Valentine. Para volver a verla no puedo esperar a esta noche y la he mandado llamar.

La puerta de mi habitación se abre: empieza la diversión.

Se acerca a mí lentamente. Apoya solo la punta del pie en el suelo, simulando la forma de andar extremadamente sexi que tiene cuando se pone las botas de tacón alto.

Parece que ha estado haciendo jogging, lleva solo un par de pantalones y una camiseta corta tan ajustada que no deja mucho espacio a la fantasía. El pelo, recogido en una coleta, lo tiene pegado al cuello. Es guapa de escándalo. Lleva consigo una botellita de agua. Es un gesto casual, pero al venir de ella emana una sensualidad rompedora.

—¿Te gusta lo que ves? —pregunta de repente mientras se acerca aún más.

—Quizás —digo sin darle la satisfacción de haber centrado en ella todos mis pensamientos.

—¿Te gusta mirarme, Carlos? —insiste endureciendo el tono de voz, como si estuviera ronroneando.

Joder, claro que me gusta.

La observo mejor y dejo que los ojos recorran su cuerpo. Los pezones sobresalen duros bajo el tejido del top.

—¿Y a ti te gusta mirarme? —le pregunto.

—Sí.

—¿Ya está?

—¿No es suficiente? —me provoca y continúa—: ¿Para qué me has llamado?

Su mirada brillante está atenta, los ojos expresan determinación y misterio.

—¿Tiene que haber un motivo? —le pregunto acercándome a ella hasta ponerle una mano en la pierna.

—Carlos Gardosa solo busca a las personas por un motivo.

Mientras susurra estas palabras, abre ligeramente las piernas y mi mano sigue la invitación adentrándose en el pubis.

—¿Es este un motivo válido? —le pregunto tocando con los dedos el calor de su sexo, que siento a través de los pantalones.

—Diría que sí —admite echando hacia adelante el cuerpo.

—Quieres... —susurra con los ojos cerrados—, mi cuerpo —afirma mientras me bloquea la mano con la pelvis.

Estoy excitado, tanto como ella.

—Tú también deseas mi cuerpo.

Le toco entre las piernas.

—Aunque, al igual que tú, podría tener a quien quisiera —digo para mostrarle una racional indiferencia que no siento.

—Los dos sabemos que no es así. Puedes tenerlo todo, pero rara vez encuentras algo que te satisfaga por completo —responde ella sin dudar.

No contesto, pero intento levantar el dedo de la mano que tengo bajo ella como si quisiera penetrarla por los pantalones. Tiembla.

Joder, la quiero y ya.

Le cojo la cara con las manos y la beso. La empujo hacia la cama y la atrapo. Le quito los pantalones como si se los quisiera arrancar, no se

rebela, me deja hacer todo lo que quiero.

La levanto mientras me abro la cremallera de los pantalones.

—Míralo, es culpa tuya si estoy en este estado —le digo enderezando la polla hacia su cavidad.

No le dejo tiempo para hablar, levanto la pelvis y entro dentro de ella con un golpe seco. Se pone rígida, pero no tengo intención de dejarla ir.

—Estás mojada, eso quiere decir que me quieres —le digo.

—¿Acaso he dicho lo contrario? —pregunta jadeando, tomando todo dentro de ella.

Le agarro el culo aumentando el ritmo mientras me pierdo en sus ojos. Son tan misteriosos que a veces tengo miedo de entrar en un círculo vicioso del que no sabría cómo salir.

Suspira mientras le arranco la camiseta, liberando su bonito pecho.

Nuestro deseo es crudo, nacido únicamente para un placer inmediato, sin sentimientos, sin preliminares.

Me pone las manos en el pecho y arquea la espalda para acercarse más a mis empujones, disfrutando cada uno de ellos.

—Mírame.

Obedece, me mira en profundidad con esos ojos vacíos y sin vida.

—Te miro —su voz es mucho más eficaz que el cuerpo, me está llevando al límite.

Me pongo en alto para darle empujones fuertes tal y como me gusta, y salgo de ella para ponerme encima. Solo en ese momento me doy cuenta de que he cometido un error sin precedentes. No he usado el preservativo y ella no me ha dicho nada para pararme.

—¿Cuándo fue la última vez que estuviste con un hombre? —le pregunto de repente. Me observa detenidamente, pero no parece estar sorprendida.

—Ha pasado mucho tiempo. Si te estás arrepintiendo de no haber tomado precauciones, puedo asegurarte de que no tengo enfermedades.

Me tumbo en la cama y la miro mientras se queda quieta esperando a que le diga qué hacer. Es sorprendente cómo es posible que no tenga nada que decir, y también es muy extraño.

—Deberías ducharte —le digo. Se levanta y recoge la ropa—. Ángel —la llamo, se da la vuelta enseguida—. Puedes usar mi baño.

Parece sorprendida, pero le dura poco. Como siempre, lleva una máscara y obedece.

Me siento especialmente relajado y por alguna extraña razón tengo ganas

de seguirla a la ducha. Nunca lo he hecho con las otras, pero en este momento tengo curiosidad de descubrir cómo es compartir mis espacios con ella.

Me levanto impulsándome con las manos y voy con determinación hacia el baño. Una vez dentro, la veo de espaldas mientras intenta regular el chorro de agua. Tiene un cuerpo perfecto.

Mierda, quiero más.

—Deja, ya lo hago yo —le digo con impaciencia poniéndome a su lado. Nuestros cuerpos se rozan e instintivamente retrocede. La miro con el rabillo del ojo mientras le pongo el chorro de agua y después entro en la ducha.

—Ven —la invito con calma. Duda un instante y después suspira con suavidad, como si no quisiera que se escuchara, pero me mira como si me quisiera ver muerto.

Me obsesiona. Desde que la vi no para de mirarme con rabia y no puedo explicármelo. Soy un desgraciado que se quema en el infierno todos los días y la tentación de saber el porqué de esa mirada es tal que quiero tenerla cerca.

Sé que he empezado un juego perverso y peligroso solo para sentirme vivo. La vida me ha marcado tan profundamente que hasta ahora solo me he limitado a existir, pero el placer que sentí la primera vez que me la follé fue toda una revelación. Me ha demostrado que, después de todo, no estoy muerto.

Sus ojos miran el tatuaje que me cubre los brazos, sigue con la mirada el tribal y es como si me tocara. La siento.

—¿Qué significa el ángel arrodillado que tienes en la espalda? —pregunta levantando la vista.

No respondo, pero su curiosidad me gusta. Es la primera vez que alguien me pregunta su significado. Me meto bajo el chorro de agua y le doy la espalda.

Un momento: ¿qué cojones me pasa por la cabeza?

Normalmente odio a los cotillas y ella no puede ser una excepción.

—¿Es por las cicatrices? —pregunta cada vez más cerca. Me giro de golpe y la miro con crueldad.

—No es asunto tuyo.

Permanece impasible, me apoya los dedos en la espalda y recorre lentamente uno de los arañazos que me recorren la piel.

—No quería enfadarte —susurra.

Apoyo la frente en los azulejos y respiro profundamente. Esas malditas cicatrices son algo que no puedo borrar, justo como los pésimos recuerdos que no paran de devorarme.

27 años antes

—*¡Pide perdón!* —ordena volviéndome a dar otro golpe violento en la espalda. *Agarro con fuerza la cadena que tengo alrededor de las manos y cierro los ojos. La piel me quema, los huesos me duelen, pero sigo en silencio.*

Siento sus pasos, ha cambiado de sitio, se ha ido al otro lado.

—*Solo eres un chico estúpido que juega a hacerse el duro. ¡Pide perdón, Carlos!* —grita con rabia. *Escucho el látigo y después el golpe seco en la espalda. Aprieto los dientes y contraigo todos los músculos del cuerpo, no puedo respirar.*

—*¡Mátame si quieres! No te pido excusas.*

Me agarra del pelo y me tira hacia atrás la cabeza para mirarme a los ojos. Su mano, grande como una pala, me abofetea tan fuerte que los oídos me empiezan a pitar.

No puedo ceder.

—*Todavía te quedan ocho meses aquí dentro, me aseguraré de que sean los peores de tu vida, malparido.*

Bajo la mirada y veo caer gotas rojas y densas al suelo. Este idiota me ha partido el labio. Me paso la lengua por la herida y el sabor de la sangre me recuerda por qué he terminado en esta situación. Levanto la mirada hacia Fernando:

—*Todavía no lo sabes, pero ya estás muerto —le digo sonriendo.*

Impactado por mis palabras, da un paso hacia atrás, pero luego vuelve a ser el mismo monstruo de siempre.

—*¿Sabes que cuando salgas de aquí seguiré follándome a tu Kas todos los días? ¿Quién me va a parar, pendejo?*

Escupe riéndose.

—Vete al infierno, capullo.
Su respuesta es otro golpe con el bastón.
Lo mataré, eso seguro.
Otro latigazo.
La piel me quema, el dolor explota.
Lo haré mil pedazos, quizás sea lo último que haga.
El látigo se levanta antes de caer sobre mi ya destrozada espalda.
Me muerdo el labio sangrante y cuento mentalmente los golpes:
Uno, el bastón dicta el ritmo del dolor.
Dos, mi carne viva resuena como una campana.
Tres, pongo la cabeza entre los brazos. El sufrimiento nutre mi rabia.
Cuatro, el desgraciado se está cansando, el latigazo es menos intenso.
Tiro con fuerza de la cadena que me bloquea las manos, si se rompe lo mato ahora.
Cinco, el látigo golpea un punto que estaba intacto.
Enterraré tu cuerpo personalmente.
Seis, la sangre se derrama por mi cuerpo. Me contorsiono y sonrío de satisfacción.
Contaré los días y planificaré tu fin.
Siete, no lo resisto, esta vez grito liberando todo el aire que tengo en los pulmones.
—Pide perdón, Carlos, o no pararé —me amenaza acercándose.
Dolorido, cargado de cólera, lo miro a los ojos y respondo:
—No en esta vida, ni a ti ni a ningún otro.
Salto hacia adelante y le doy un cabezazo. Se tambalea y cae mientras se lleva las manos a la cara.
—Hijo de puta, ¡te voy a destruir! —grita fuera de sí, acercándose hecho una furia. Me agarra del cuello con las manos y me sacude:
—¡Pide perdón, capullo!
Le sonrío para mofarme de él. No ha entendido nada, si tan solo supiera que esto no es nada respecto a lo que sufrí en el pasado no malgastaría la energía.
—Te mataré, te lo juro —le digo, después le escupo en la cara.
Me suelta, coge el látigo y vuelve a golpearme. Cierro los ojos y abandono mi cuerpo a su destino. El dolor se mezcla con el odio, que cada vez crece más dentro de mí. Lo mataré y sentiré placer al hacerlo. Nací en el infierno y esta es mi vida.

—El ángel caído —susurra arrastrándome a la realidad.
Me giro de repente, le cojo la cara con las manos y la beso.
Quiero olvidar y ella me hace olvidar hasta mi nombre.
Me sujeta los antebrazos mientras sigo devorando su boca.
Necesito distraerme, pensar en algo bonito antes de que sea tarde, antes de que la oscuridad me devore de nuevo. En este momento, ella es el sol cálido reconfortante que me envuelve y me hace sentir su calor.

—Quiero entrar en ti —le digo.

La cojo y la empujo a los azulejos, sigo besándola mientras le levanto la pierna. Me agarra los hombros, siento las uñas en la carne y es como una descarga de adrenalina.

La penetro y su vientre se contrae.

Hace fuerza contra mí y jadea.

—Carlos.

Su voz me llega al alma, pasa a través de mi cuerpo y termina directamente en mi polla. Ella la siente, estamos en sintonía, hay algo que va más allá del sexo.

¡Joder!

Le muerdo los labios carnosos y me devora los míos. Su respiración está ligada a la mía, el ritmo es potente y fuerte, somos como dos animales salvajes listos para destruirnos de placer. Siento su cuerpo que vibra solo por mí, como si fuese un instrumento que solo yo puedo tocar. Su mirada me atrapa en un pensamiento demasiado dulce para ser mío.

Cede, jadea y se deja transportar.

El placer sube, se vuelve incontrolable y me dejo llevar porque estoy a punto de explotar. Salgo rápidamente de ella y me libero. *¡Mierda!* ¿Dónde tengo la cabeza? Lo he vuelto a hacer sin preservativo.

Idiota estúpido.

Mañana tengo que hacer que se tome esa cosa para mujeres, no puedo arriesgarme a traer al mundo a un capullo como yo.

Está decidido. Mañana la enviaré al ginecólogo, de hecho, le haré venir aquí.

He pensado que la tendré conmigo un poco más, lo que significa que la única polla que entrará en su coño es la mía.

Tengo que decírselo pronto: donde entra Carlos Gardosa no entra nadie.

No dice nada, se pone bajo el chorro de agua y me da la espalda con la

cabeza inclinada hacia adelante.

No soy capaz de descifrarla, es demasiado flexible, demasiado silenciosa. Parece casi que su mente y su cuerpo no están unidos. Si no fuese ridículo podría hasta temerla, porque se parece muchísimo a mí.

VALENTINE

Me he puesto el vestido rojo fuego, corto y abierto a los lados que Carlos ha elegido para mí y lo he combinado con un maquillaje ligero. Antes de salir de la habitación, me miro una última vez al espejo y deslizo los dedos por el escote lleno de gemas coloridas que me ha dado para ponerme con el vestido. Es una joya estupenda, y creo que al final me la quedaré.

Estoy lista para otra ronda.

Cuando llego al atrio, me observa con atención. Su mirada me acaricia la piel y la tensión empieza a subir. No es un paseo tener que lidiar con él. Tener delante la causa de mi dolor y permitirle hacer lo que quiere no para de matarme.

Carlos mira el reloj de muñeca y murmura:

—Tenemos que irnos.

Una vez delante de su Range Rover no me abre la puerta, de hecho, me pide que suba enseguida. Se despide de sus hombres y después pone la marcha.

No habla, no hablo. El silencio reina hasta que llegamos al *Club Diablo*. En los papeles, el propietario es un tal Gonzalo Pérez, pero en realidad es solo un testaferro. El verdadero propietario es Carlos, el mismo que de la mayor parte de las actividades en las que está metido. ¿Cómo puede un hombre tener un imperio tan grande sin que alguien se dé cuenta de lo oscuro de sus negocios?

—¿Has descansado? —pregunta repentinamente al bajar del coche.

Lo miro con sorpresa y asiento.

—Bien, esta noche nos la echamos a suertes.

El odio me devora, el deseo de matarlo de inmediato aumenta. Tengo que respirar y calmarme. Sabía que sería difícil, pero no puedo, no debo rendirme ahora que estoy avanzando.

Una vez dentro, sigo a Carlos mientras se hace camino entre la gente. Atraviesa el local hasta llegar a una puerta trasera, vigilada por dos gorilas

de seguridad.

—Buenas noches, señor —dice uno de los dos abriéndole la puerta.

—¿Todo bien, chicos? —pregunta él.

—Como de costumbre —responde el otro.

Carlos me coge de la mano y me conduce más allá del umbral.

Nos encontramos en una sala donde las bailarinas de *pole dance* intentan llamar la atención de los pocos clientes del mostrador y atravesamos una puerta donde está escrito: «Reservado para el personal». La salida conduce a unas escaleras completamente insonorizadas que terminan frente a otra puerta. Carlos no dice nada y la abre, desvelándome un lujoso y, obviamente ilegal, casino subterráneo.

No me puedo creer que las autoridades no tengan conocimiento de este lugar. ¿Hasta dónde llegan las artimañas del *Diablo*? Ahora sé de dónde proviene parte del dinero sucio que circula en sus manos.

La sala, aunque llena de gente, mantiene su elegancia intacta. Las lámparas de cristal irradian una luz dorada haciendo resplandecer el mármol blanco del suelo y el raso color crema del forro de las sillas. A mi derecha tintinean varias máquinas tragaperras, pero es la ruleta la que domina la escena, posicionada justo en el centro de la maraña de juegos de azar.

Mientras atravieso, la sala fija la mirada a la izquierda. Me quedo de piedra al ver al juez Navarro en la mesa del blackjack. La semana pasada, los periódicos llevaban en primera plana su sentencia de absolución para Romero Adez, un narcotraficante famoso que todos esperaban que terminara en la cárcel para siempre.

—Tomemos algo de beber.

La voz de Carlos me saca del asombro y sus ojos continúan observándome mientras nos acomodamos en los taburetes en el mostrador del bar.

—¿Sorprendida? —me pregunta mientras llama al camarero.

—Bastante.

Conmocionada sería la palabra correcta. Sabía que el sistema está corrupto, pero no hasta este punto.

—Toda la gente importante de La Habana está aquí. Ellos lo saben, yo lo sé, y el acuerdo es conveniente para ambas partes —explica mientras me da una copa de champán.

Miro con atención las caras intentando memorizar todas las que puedo con la esperanza de reconocer otros, pero es difícil considerando que no soy de aquí.

—Prácticamente, los tienes en la mano —se me escapa de los labios.

—Les doy lo que quieren y a cambio recibo una buena “libertad de maniobra” en los negocios. Si quieren mantener el *statu quo*, tienen que seguir mis reglas. Espero que ahora lo veas más claro, Valentine.

Noto el tono amenazador que emana de sus palabras, pero continúo.

—Y si alguien no sigue tus “directivas”, ¿qué pasaría?

Sonríe y se bebe el contenido de la copa de un trago.

Posa la mano en mi pierna medio desnuda, la desliza bajo el borde del vestido y acerca la cara a la mía.

—Terminan ardiendo en el infierno —susurra sobre mis labios.

Sostengo su mirada mientras desliza la mano entre mis piernas y toca con la punta del dedo el tejido del tanga que llevo.

—No me disgustaría si nos fuéramos —digo con tono provocador rozando sus labios con los míos—, en el fondo, una vez muerta, ¿qué puede hacer el miedo?

Mi mano se mueve rápidamente para tocarle la erección, entre mi piel y la suya solo está el ligero estrato de los pantalones.

—Provocas un vórtice de excitación y no te das cuenta —gruñe mientras se lanza a por mis labios. Su boca envuelve la mía, mi mano le agarra la erección mientras la suya sigue acariciándome el sexo a través del tejido.

El ruido de unas toses llama nuestra atención. Nos damos la vuelta y descubrimos que dos hombres nos observan.

—Veo que sabes cómo mantenerte ocupado —dice uno de los dos dirigiéndose a Carlos.

En un primer vistazo no parece superar la treintena, tiene el pelo rubio y corto, y ojos verdes. Viste ropa cómoda y la camiseta ajustada deja entrever los músculos esculpados.

Los hombros grandes le dan un aire físicamente amenazador. No se puede decir lo mismo del otro, que en cambio parece un pez gordo de la economía: pelo negro, ojos oscuros y físico esbelto encerrado en un traje elegante de alta costura. Su cara no deja entrever ninguna emoción, igual que la de Carlos.

—Ella es Valentine, la nueva piloto.

Los dos hombres me observan con escepticismo.

—Es una mujer, ¿estás seguro de tu elección? —pregunta el rubio cruzándose de brazos.

—Diría que su decisión es evidente —gruñe el otro, después levanta la

ceja mirando la pantalla del móvil.

—Vaya, no hay recepción. Vengo en un momento —continúa alejándose.

—Yo también me alegro de volver a verte, Kris —le grita Carlos.

Ok, apuntado. El tipo elegante se llama Kris.

—No te lo tomes mal, está ocupado con la campaña electoral —intenta justificarlo el sujeto del cual aún no me sé el nombre.

—Él es Damián... Un amigo.

¿Más amigos? Mi investigación hace aguas por todos lados.

El hombre me da la mano y no tardo en estrecharla para presentarme.

—Curioso, un pajarito me ha dicho que Carlos te llama «ángel» —comenta con ironía.

—El pajarito debería aprender a tener la boca cerrada si no quiere que otro se la tape —gruñe Carlos, molesto.

—Bueno, él es el *Diablo* y yo su ángel, parece perfecto —digo en tono de burla dada la situación.

—¡Dejemos las gilipolleces y juguemos! —exclama Carlos tras hartarse.

Se levanta y, como si fuese una muñeca de trapo, me coge de la mano para arrastrarme y dejar a Damián mirándonos.

Cuando Carlos y yo nos acomodamos en la mesa de la ruleta, todos lo saludan con respeto, y uno de sus hombres le pasa enseguida una bandeja llena de fichas.

¡Eureka!

Le gusta jugar y necesito información.

—¿Quieres que hagamos el juego más interesante? —le pregunto acercándome a su oído.

—Depende de lo que nos juguemos —contesta con seriedad girándose hacia mi dirección.

—Yo te digo los números en los que tienes que apostar. Si sale mi número, responderás a una pregunta que te haga, si pierdo, seré yo la que conteste a una de las tuyas —explico.

Carlos mira al crupier y después vuelve a mirarme.

—Haremos cinco apuestas. Si la mayoría de las veces no las adivinas, esta noche harás algo para mí —dice con entusiasmo.

Sus ojos brillan y, durante un momento, esa luz extraña consigue adentrarse en mí.

—Hecho. Apuesta al 21.

Igual que el día que cambió todo.

Mira a la mesa y sonríe.

—Voy a perder mil pesos y no puedo esperar a decirte cómo me los tienes que pagar.

Poso la mano en la de él y atraigo de nuevo su mirada.

—Estás acostumbrado a vencer, pero yo también —le digo con voz persuasiva.

Se muerde el labio y después se levanta para apostar en el número que le he dicho.

—Que gane el mejor —comento deslizando la mano por el brazo hasta llegarle a la parte trasera de la nuca.

—Es decir, yo —contesta con seguridad con los ojos fijos sobre la ruleta que empieza a girar.

Aguanto la respiración y rezo para que salga mi número. Richard decía a menudo que tenía la suerte del principiante. Incluida aquella vez en la que fuimos a Las Vegas y jugué solo a la ruleta. Casi siempre salían mis números, fue memorable.

La bola inicia el recorrido y el latido de mi corazón se acelera. La vio saltar primero sobre el 0, después sobre el 15.

No te pares, solo un poco más, te lo ruego.

Como si me hubiese escuchado, se mueve un poco más, llega al 21 y allí se para. Los músculos de mi cuerpo se relajan, suspiro y silenciosamente masajeo la nuca de Carlos y me acerco a su oído.

—He ganado —digo satisfecha, pero no me regocijo demasiado.

—La suerte del principiante —gruñe cogiendo la ganancia. De repente, las palabras pierden completamente la magia.

Ha conseguido ensuciar un bonito recuerdo.

Que él las pronuncie me revuelve el estómago, pero mantengo el control de la situación.

—¿Qué tengo que entregar? —pregunto llegando al quid de la cuestión.

No responde, coge las fichas y apuesta al 5.

—Un hombre de honor mantiene sus promesas —le recuerdo.

Se gira hacia mí, su cara toca la mía, pero no me aparto, permanezco donde estoy sosteniendo su mirada enfurecida.

—Llevarás lo que tienes en el cuello.

Confusa, miro el collar.

—¿Joyas? No tiene sentido.

¿Por qué tanto misterio? ¿Son robadas?

—La joya no, pero sí las piedras que están engastadas. Muchísimas piedras... —se acerca mirándome los labios con codicia—, raras y preciosas —susurra en mi boca antes de besarme y retirarse.

Me imaginaba de todo, menos que traficase con piedras preciosas. La información que tenía estaba completamente equivocada.

Resumiendo: es propietario de un local con un casino ilegal, trafica con piedras preciosas, ¿y qué más?

La ruleta se para y maldice. No ha salido su número.

—Veintinueve —digo.

Hace veintinueve meses que no vivo.

Me mira furtivamente y apuesta.

—¿Por qué Cuba? —pregunta de repente.

—No has ganado —le recuerdo.

Se le contraen los músculos de la cara.

—Me importa una mierda, responde a mi pregunta —dice con tono amenazador.

Su naturaleza instintiva no ayuda mucho.

—Deja de pensar que estoy intentando engañarte. Tenía que cambiar de aires, la policía me estaba pisando los talones.

Retuerce la nariz, pero no dice nada. Apoya la mano sobre la mía, la coge y después la arrastra hacia el bulto de sus pantalones. Me roza la oreja con la boca.

—Te equivocas, estoy pensando en lo mucho que me gustaría follarte sobre esta mesa cuando cierre el local —dice, siento que un escalofrío me recorre el cuerpo.

—Señor, le requieren —interviene una voz detrás de nosotros. Nos giramos en ese mismo momento hacia uno de sus hombres—. En su oficina, señor —puntualiza el hombre.

Carlos se levanta y se pone bien la chaqueta.

—Sigue jugando, vengo enseguida —me dice sin dignarse a mirarme.

Lo sigo con la mirada hasta el fondo de la sala, donde se para, saluda a un hombre de mediana edad y se aleja con él por las escaleras.

¿Y este quién es?

Si me quedo aquí no puedo descubrirlo, y no puedo moverme sin que uno de sus hombres me vea. Resignada, me vuelvo hacia la mesa y sigo jugando. Mi número no sale, y es un alivio que no esté presente, de lo contrario habría tenido que responder a su pregunta. El tiempo pasa

lentamente, ya no puedo seguir el juego, continúo girando la ficha con los dedos y apuesto a ciegas.

—El señor Gardosa la quiere en su oficina —dice una voz fría a mis espaldas. Me giro y me encuentro de frente al hombre de Carlos, tranquilo e inexpresivo.

Dejo las fichas sobre la mesa y me voy hacia la salida. Subo las escaleras, seguida por una especie de autómeta que no me quita el ojo de encima.

Al llegar delante de la puerta de la oficina de Carlos, llamo dos veces y espero.

—Adelante.

Una vez dentro, me doy cuenta de que no estamos solos. De pie delante de él hay una mujer medio desnuda, en realidad lo único que le cubre es un tanga minúsculo.

—Ven, ángel —dice acompañando las palabras con un gesto de la mano.

Me dirijo hacia su dirección sin mirar a la mujer, mi objetivo es él.

—Me he aburrido sin ti —le digo posando los labios en los suyos. Me sonrío y después me agarra y me sienta en sus piernas.

—Baila para nosotros, Alicia.

La mujer le sonrío con amabilidad y empieza a moverse en un baile erótico, acariciándose lentamente el cuerpo.

Sus manos diseñan pequeños círculos alrededor del pecho y después lo envuelve, mientras tanto, las de él empiezan a ondear con provocación.

—¿Te gusta lo que ves? —me pregunta en un susurro.

—No especialmente —contesto con sinceridad.

Restriega la cara en mi cuello y noto que el aliento le apesta a alcohol. Creo que está borracho. Con las manos me rodea la cintura y después sube hasta adentrarse bajo el vestido, imitando las caricias que la bailarina hace consigo y lamiéndome el cuello.

—Mira qué bien se mueve, ¿no te gustaría intentarlo?

Tengo el presentimiento de que los planes de Carlos para esta noche incluyen un *ménage à trois* y la cosa no me gusta nada. Me vuelvo hacia él, le cojo el borde de la chaqueta y le aplasto el cuerpo con el mío mientras deslizo la boca por su cuello hasta llegar al lóbulo de la oreja.

Le muerdo y le susurro:

—Llévame a tu cama, ya.

Sacude la cabeza lentamente y después me mira con ojos nublados por el alcohol.

—Levántate y baila con ella —ordena.

Te mataré, desgraciado, no sabes el placer que sentiré haciéndolo.

Me levanto y a regañadientes me acerco a la mujer que, impertérrita, sigue moviéndose de forma sinuosa.

—Quiero que te desnudes —exige.

Me examina con lujuria, sus ojos me devoran mientras dejo caer el vestido al suelo.

Se suelta el nudo de la corbata y después se enciende un cigarrillo sin apartar la mirada de mí. Me quito también el último trozo de tela que me cubre y le doy la espalda. La mujer se acerca, me toca los hombros con las manos mientras me sonrío. Intento parecer natural, pero no es fácil.

—Tócala mientras me miras, Valentine.

La mujer se pone delante de mí y empiezo a acariciarla intentando seguir su ritmo.

Él se levanta y se desabrocha el cinturón, se acerca y con las manos empuja el cuerpo de la mujer hacia mí. Rodea ambas cinturas y nos atrapa cerrando la hebilla.

—Así está mejor. Ahora sois una sola cosa —susurra complacido.

Desliza las manos por los costados de Alicia, le arranca el tanga y lo tira al suelo. La mujer gime cuando la mano de Carlos se mete entre sus piernas. Elle me da la espalda y restriega los glúteos en mi barriga.

—¿Sientes cómo te toco, Alicia? Ahora sé buena y haz lo mismo con Valentine. Fóllala con la mano.

Perverso, loco, destructivo.

Con la mano libre coge la mano de la mujer y la lleva hacia mi sexo.

Los ojos de Carlos me perforan.

—Abre las piernas —me ordena mientras los dedos de la mujer, acompañados por los de él, me penetran lentamente.

Me siento confusa, privada de defensa y desconcertada. Me han anulado la dignidad, pero esto es demasiado.

Él continúa penetrando a Alicia con los dedos de una mano, mientras que con la otra, entrelazando los dedos con los de ella, se hace camino dentro de mí.

Esto es una locura. Y también es una locura pensar que esos dedos solo deberían tocarme a mí.

La mujer gime, a mí me falta el aire. Mi mirada está pegada a la de Carlos y algo en el fondo parece conmoverlo. El contacto de sus dedos en mi sexo

se interrumpe de repente y la mujer se queja.

—Carlos, te lo ruego, fóllame —maúlla excitada. No responde enseguida. Libera nuestros cuerpos y es entonces cuando le habla a la mujer.

—Cariño, follas continuamente con todos, no pidas que entre en ti.

Sus palabras son duras, pero ella no parece preocuparse. Todos los que lo conocen están acostumbrados a su actitud grosera.

—Creía que le gustaría, pero ha decidido aguarne la fiesta —le dice mientras le aparta un mechón de pelo detrás de la oreja—. Ahora ve a satisfacer a otro cliente.

Le sonrío y, recogiendo el tanga, sale de la oficina sin mirarme.

Mierda, creo que me he metido en una buena. Tengo que solucionarlo.

—¿Por qué la has echado?

—¿Crees que puedes jugar conmigo? —pregunta con fastidio—. Aunque tu mente tenga un control férreo, tu cuerpo te traiciona continuamente.

Observo cómo me rodea la cintura con la mano y la aprieta. Está enfadado, muy enfadado.

—Nunca he tenido relaciones con una mujer —intento defenderme, pero el bofetón que me da de lleno en la cara me interrumpe.

—¡Me importa una mierda! Haces lo que te digo, cuando lo digo y como digo.

Su mano me coge la barbilla y después me besa bruscamente. El pestazo a alcohol mezclado con tabaco me revuelve el estómago. Intento empujarlo con las manos en el pecho, pero solo hago que retroceda un paso.

—¿Qué crees que haces? —pregunta alterado.

—No estás en tus cabales.

—¿Tienes miedo?

Su voz está cargada de rabia mientras me empuja a la pared, donde mi cuerpo cae con violencia.

—Carlos —susurro mientras su mano golpea la pared a pocos centímetros de mi cabeza.

—Dilo, joder. «Sí, tengo miedo, estoy aterrorizada como todas las personas que te conocen». ¡Dilo! —grita en mi cara. Cierro los ojos, respiro a fondo y los vuelvo a abrir.

Sí, tengo muchísimo miedo de todo esto.

—No tengo miedo de ti. Mátame, si quieres, pero no tendré miedo de ti.

Se hizo el silencio. Ninguno de los dos se mueve.

Sus manos siguen contra la pared, encerrándome. Yo estoy apoyada en la

pared como si pudiese salvarme de su furia.

—Estás muerta por dentro —dice ladeando la cabeza—. Y esto te hace aún más interesante.

Se adentra en mi boca, sus manos me aprisionan la cara y finalmente bajo la guardia, sabiendo que la situación está cogiendo otro color.

Me levanta agarrándome de las nalgas y después se va hacia el escritorio. Se desabotona los pantalones mientras le quito la chaqueta y la camisa. Coge el preservativo y sisea:

—Te follaré hasta doblarte.

Me abre las piernas bruscamente y me penetra con un golpe duro y seco. Grito aferrándome a él mientras los empujones continúan sin cesar. Es tan egoísta que sigue en su placer sin descanso. Me tira del pelo obligándole a ofrecerle el cuello a su boca, que me devora con codicia. Desliza la lengua cálida por mi piel, pasando por el pecho hasta llegar a los pezones para succionarlos. De los besos pasa a los mordiscos, se da un banquete con mi carne mientras los empujones se vuelven cada vez más frenéticos. Mi cuerpo está dolorido, sus manos me agarran los brazos con fuerza y me arrastra hacia él con cada golpe. Jadea y yo lo sigo. Muevo la cabeza hacia un hombro y cierro los ojos.

—Mírame y dime qué sientes —me ordena con voz ronca. Levanto la vista y, por alguna extraña razón, decido ser sincera.

—Es destructivo.

Es humillante, aterrador y doloroso, pero al mismo tiempo es placentero y cada vez quiero más.

Excitación.

Rabia.

Odio.

Placer.

Destrucción.

El corazón palpita con furia y completamente fuera de control. Mis manos se agarran a su cuello mientras las suyas me sujetan las nalgas. Da otros dos empujones firmes y llega al orgasmo jadeando. Finjo que le sigo hasta el éxtasis y me aferro a él con todo el cuerpo. Su piel quema, su corazón late en mi pecho, su respiración cálida y afanada me hace cosquillas en la cara.

—No he terminado, quiero llevarte a mi cama esta noche, mañana y hasta que me sacie.

La vista empieza a nublarse y rezo para no tener ahora un ataque de

pánico. Me tira hacia sí mientras mi piel quiere despegarse de mi cuerpo para evitar el contacto con él.

Hace daño.

Y justo cuando menos te lo esperas, el *Diablo* se revela tal y como es. Él es mi veneno y yo soy su condena. El infierno nos aguarda y espero llegar pronto.

VALENTINE

Nadar siempre me ha ayudado a permanecer concentrada, tengo la posibilidad de reflexionar sin que me molesten, y, cuando me sumerjo bajo el agua, el silencio acaba con todos los ruidos, incluidos los pensamientos negativos sobre mi persona. Vivir en Villa Halcón no es como creía. Apenas veo a Carlos y no hablamos nunca, lo único que me concede es cumplir sus deseos sexuales. Mi plan debe continuar y no me puedo distraer, tengo que permanecer concentrada para destruir a Carlos Gardosa. Salgo de la piscina y, tras pasarme la toalla por la cara, me tumbo en una de las dos tumbonas al borde de la piscina. Observo con atención la figura de Carlos, que se acerca, en la mano tiene una carpeta. No puedo negar que tiene su encanto, lleva una camisa de lino blanco, pero debajo solo tiene un bañador. Me siento en el borde de la tumbona mientras llega hasta mí y, de repente, pierdo toda la sangre fría y empiezan a temblarme las manos. Viene con el ceño fruncido, los ojos me recorren el cuerpo mientras con las manos hojea algunos documentos.

Carlos es así: poderoso, amenazador y devastador.

La luz brillante del día se refleja en su cara, esculpiendo su perfil prácticamente perfecto.

—¿Estás lista? —pregunta sentándose a mi lado y poniendo su expresión favorita: la de *Diablo*. Mandíbula apretada, mirada penetrante y fría, y tono de voz autoritario.

—Siempre estoy lista para hacer mi trabajo —me aparto de él para distanciarme.

—Sigue el plan, sin dramas.

—Seguiré las instrucciones al pie de la letra. Ya deberías saber que sigo las órdenes.

En su rostro aparece una sonrisa burlona.

—Especialmente cuando vas a la cama conmigo —especifica.

Abstente, no lo arruines todo ahora.

—¿No es cierto, Valentine?

—Claro —apoya los documentos sobre la mesa al lado de la tumbona y vuelve a mirarme intensamente.

—Hace falta firmeza, decisión y fuerza para que no haya imprevistos —explica.

—Estás tensa, necesitas relajarte y los dos sabemos cuál es el método infalible para esto —dice con un tono malicioso.

Hoy no tendrá mi cuerpo, si es lo que espera.

—Estoy bien, no necesito nada —digo con determinación.

Reduce la distancia entre nosotros, me acaricia la cara con los dedos, baja hasta la barbilla y la levanta, obligándome a mirarlo a los ojos.

—¿Me estás diciendo que no? —dice con seriedad.

—Hoy sí.

Me mira contrariado.

—Ni hoy ni nunca —insiste con tono áspero.

Me contraigo al tocarme.

—Mírame —me ordena.

Me estoy arriesgando a que desencadene su furia y es lo último que quiero en este momento. Al principio dudo, después levanto la vista y me cruzo con la suya. Me arriesgo a entrever en sus ojos la satisfacción de quien siente que tiene la victoria en las manos.

—Quiero follarte justo ahora, aquí, bajo el sol —declara.

Aguanto el aire mientras se acerca. Sus manos me cogen de la cintura y me atraen bruscamente hasta que nuestros cuerpos se encuentran.

—Bésame como nunca lo has hecho —susurra mientras me roza los labios con los suyos—, deséame como nunca lo has hecho —continúa mientras su lengua cálida se desliza por mi cuello hasta detenerse en el escote del bañador.

—Disfruta conmigo, solo para mí, Valentine.

Aguanto la respiración porque me aterra que mi cuerpo tiemble por él. Tengo que haber perdido completamente la razón, no hay más explicación. Cierro los ojos para intentar transportar la mente lejos, pero no puedo. Una vez más, estoy justo donde quiero estar, pero por un motivo equivocado. Quiero que sus manos me toquen, quiero sentir su sabor y quiero que me posea porque puede despertar una parte de mí que pensaba y esperaba que estuviera muerta.

—¿Me quieres? —pregunta con provocación volviendo a torturar mis labios con los suyos.

Solo un loco puede quedarse sabiendo que será su fin, sufriré lentamente y con dolor hasta que no llegue el día en el que encuentre la paz.

Me agarro a su camisa, con un único gesto hago que salten los botones y con un impulso me lanzo a por sus labios. Me mira con sorpresa porque es la primera vez que tomo la iniciativa. Su reacción es inmediata, su lengua busca con exigencia la mía y no puedo evitar seguirlo. El beso es una explosión de odio, rabia y pasión. Jadeamos el uno en la boca del otro mientras nos quitamos la poca ropa que separa nuestra carne.

Me agarro a su espalda y lo araño en un intento desesperado de pararle.

—Hazme daño, ángel, haz que sienta algo —suplica jadeando, después me muerde el hombro y baja hasta llegar a mis pechos endurecidos. Su lengua baila por los pezones, me los atrapa con los labios y me los araña con los dientes.

Hundo las uñas en su piel mientras pone la cara en medio de los senos.

—Yo soy el ángel caído y tú eres mi infierno.

Sus palabras me excitan, es capaz de hacerme daño y al mismo tiempo logra desencadenar una nueva yo, más violenta y perversa.

—Detente —intento decirle en un último intento desesperado de mantener el control, pero ni él ni mi cuerpo parecen querer seguir esta petición inútil.

—Esta noche tendrás que conducir como nunca lo habías hecho. Cuando vuelvas conmigo, tendrás tu premio.

Su voz está llena de excitación.

—Bésame —me ordena hundiendo las uñas en los glúteos y tirándome hacia sí con un poco más de exigencia.

Gimo besando con pasión sus labios, buscando su lengua con la mía.

Malísima idea.

Cuanto más me abandono a la pasión, más me corresponde con la misma, hasta que nuestras lenguas se encuentran en un duelo y cada músculo de mi cuerpo empieza a temblar.

—Si no te follo ya, exploto —jadea cogiéndome de las caderas y abrazándome con fuerza.

He superado el límite, por primera vez deseo a Carlos Gardosa.

—Hazlo —digo en su boca—. Mátame —susurro.

Arqueo la espalda y dejo que lo coja todo de mí: grosero, violento y sin piedad, porque ahora entiendo que es así como lo quiero.

—Mi ángel obediente —dice entre un beso y otro—. Quiero mirarte mientras disfrutas —susurra antes de capturar de nuevo mis labios.

Me restriega el miembro con impaciencia e inquietud en mi intimidad, y sin apartar los ojos de los míos se agacha para meterse en la boca un pezón y chuparlo con ganas.

—Estás ardiendo, admítelo —su voz es profunda y resuena en mi interior,

arañándome el alma.

Maldición, es verdad.

—Sí —respondo con un gemido mientras desliza las manos entre las piernas para abrirlas.

Me pongo rígida y se detiene.

—No te pares. Déjate llevar.

—Carlos...

Mi mente quiere que se pare, pero mis manos le agarran los hombros con fuerza para incitarlo.

Siento que sus músculos se hinchan, sólidos y vivos entre mis manos.

—No finjas, no te controles, quiero verte perdida en el placer.

Suspiro profundamente mientras sus dedos me surcan la piel.

—Quiero tenerlo todo de ti —jadea mientras sigue metiendo su miembro en mi sexo.

Sus movimientos se vuelven más firmes, y mi piel, tan sensible, empieza a sentir cosquilleos por todos lados.

—No pararé hasta que digas las cuatro palabras.

No sé a qué se refiere. Mi cuerpo se sigue poniendo rígido cuando baja la cabeza entre mis piernas. Su lengua me acaricia y con los dientes me muerde el interior del muslo.

—Di las palabras, Valentine —susurra.

—¿Cuáles? —me sobresalto mientras continúa mordándome.

Aprieto los dientes y le hundo las uñas en los hombros. Me agarro a él, pero quiero arrancarle la carne de los huesos, quiero hacerlo pedazos, quiero matarlo ya y morir yo también, porque en un rincón remoto dentro de mí deseo lo contrario.

Levanta la vista de repente y ruge.

—Te gusta que sea violento, ¿verdad, Valentine? Quieres que te folle como es debido, ¿verdad que sí? Pídemelo y lo haré

Un escalofrío me atraviesa haciéndome vibrar todo el cuerpo. El terror, la excitación y el odio se mezclan creando un vórtice que me absorbe desde dentro, aniquilándome.

—Fóllame, Carlos, sin piedad.

—Respuesta correcta.

Su rostro se ilumina, sus ojos profundos me encadenan. El *Diablo* se ha despertado anunciando mi fin. Me atrae hacia sí e instintivamente le rodeo la cintura con las piernas. Pone mi cuerpo en la tumbona, pero no me libera.

Sin dejar de mirarme a los ojos, mete la mano entre mis piernas y después me agarra el sexo. Suspiro mientras su boca se empodera de la mía y su mano libre me coge del pelo.

—Esto —me susurra al oído—, lo cojo como quiero —continúa mientras me pellizca los labios externos.

Levanto las caderas cuando me penetra con dos dedos con prepotencia.

—Mmm, no veo la hora de meterte la polla —dice profundizando más y haciéndome gemir—. ¿Estás impaciente por tenerme dentro?

—Sí —admito a mi pesar.

Como respuesta, Carlos me muerde el lóbulo de la oreja susurrando:

—Abre bien las piernas.

Tiemblo mientras hago lo que me ordena.

—Eres perfecta —murmura mientras su mirada se posa sobre mi sexo.

Hechizado, retrocede para mirarme mejor.

Después vuelve a bajar y presiona con los labios en mi pubis mientras me agarra las piernas, intentando abrirlas todavía más.

Después se acerca a su objetivo, cada vez puedo mantener menos el control.

Tras abrirme, me penetra implacable con la lengua y sus manos me sujetan sin piedad.

Empieza a chupar fuerte, cada vez con más intensidad, hasta que el placer y el dolor se confunden.

Su boca me devora, su lengua profundiza con prepotencia en mi carne tierna y solo puedo agarrarme a él y abrazarlo cada vez con más fuerza. El fuego explota en mi interior, invadiendo todas mis células. Gimo y profundiza más con la lengua. El placer está casi al culmen, pero quiero ahogarlo.

¡Maldición!

Mis músculos se contraen y él insiste, lamiéndome con frenesí.

Voy a correrme.

Con un grito intento desesperadamente liberarme de su agarre.

—Detente.

—Nunca —contesta furioso mientras sigue devorándome.

Intento escapar haciendo presión sobre sus hombros, pero me inmoviliza cogiéndome de las muñecas con violencia y continúa sobre la tumbona mientras me contorsiono intentando rebelarme.

Me está matando por dentro.

—Acabemos con esto. Libérate y ven a por mí, ¡ya! —me ordena levantándose para darme la vuelta bruscamente.

—Ponte a cuatro patas y sujétate —me intimida asestándome una sonora bofetada en el culo. Escucho que rasga el envoltorio de un preservativo, me agarro al borde de la tumbona y cierro los ojos suspirando.

Concéntrate, no cedas.

Sus manos me cogen por las nalgas, las aprieta con fuerza y las abre.

Carlos entra en mí con un golpe firme y suspira.

Él es el mal. Dentro y fuera.

—Por fin —jadea.

El ritmo se hace frenético y tengo que agarrarme mejor mientras mi cuerpo se sacude.

Placer.

Dolor.

Placer.

Dolor.

—Sigues contrayendo los músculos, ahora te vas a enterar, ¡joder! —grita con severidad mientras me da la vuelta de nuevo y me arrastra bajo él—. Mírame a los ojos cuando te follo.

Obedezco y vuelve a aventurarse debajo y dentro de mí.

Le arañó los hombros y el pecho, estoy al límite de la desesperación. No veo ninguna vía de escape que no sea ceder, pero no quiero.

—Si me haces daño, te lo haré yo también a ti —dice jadeando mientras profundiza con empujones determinados y violentos. Es una de las mil advertencias que me da, pero no me importa. Quiero hacerle daño, quiero matarlo como él me mata a mí, día a día.

Sus labios intentan atrapar los míos.

Me aparto.

Me abofetea las piernas.

La piel quema.

—Tu boca, ya.

Si alguien desea el fin de su vida, esa soy yo.

Le odio.

Nuestros cuerpos se mezclan en un beso ardiente, un beso que duele más que cualquier otra cosa porque es deseado.

—Estás rígida. ¿No quieres correrte?

Profundiza con decisión.

Jadeo.

—Ríndete.

Me niego a ceder. Intento cerrar las piernas y él me penetra más al fondo desencadenando en mí un instinto animal.

—¿Cómo puedes hacerlo? —pregunta sorprendido—. ¿Cómo puedes controlarlo?

Jamás he tenido un orgasmo con él y ahora estoy aterrorizada porque algo está cambiando. Abro los ojos sorprendida cuando el placer se vuelve insostenible.

—¡Joder! —exclama mientras su cuerpo se encuentra con el mío.

El dolor ha desaparecido por completo y en su lugar solo queda una necesidad sorda que quiere satisfacción.

—Carlos.

Los empujones siguen siendo constantes.

Me rindo.

Nuestras bocas afanadas no se dejan. Me agarro a él desesperada, los espasmos me devoran entera.

—Lo siento —dice en mis labios besándome y sofocándome. Salvaje, aleja la cara de mí y se apoya en los brazos para empujar con más fuerza.

—Dime que te quieres correr, implóramelo —tiene la mandíbula contraída y la mirada seria.

—Sí.

—Implóramelo.

Voy a volverme loca.

Aumenta el ritmo de los empujones y me agarro con fuerza a sus nalgas para recibirlo todavía más dentro.

—Oh, sí.

—Eso es, ángel.

Todo es frenético, nuestra respiración, los gritos, nuestros cuerpos que arden en fuego por el placer.

—Implóramelo —insiste mordiéndome el hombro. Siento sus dientes en la carne y por alguna extraña razón hace que mi deseo aumente.

—Te lo ruego, no te pares —le suplico.

Acompaño sus movimientos como si estuviera loca y después lo siento: el placer se vuelve insoportable.

Mi cuerpo está fuera de control, le paso las manos por el pelo y se lo agarro. Nuestras miradas se mezclan en una explosión sin precedentes.

Grito mientras un orgasmo incontrolado me invade, liberándose por primera vez. Se une a mí gritando, su cuerpo se pega completamente al mío mientras sus labios siguen besándome.

—Espectacular —comenta respirando con dificultad.

En este momento me odio.

El sentimiento de culpa florece, la rabia crece.

No quiero mirarlo, necesito espacio.

Presiono las manos en su pecho y lo empujo.

Me mira sorprendido y contrariado.

—Tengo que prepararme para la entrega —digo mientras recojo el bañador y el pareo.

—¿Qué te ha puesto así? —pregunta.

Tú, desgraciado. Es tu culpa si me he convertido en lo que soy.

—No importa, Carlos.

Me levanto de repente y su mano me bloquea el paso sujetándome por la muñeca. Lo miro y veo algo que nunca había visto en él: compasión.

—Conozco bien el odio y el dolor, no es una manera de hacerlos desaparecer, pero se puede vivir buscando una escapatoria.

¿Por qué me dice esto?

Molesta, doy un paso atrás, me salgo de su agarre y a paso rápido entro en la villa.

Soy una persona horrible.

Sin dignidad.

Sin control.

Enferma.

Al llegar a la habitación me voy corriendo al baño. La imagen que me devuelve el espejo llega como un puñal directo al corazón. ¿En qué me he convertido?

En un monstruo.

Cojo lo primero que veo y lo lanzo hacia mi reflejo.

No es suficiente.

Las lágrimas me empapan la cara, estoy más furiosa que nunca y hago añicos el espejo con el puño. Me sangra la mano, pero no siento el dolor. Lloro amargamente, consciente de lo que acaba de pasar con Carlos. He sentido placer con el hombre al que odio. Me veo en sus ojos, me pierdo. Ya no existo.

¿Cómo he podido pensar que todo esto no tenía un precio? ¿Cuánto más

podré soportar antes de que todo esto termine?

Tres años antes

La lluvia en Miami es intensa, pero breve. Cuando llueve parece el diluvio universal. Los limpiaparabrisas siguen barriendo las gotas, pero la visión es limitada. Giro a la derecha y entro en la calle de mi casa con una angustia inexplicable. No estoy bien. Tengo una sensación extraña, siento que me rasgan el corazón continuamente. Unos relámpagos llaman mi atención. Paro de respirar poco a poco mientras me acerco.

Bum.

Mi sendero.

Bum.

Policías por todos lados.

Bum.

Gente amontonada en mi jardín.

Bum.

Ambulancias.

Bum.

De repente, me siento culpable y bajo del coche sin apartar la mirada de mi casa. El corazón se ralentiza mientras me hago camino hacia el caos. Corro desesperada hacia la entrada gritando el nombre de mi marido y de mi hijo. Alguien intenta detenerme, pero logro liberarme y entro. Un grito agonizante llena la estancia. Es el mío. Delante de mis ojos tengo el infierno. El tiempo se para, mi corazón deja de latir, mi cuerpo se paraliza. Había dejado a Richard y Davis jugando sobre la alfombra. Ahora estoy allí, pero todo es distinto: yacen inmóviles en medio de un charco de sangre. Sigo gritando, me rodean la cintura. Alguien me coge los brazos para impedir que me acerque. Intento con todas mis fuerzas liberarme, pero no puedo. No puedo apartar la mirada de los cuerpos y rezo hasta el último segundo para despertarme de la pesadilla que me está matando. No puede ser verdad. Cubren los cuerpos, mi mundo se desvanece, me precipito a la nada, todo está oscuro. Intento apartarme de quien me impide llegar a mi familia, pero me levantan en el aire y me arrastran fuera.

¿Quién ha podido hacer algo así?

¿Por qué?

En mis recuerdos dolorosos encuentro la fuerza y la determinación de llevar adelante mi plan. No permitiré a nadie ni nada que me pare, ni siquiera a esa pequeña parte de mí que consigue sentir emociones que me están prohibidas.

VALENTINE

—Carlos... —murmuro.

—Repite —insiste él.

Levanto la vista al cielo mientras resoplo. Me sé de memoria lo que tengo que hacer, no necesito repetir el plan infinidad de veces.

—Seré la típica turista que ha decidido participar en un viaje a bordo de un barco de vela. Cuando llegue a Miami, “alquilaré” una moto en la dirección que me has dado, después me iré a Naples y, entre las diez y las ocho, entraré en la carnicería “Fernández Meat”, donde encontraré al señor Lars. ¿Qué más? —pregunto fingiendo que estoy pensando—. Aparte del hecho de que transporto millones de dólares en piedras preciosas y que debo tener mucho cuidado en los controles... diría que tengo muy claro el plan.

Me analiza, parece que mi sarcasmo no le ha gustado, pero no importa.

—¿Y la vuelta? —me dice cruzándose de brazos.

Suspiro cansada. Llevamos repitiendo lo mismo desde hace dos horas.

—Volveré al día siguiente. No debo pararme a hablar con Lars, no debo llamar la atención y mucho menos llamar a alguien que esté en Cuba. Antes de embarcarme de nuevo, dejaré la moto donde la he cogido y volveré al puerto en taxi. En resumidas cuentas: voy y vuelvo sin problemas.

Observa la sala del bar mientras se afloja el nudo de la corbata.

Tamborileo con los dedos en el mostrador esperando a que Adrián me sirva algo de beber.

—Y si ocurriese un imprevisto, ¿qué vas a hacer? —pregunta acercándose al taburete que tengo al lado.

—No sucederá, pero, si ocurriese, me las arreglaré sola. No nos conocemos —digo segura sin apartar la mirada de la suya

Él, por respuesta, acerca la cara a la mía y sonrío con malicia.

—Si das mi nombre, considérate muerta, te lo prometo —susurra en mis labios.

El pulso se acelera, una descarga de rabia unida a una dosis de adrenalina me recorre el cuerpo. Le toco la corbata y después la enrolló en la mano

obligándole a acercarse hasta que se encuentran nuestros labios. Soy yo la que le besa porque quiero tener el control y porque, al hacerlo, sé que Carlos pensará que estoy lista también para sacrificarme por él.

Aflojo el agarre y después me aparto girándome hacia el mostrador.

—Todo irá bien. La carga llegará a su destino sin problemas, volveré y después me darás la recompensa. Fin de la historia —digo sin mirarlo. Mis ojos se encontraron con los de Adrián, que parecían estar sorprendidos.

—Si va todo perfecto, tendrás una bonificación —comenta Carlos cogiendo su bebida, después intenta ignorarme hablando con su amigo, pero sigue observándome de reojo. Su mirada quema hasta matar.

Repaso mentalmente cómo gestionar los tiempos una vez llegue a Miami. Entregaré el paquete enseguida y después llamaré a Jack, han pasado cuatro meses desde la última vez que hablamos.

Me quedo sentada allí durante no sé cuánto tiempo hasta que Carlos apoya un antebrazo en el mostrador y pone otro en el respaldo del taburete, aprisionándome con todo el cuerpo.

—¿En qué piensas?

Me pilla de improviso, miro fijamente sus ojos azules y curiosos que me analizan intensamente.

No volveré a perder el control.

—En nada importante —digo despreocupada apartando la mirada, después cojo mi bebida y me la termino. No se mueve, sigue mirándome.

—¿Te he dicho alguna vez que huelo las mentiras a kilómetros de distancia? —pregunta con seriedad. Me giro lentamente y con cuidado hacia él.

—Yo también reconozco las mentiras —contesto—. Digamos que jugamos con la misma artillería.

Da un golpe brusco con la mano encima del mostrador, me sobresalto.

—¿Con quién crees que estás hablando? No somos amigos, no puedes pretender ciertas libertades, ¡no somos nada! —exclama con maldad y la mandíbula apretada, las venas del cuello se le hinchan.

Interesante, no tenía la más mínima intención de insinuar que fuese un mentiroso, no después de haber sufrido una vez sus acusaciones, pero parece que debe haber un fondo de verdad, de lo contrario no sería tan rencoroso.

—Con tu permiso, iré a descansar, visto que esta noche me iré —digo con cuidado intentando levantarme, pero me coge del hombro con la mano y me

obliga a quedarme sentada.

—Tú te vas cuando yo te lo diga.

Nos miramos a los ojos. Quiero matarlo ahora, pero no puedo.

—Esta mañana te has escapado... ¿por qué?

No me gusta el camino por el que va la conversación.

—No me encontraba bien —respondo con una mentira.

—He visto el pánico en tus ojos. ¿Por qué? Dímelo, ya.

Se inclina hacia mí, pero no me muevo. Mantengo la respiración mientras pienso en una respuesta convincente.

—Habla —me ordena, posándome un dedo bajo la barbilla para que mi mirada se encontrara con la suya.

—No me gusta que me metan presión. Sé lo que hago.

Se echa hacia atrás y me analiza con atención.

—Estás intentando cambiar de argumento. Hablaba de cómo habías escapado esta mañana.

—No sé qué tengo que explicar. Terminamos de tener sexo y me fui, como las otras veces.

Asiente.

—Eso es cierto, pero eres tan hermética que siento curiosidad por ti. Además, tengo la sensación de que debajo hay algo.

Tengo que hacerle creer lo que no es, no hay otra alternativa.

Sonríó mientras me aparto un mechón de pelo detrás de la oreja y después le digo:

—Eres un amante muy experto, Carlos, no tienes necesidad de que te lo digan, ¿verdad? Pero esta mañana ha ocurrido algo que me ha sorprendido.

—Se un poco más convincente —dice acercándose con complicidad.

—Hoy disfrutaste por fin, lo sentí mientras estaba dentro de ti.

Un escalofrío me recorrió la espalda y le apoyo las manos en el pecho.

—Tienes razón, ha sido muy bueno.

Lo beso y se deja besar.

—¡Santo cielo! —grita una voz femenina interrumpiéndonos.

Kassandra.

Carlos apoya la frente en la mía suspirando y después se da la vuelta hacia la mujer.

—¿Tienes algún problema, Kas?

Se acerca moviéndose de forma sensual, lleva un vestido fucsia que le realza el cuerpo y resalta el escote.

—Mi problema es ella —dice señalándome, después se acerca al mostrador.

Adrián le sonrío, pero ella no cambia de expresión.

—Un zumo con hielo.

Inexpresiva, fría como lo que acaba de pedir.

—Hola, querida pantera —le responde el chico con tono burlón.

—Ni lo intentes, tus juegucitos no funcionan conmigo. Hazme el zumo para que pueda volver al trabajo.

Se lo prepara en silencio, lo pone en el mostrador y se lo pasa:

—Llegará el día en el que te dome y entonces será tu fin —le susurra con una sonrisita.

Levanta la ceja ante estas palabras y después lo mira con asco, pero no contesta. Coge el vaso y se dirige a mí, afondando con su mirada en la mía.

—Haz que las piedras lleguen a su destino, no pierdas el tiempo. Entrega y vuelve. No me gusta, hay algo en ti que no me convence —dice con desprecio.

Ladeo la cabeza, sonrío, y mientras tanto pienso en las mil y una maneras que hay para torturar a una persona. Quizás tenga suerte de verla atragantarse con el zumo.

—El amor es recíproco —le respondo con calma, después me levanto. Fijo la mirada en ella, desafiándola, y luego me inclino hacia Carlos:

—Nos vemos luego, cariño —poso los labios en los suyos, lentos, seductores.

—Hasta luego, ángel —responde con tono apagado.

—Adiós, Adrián, y gracias por la bebida.

Con estas palabras salgo de la sala, atravieso el atrio y salgo al exterior.

Por fin, fuera.

El sol me da de lleno en la cara mientras respiro a fondo el aire perfumado.

Después de hacer la entrega tendré que decidir cuándo escribir la palabra “fin”.

Me acerco a mi moto y la acaricio: está hirviendo. Instintivamente, cojo el casco con las manos.

Necesito alejarme de aquí y pensar.

—Ángel.

Mi cuerpo se endereza y se gira en dirección a su voz. Está en la puerta, tiene las manos en los bolsillos y me mira. Le sonrío, pero él no me corresponde, se limita a venir donde estoy tranquilamente.

—¿Adónde te vas?

—Quiero dar una vuelta —respondo con sinceridad.

Carlos está pensativo. Saca la llave del coche del bolsillo y le da vueltas entre los dedos mientras me mira:

—Quiero que veas un sitio, ven conmigo —dice lentamente.

Trago. Estoy alerta, no creo haber dado un paso en falso, pero él no es previsible. Nunca se ha fiado de mí y sé que no ha parado de buscar información sobre mi pasado.

Asiento y, una vez recolocado el casco en la moto, lo sigo en silencio. Uno de sus hombres está cargando bolsas en el maletero del Range Rover.

¿Qué contendrán?

Me acomodo en el asiento del copiloto mientras le susurra algo al hombre, pero no llego a escuchar.

—El lugar al que vamos es solo una pequeña parte de mi mundo, pero es también la más importante. No sé por qué se me ha ocurrido esa idea, pero me gustaría que lo vieras para entender cuál es el propósito de las piedras preciosas que tienes que entregar. No es una cuestión ligada al poder y mucho menos a la envidia, Valentine. El dinero se usa para algo en lo que Kasandra, yo y otras personas creemos —explica tranquilo conduciendo hacia la puerta. Una vez fuera, acelera y el coche aumenta la velocidad mientras el rugido del motor retumba.

Lo observo sin que lo note: mirada fija en la carretera, una mano en el volante y la otra bien sujeta a la palanca de cambios.

Por alguna extraña razón, quiere que sepa el porqué del tráfico. Quizás ha entendido algo y quiere que lo mire con otros ojos y cambie la idea del propósito. Pulsa algunos botones en el volante y nos invade un dulce riff de guitarra.

La música se hace cada vez más intensa, pero cuando empieza la letra mi cuerpo se paraliza y me quedo de piedra. *Ya, ya me está gustando más de lo normal. Todos mis sentidos van pidiendo más.* La yo de hace un tiempo se habría puesto a cantar junto a su marido y su hijo, la mujer de ahora no siente nada porque Carlos ha destruido mi vida.

La canción sigue y cada palabra penetra en mí, provocándome un dolor insoportable. *Despacito. Quiero respirar tu cuello despacito.* Aguanto la respiración apretando con fuerza los puños. *Deja que te diga cosas al oído para que te acuerdes si no estás conmigo.* No podría olvidarte, nunca, aunque quisiera. *Quiero desnudarte a besos despacito, firmo en las paredes*

de tu laberinto.

Se gira hacia mí y me mira con intensidad mientras acelera. Ninguno de los dos aparta la mirada, y es ahora cuando hace algo que jamás me esperaba de él: canta.

—*Déjame sobrepasar tus zonas de peligro hasta provocar tus gritos y que olvides tu apellido.*

Nunca había imaginado que un hombre como Carlos tuviese un lado cariñoso. Sigo observándolo con curiosidad, pero al mismo tiempo asustada porque mi asombro es placentero, y no debería ser así, puesto que es el hombre que ha destruido mi vida.

—*Si te pido un beso, dámelo* —continúa canturreando. Vuelve a mirar la carretera y sigue cantando—. *Pasito a pasito, suave suavecito.*

Desconcertada, miro por la ventana. Cuando un hombre decide cantarte una canción, quiere decir que ha superado el umbral de la simple atracción. Esto debería suponer una ventaja para mí, pero a mí también me ha impresionado. ¿Cómo es posible? Solo le he concedido mi cuerpo y lo he hecho con el único propósito de ganarme su confianza, no sabe nada de mí. ¿Cómo puede sentir algo?

Una vez acabada la canción, nos quedamos en silencio, se baja el volumen y con el rabillo del ojo noto que me mira a menudo, como si esperase una reacción por mi parte.

El coche gira hacia la derecha y se adentra en un sendero arbolado. Lo que sea que esté escondido aquí está bien protegido, un muro de casi cinco metros se extiende perpendicularmente al sendero, y es tan extenso que los árboles no me dejan definir el perímetro, ni siquiera cuando llegamos a la verja.

En la placa de bronce que hay en el muro solo se puede leer «Pueblo Esperanza». Carlos apaga el motor, baja y se queda quieto. La cámara de la verja y otras dos más se giran hacia él. Este lugar, como Villa Halcón, goza de una gran vigilancia. Las verjas se abren y vuelve al coche.

—Ya estamos —dice al entrar.

Atravesamos un camino largo, a mi izquierda veo un campo de tenis y en la otra parte distingo un establo y caballos que pastan. Giramos alrededor de una fuente y por fin nos paramos frente a un bloque de cuatro plantas. En el umbral de la puerta, una mujer de unos cincuenta años y de aspecto exótico sonríe y saluda con la mano.

—¿Dónde estamos? —pregunto con curiosidad.

No me responde, pero baja del coche y me invita en silencio a hacer lo mismo. La mujer viene a nuestro encuentro y por primera vez veo que alguien abraza a Carlos con afecto. No parece atemorizada de él, de hecho, se deja levantar y besar en la mejilla. Mientras intento metabolizar la información, en él noto un cariño sincero que me sorprende.

—¿Dónde están? —le pregunta.

—Ya vienen, han ido a llamar a los otros. Te han visto por las cámaras —le responde la mujer mirándome.

—Valentine, ella es Gracia, la directora del pueblo.

La mujer se acerca y me abraza con afecto como ha hecho con Carlos.

En un primer momento me quedo de piedra, no estaba preparada para tanto cariño, pero después me dejo llevar y correspondo. Hacía tiempo que no recibía un abrazo cálido, es extraño, había olvidado lo que se siente.

—¡Carloos! —gritan en coro unas voces que me hacen sentir escalofríos: niños. Un montón de niños corren hacia él y lo rodean. Uno de ellos se aferra a su brazo, otro le agarra de la cintura y los restantes saltan de felicidad a su alrededor. Delante de esa escena que me parece tan íntima, familiar y feliz, me quedo helada. El pulso se acelera mientras su sonrisa se hace cada vez más amplia y afectuosa.

—Eh, eh, calma —la voz de Carlos es muy alegre y distinta.

Gracia me libera de su abrazo.

—Siempre es así —dice sonriendo.

Inmóvil, me quedo paralizada observando la escena.

Niños.

Bum.

Felices.

Bum.

Una punzada de dolor me atraviesa el pecho.

—¡Ven a conocer a mis pequeños, Valentine! —exclama mirándome. No me muevo, no puedo controlar mi cuerpo. Siento los pies pegados al suelo, mientras con los ojos voy de un niño a otro. ¿Cuántos años tendrán? ¿Seis? ¿Ocho?

¿Siete?

La edad que debería tener Davis.

Un nudo en el estómago me deja sin poder respirar.

Carlos me mira confuso y deja al niño que tenía en brazos.

—Abrid el maletero, hay regalos para vosotros.

No aparta la mirada de la mía mientras se acerca. Los niños gritan de felicidad y corren hacia el coche.

—¿Qué te pasa? —pregunta a un paso de mí.

Cuatro años antes

—Mamá, ¿sabes lo mucho que te quiero?

Sonríe de felicidad, y Davis me mira con esos ojazos que amo sobre todas las cosas.

—Mmm, veamos... ¿tu amor tan grande como la luna? —le pregunto con tono de broma pellizcándole la barbilla mientras miro al cielo. Se da con la pequeña mano en la frente y después grita:

—¡Pero la luna es pequeña, mi amor es tan grande como el sol!

Me río extendiendo los brazos.

—Ven aquí, amor de tu madre, mi amor por ti es aún más grande.

Corre hacia mí y lo levanto en el aire.

—Mi amor es tan grande que no hay nada igual.

Nos reímos mientras lo abrazo con fuerza, lo beso en la frente y le acaricio el pelo suave, dejándome llevar por su perfume.

—Valentine —susurra alguien haciéndome volver a la realidad.

No debo pensar en ello ahora, me hace demasiado daño.

Los recuerdos me arrastran hacia un lugar tétrico y de sufrimiento donde el dolor es insoportable.

Las manos de Carlos me envuelven la cara y me mira a los ojos, parece preocupado.

—Perdona, yo... No me encuentro bien. La cabeza me da vueltas —miento improvisando.

—No tiene nada de malo que no te gusten los niños —contesta mientras con el pulgar me acaricia los labios.

Me encantan los niños. Amaba a mi hijo, pero alguien decidió quitármelo todo.

Me aparto de él interrumpiendo el contacto, y después miro a los pequeños mientras abren los regalos. Puedo con ello, he salido de cosas peores.

Avanzo con determinación hacia el grupo, suspiro y después me bajo a la altura de uno de ellos.

—Hola —digo forzando una sonrisa.

El niño me dirige una mirada inocente que amaba con locura y sonrío.

—¿Tú quién eres? —pregunta la vocecita.

—Tu nueva amiga. ¿Cómo te llamas?

Levanta la vista y me doy cuenta de que Carlos está detrás de mí. El niño lo mira como pidiéndole permiso.

—Me llamo Víctor, ¿tú cómo te llamas? —me pregunta con inocencia.

—Me llamo Valentine, es un placer conocerte, Víctor. ¿Cuántos años tienes?

Abre su regalo y cuando descubre que es un coche de juguete con mando teledirigido exclama:

—¡Guau! ¡Gracias, Carlos, es genial!

Carlos se arrodilla y abraza al niño.

—Ve y sé bueno, de lo contrario no habrá regalos la próxima vez. Gracia me ha contado lo que tramaste en la cocina la semana pasada.

El niño lo mira con una mirada que quiere decir «vamos, no puedes hacer algo así».

Miro al niño: tiene mucha fuerza. Después de tanto tiempo, exploto en una risa liberadora.

—Solo tiene siete años, pero es un terremoto —gruñe Carlos girándose hacia mí.

Asiento y continúo observando a Víctor mientras analiza su nuevo juguete.

—Ven, quiero que veas el edificio —dice levantándose y dándome la mano.

Sin pensármelo mucho, la acepto como si fuese algo a lo que aferrarme.

—¿Significa mucho este lugar para ti? —le pregunto mientras nos vamos hacia dentro.

—Todo —me responde sin dudar.

¿El dinero sirve para esto? ¿Para financiar este pueblo? ¿Tengo que creer en esta absurdidad según él? Sé quién es Carlos Gardosa, y no es lo que está intentando que crea. No tiene corazón, nunca podría entender qué significa amar o querer mucho a alguien.

—Hace tres años no era tan bonito, pero con el tiempo he intentado que sea un lugar acogedor donde los niños pudiesen crecer tranquilos.

Escucho con interés mientras me enseña el edificio. Hay una biblioteca, una gran sala para jugar, un cine y algunas habitaciones que parecen aulas. Subimos al primer piso.

—El resto son sobre todo dormitorios, y en cuanto pueda doblaré el

tamaño del edificio para traer a otros niños —me dice con verdadero entusiasmo.

—Es extraordinario lo que has hecho. ¿Puedo preguntarte por qué has elegido... los niños? —digo con dificultad. Estoy conmovida, no puedo concentrarme como debería, la última información me ha desestabilizado porque soy una pieza de puzle que no encuentra ningún espacio en el diseño que he construido sobre él.

—Los he elegido porque son inocentes y no tienen que pagar por los errores que cometen los mayores. Quiero darles una infancia, algo bonito que recordar cuando crezcan.

Su tono es plácido, pero su mirada, durante un segundo, parecía melancólica. Mueve los hombros y asume la expresión fría que lo acompaña siempre.

¿Entonces por qué la pagó con mi hijo?

—Tengo que hablar con Gracia sobre algunas cosas, espérame en el jardín —dice de repente, dejándome en la entrada y volviendo atrás.

Aprovecho la ocasión de la momentánea soledad para mirar a mi alrededor. y observo el cuidado y la atención con los que se ha construido el pueblo. Jamás me espera una cosa del estilo, nunca habría pensado que es obra de Carlos.

No me lo puedo creer.

Ha dicho claramente que, además de él, en este proyecto están Kasandra y otras personas de las que tengo que descubrir su identidad lo antes posible. Salgo al jardín y camino alrededor del edificio, pero al llegar a la parte trasera me bloqueo al ver a dos hombres de Villa Halcón al lado de una puerta de hierro. Están tan ocupados hablando que no se dan cuenta de mi presencia.

¿Qué hacen aquí? Debería volver atrás, pero la curiosidad me puede.

Sigo mirando a mi alrededor y veo una segunda carretera sucia, delimitada por otra verja y vigilada por varias cámaras.

¿Qué puede haber detrás de la puerta? Sea lo que sea, debe ser importante, de lo contrario no se podría explicar tanta vigilancia.

—Ángel.

Me sobresalto y me doy la vuelta sobre mí misma encontrándome cara a cara con Carlos.

¿No tenía que hablar con Gracia?

—¿Tienes curiosidad?

—Estaba paseando, y después vi a tus hombres —digo acercándome a él. Me mira con intensidad.

—Hoy estás distinta, hay algo que te perturba.

Arqueo una ceja.

—¿El qué? Diría más bien alguien. Por ejemplo, tú.

Mis manos se deslizan por su cuello lentamente, mi cara está a un milímetro de la suya.

—No debería perturbarte, como todas, solo deberías excitarte al verme —esboza una sonrisa burlona. Después se vuelve serio y sigue—: en cambio, me miras de forma extraña y no entiendo por qué —me dice mirándome a los labios.

Ladeo la cabeza y pestañeo.

—Conoces bien el efecto que tienes en mí, la atracción física entre nosotros es innegable. Sin embargo, no llegas a entender que, a diferencia de las mujeres a las que estás acostumbrado, razono, observo y decido lo que quiero.

Diablos, ¿qué se me ha pasado por la cabeza?

No debería ser insolente ahora. Esta salida podría comprometer mis planes.

—¿Cómo has caído del cielo, oh, lucero de la mañana, hijo de la aurora? Te han derribado, tú que debilitabas a las naciones —empieza a recitar mientras su mirada se clava en la mía.

Me acaricia la cara con dulzura. Ese contacto, distinto de lo que ha sido hoy, me da escalofríos.

—Pero tú dijiste en tu corazón: Subiré al cielo, por encima de las estrellas de Dios levantaré mi trono y me sentaré en el monte de la asamblea, en el extremo norte —respondo siguiendo el verso de Isaías 14:13 que empezó a citar.

Sorprendido y complacido, tira de mi cara y me besa con pasión.

—Eres demasiado imprevisible, una sorpresa continua, y no sé si es bueno —susurra entre un beso y otro.

—Y tú eres demasiado metódico.

Retrocede, pero sigue sujetándome la cara entre las manos. Con una ceja arqueada, ladea la cabeza.

—¿Metódico? —pregunta, confuso—. Es la primera vez que alguien me dice algo por el estilo.

—Siempre hay una primera vez —respondo posando las manos en las

suyas.

Suspira y se despega de mí.

—Creo que es hora de que nos vayamos —dice cogiendo las llaves del coche del bolsillo.

Lo sigo mientras se dirige hacia el coche. Tras despedirse brevemente de Gracia y de los niños, nos vamos.

—Carlos —lo llamo mientras se mete por la carretera principal.

—Dime.

—Gracias por haberme traído aquí —digo mirándolo.

No responde, pero por lo poco que lo conozco sé que está pensando.

Observo el paisaje que pasa rápido y pienso.

Esta noche saldré y volveré a Miami después de años. No será fácil, pero es necesario. Creo que las pruebas recogidas hasta ahora son suficientes para hacer caer el imperio de Carlos. Sin embargo, una mordida en el estómago no me deja respirar como me gustaría. Mi mente divaga y vuelve al pueblo, a los niños. Si Carlos explotara, ese lugar también lo haría. Tengo que ver cómo evitar que afecte a los inocentes.

Otro punto que no puedo aclarar es el último descubrimiento: ¿qué esconde tras esa puerta?

Hablaré de ello con Jack, quizás me ayude a encontrar una forma de descubrirlo.

VALENTINE

Nueve años antes

Me sonrío, sus manos me acarician la cara con dulzura y me dejo acunar por el amor que siento por él.

—¿Mi princesa todavía tiene sueño? —pregunta en voz baja.

No le respondo, froto la cara en su cuello e inspiro profundamente el perfume de la casa. Él es mi casa.

Le beso el cuello y me envuelve con los brazos.

—Quiero quedarme aquí para siempre —le digo con voz ronca.

—Tus deseos son órdenes, mi princesa.

Me seco las lágrimas con nerviosismo, estoy lista para volver al infierno. He hecho la entrega y, como tenía previsto, ha ido todo bien. Por la noche me veré con Jack, pero hemos discutido porque, por lo que parece, las pruebas que tengo no son suficientes para destruir a Carlos Gardosa. ¿De dónde vienen las piedras sin trabajar y dónde se encuentra la base de trabajo? ¿Quién, además de Gardosa y Kasandra, está metido en el tráfico? Estas preguntas necesitan respuestas y, aunque me lleve más tiempo del previsto para llevar a cabo la misión, Jack dice que es la única manera de ponerle fin a esta historia. Mi rabia sigue creciendo en silencio, cada vez que veo a Carlos es más difícil retenerla, y no es solo porque lo odio, sino también porque he empezado a ver en él los lados positivos. Esto me hace estar todavía peor.

En el puerto, uno de los suyos me atiende al otro lado de las verjas. Una vez en el coche, el teléfono del hombre suena y estoy casi segura de que es Carlos.

—Sí, señor dice al interlocutor—. Está bien.

La llamada dura poco, lo justo para intercambiar dos palabras. Apoyo la espalda en el respaldo y miro fuera de la ventana mientras atravesamos la ciudad. La Habana es preciosa, pero hay zonas en las que no dirías que es la

misma ciudad. Aquí es como vivir entre el infierno y el paraíso entre riqueza y pobreza. Es devastador. Cuando Carlos me llevó a Pueblo Esperanza me quedé sorprendida, no me esperaba que un hombre como él tuviese un lado humano y generoso. Lo que más me ha hecho daño es ver a los niños. Durante un momento perdí el control. No podía respirar, el vacío que tenía dentro me estaba devorando, y por mucho que intentara tragármelo era incapaz. Esas voces, esas risas, esas visiones inocentes me han provocado todavía más dolor. ¿Ha sido él el que ha creado ese lugar?

¿Cómo puede el *Diablo* mostrar amor a los niños?

El coche se para y me doy cuenta de que ya hemos llegado a Villa Halcón.

Por lo que sé, Carlos Gardosa nunca usa el mismo mensajero dos veces. Según Jack, tendré como máximo una semana antes de que se deshaga de mí, y en este tiempo tendré que descubrir al menos dónde se encuentra la base. Sospecho que el pueblo tiene algo que ver, pero no estoy segura. Sin embargo, estoy convencida de que lo que haya detrás de esa puerta vigilada tiene que ser muy importante.

Al entrar en la villa me voy al bar donde encuentro a Adrián y a dos hombres de seguridad.

—Bienvenida de vuelta, Valentine —dice mientras los otros se van a una mesa con sus bebidas.

—Gracias, Adrián —respondo con cautela. Aunque parezca simpático, no debo fiarme de nadie que esté ligado a Gardosa, especialmente si dice que es su amigo.

Apoya en el mostrador un vaso con hielo y vierte un líquido ámbar de olor fuerte.

Me sorprende, recuerdo perfectamente la prohibición absoluta que Carlos impone por la mañana a las bebidas alcohólicas.

—Bébetelo rápido, te servirá para afrontar el día —susurra colocando la botella en su sitio.

Genial, otra mañana asquerosa.

Me bebo el licor de un trago y después dejo el vaso vacío. Es fortísimo.

—Vaya, menuda bomba —comento posando las manos en el mostrador mientras mi cuerpo empieza a reaccionar al alcohol.

—Lo he inventado yo, se llama precisamente bomba —responde.

—Dime, ¿por qué has considerado que tengo que beberme este concentrado de lava líquida? ¿Qué está pasando?

Mira a su alrededor y se acerca.

—No lo sé, pero desde ayer circula un rumor muy malo.

¿Qué puede haber ocurrido en mi ausencia?

Me quedo de piedra y siento unos pasos pesados que se acercan. Me doy la vuelta, consciente de que voy a encontrarme con dos ojos claros y penetrantes.

Carlos me mira y, como la primera vez, su mirada sigue siendo nociva para la salud. Vestido de blanco, lleva una camisa desabotonada por la que se puede entrever el pecho musculoso y la piel bronceada.

—Mi ángel ha vuelto —dice acercándose a mí. Con los dedos me acaricia la barbilla y después me la atrapa para besarme. Le rodeo el cuello con los brazos mientras me acerco a él hasta sentir que su cuerpo toca el mío.

—¿Cómo ha ido? —susurra apoyando la frente en la mía.

—Muy bien. Tal y como estaba programado.

La entrega fue demasiado fácil, por un momento hasta dudé de que fuera una prueba.

Los controles fueron mínimos, pero solo conmigo. Estoy segura de que tenía en el bolsillo a los oficiales de aduana. El único momento en el que tuve que tener cuidado fue cuando llegué al infame barrio donde dejé el paquete.

La moto que me dejó Carlos era rápida, además de ser una buena moto, aunque no fuese mía.

—Esta noche tenemos que festejarlo, tengo una sorpresa para ti.

¿Una sorpresa?

La alarma del peligro empezó a sonar en mi cabeza.

Lo observo con atención y tengo la impresión de que está intentando parecer natural.

—¿Hay algo que no va bien? —pregunto acariciándole de forma tranquilizadora los brazos hasta llegar a sus dedos para entrelazarlos con los míos.

Su mirada se oscurece. Algo no va bien, y ese algo que tiene que ver conmigo.

—Vente, quiero que conozcas a Shiva —dice mientras sigue cogiéndome de la mano.

¿Quién es Shiva? Nunca he escuchado hablar de ese nombre y no me gusta nada.

Diablos, Jack, tu información hace aguas por todas partes.

Salimos al jardín, rodeamos la villa y atravesamos el camino que lleva a

un edificio hecho completamente de cristal. A primera vista parece un invernadero, pero las barras de hierro que lo rodean me sugieren que no se ha construido solo para albergar plantas. Carlos saca una llave del bolsillo de los pantalones y abre la puerta de entrada. Una vez dentro, la cierra con dos vueltas de llave.

No promete nada bueno.

Parece que estamos en la selva, la vegetación es impresionante. Hay bastante humedad en el aire, como si me encontrase en una selva de verdad, muy sugerente.

—Quédate quieta aquí —me avisa dando algunos pasos hacia adelante—. Hasta que no te diga que te acerques, no te muevas —continúa mientras mira a su alrededor.

—¡Shiva! —empieza a llamar en voz alta mientras sigue andando.

Algo se mueve entre las plantas, las hojas oscilan y “ella” aparece en toda su majestuosa y letal solemnidad.

Dios mío. Estoy en la jaula de un tigre.

Permanezco inmóvil mientras el felino se acerca a Carlos con una elegancia que la identifica, lleva un collar lleno de piedras preciosas.

Carlos Gardosa tiene un tigre en el jardín.

¿Cómo es posible que ninguno de mis informadores supiera que *el Diablo* tiene un gatazo de al menos 200 kilos como animal de compañía?

—Ven conmigo —le susurra Carlos y ella obedece.

Observo cómo le acaricia el cuello y le coge la cabeza con las manos.

Es increíble.

El animal parece que agradece la atención.

—Ángel, acércate poco a poco y no la mires a los ojos.

No es peligroso que lo haga. No tengo ninguna intención de que me coma.

—Valentine, no lo voy a volver a repetir: ven aquí, ahora —dice con seriedad volviéndose hacia mí.

¿Qué está intentando decirme? ¿Es uno de sus mil trucos para intimidarme? ¿Por qué me trae aquí?

Mi cuerpo se mueve antes de darme cuenta. Sudo en frío mientras me acerco, manteniendo el contacto visual con él.

Si no muero hoy, también me pagarás esta, maldito desgraciado.

Carlos me coge de la mano y me obliga a arrodillarme a su lado.

Su mirada está llena de rabia.

Estoy jodida.

Tiene que haber descubierto algo, ¿pero el qué?

—Shiva, siéntate —ordena, y la tigresa obedece.

—¿Tienes miedo? —pregunta dirigiéndose a mí.

¿Y quién no lo tendría?

Respiro a fondo pensando que me he enfrentado a cosas peores, y si debo morir desmembrada por un tigre querrá decir que mi vida terminará de la peor manera posible.

—Más que asustada, estoy sorprendida. Dime, ¿sueles traer aquí a las mujeres con las que te acuestas?

Los músculos de su cara se contraen y suspira.

—Normalmente traigo a los mentirosos.

—No te he mentado nunca —contesto con determinación.

Se levanta de repente y Shiva lo imita, como si estuvieran en simbiosis. Permanezco arrodillada y, sin quererlo, miro a la tigresa dándome cuenta de que ya soy el objeto de su atención.

—Ella odia a los mentirosos tanto como yo —dice bajándose y susurrándole algo al oído.

El animal ruge y me sobresalto, terminando con el trasero en el suelo. La tigresa me apunta con la mirada y se acerca lentamente. Solo de pensar que me voy a convertir en su comida es casi liberador.

—Ayer por la tarde te desviaste y te paraste en la quincuagésima al sureste de Naples durante una hora. ¿Por qué, Valentine? —me pregunta sorprendiéndome.

Vaya, ¿de verdad pensaba que podría burlarme de él tan fácilmente?

Piensa y responde antes de que sea demasiado tarde.

—Me fui a un restaurante barato para comer algo —digo mientras la tigresa me olfatea—. Allí venden la mejor tarta de queso de Miami y hacía mucho tiempo que no pasaba por ahí, aproveché para premiarme con un festín de tarta.

Carlos se inclina hacia mí y me coge del pelo, acercando la cara a la suya.

—¿Qué tienen que ver las tartas de queso? ¿Qué es lo que no te quedó claro en la frase «entrega y vuelve atrás sin pararte»? Porque era lo que te dije que hicieras, ¡Dios! —ruge amenazador con los ojos ardiendo.

—Tienes razón, pero no ponía un pie en Miami desde hacía años y no pude resistirlo.

Aumenta la fuerza con la que me coge, me hace daño y estoy segura de que lo está haciendo adrede.

—Los planes se respetan de principio a fin, maldición.

La tigresa sigue rugiendo y Carlos extiende la mano hacia ella:

—Sé buena, Shiva, de lo contrario se asustará —dice con voz tranquila y controlada mientras la acaricia—. Ahora ve a divertirte, nos vemos pronto.

Cuando el animal se aleja, me suelta el pelo y se vuelve hacia mí, poniendo las manos a los lados de mi cuerpo.

—No puedes andar descalza por el infierno y pensar que no te vas a quemar, ángel.

Aguanto la respiración mientras se sigue acercando hasta tocarme los labios con los suyos.

—¿Un trozo de tarta? ¿Te das cuenta de que te has arriesgado a mandarlo todo a la mierda por un maldito trozo de tarta? Joder, juro que mandaré a alguien a coger a tu Lucy le haré hacer tantas que te dolerá el estómago.

Se lo ha tragado, perfecto. *Buen trabajo, Jack.*

Cada vez me queda menos tiempo aquí, tengo que recabar toda la información posible y enviárselo todo a Jack antes de que salga toda la verdad.

—Esta noche te quiero lista a las diez. Un coche te llevará al Club.

Trago con dificultad mientras siento en los labios su respiración cálida.

Se levanta y después me da la mano para ayudarme a hacer lo mismo.

—Tienes el día libre, nos vemos más tarde —dice girando la llave en la cerradura. Se aparta y finalmente me deja salir de esa trampa mortal. Me alejo e intento disimular que me tiemblan las piernas.

Miro mi moto, las llaves están puestas y el casco colocado encima el sillín. Me vigila, también le ha metido mano a la moto. Por el momento todo va bien, pero no puedo soportar mucho más.

VALENTINE

Tres años antes

Sentada en la cocina, petrificada, observo el salón. Mi casa está llena de policías y desconocidos que tocan e invaden mi espacio, pero no estoy aquí. Miro la alfombra manchada de sangre, los cuerpos de Richard y Davis ya no están. Ellos ya no están.

De repente, se produce el silencio. Alguien ha llamado la atención de los presentes.

En el umbral de la entrada hay un hombre bastante alto, con el pelo rubio y los ojos oscuros. Su mirada es profunda y, en cierto modo, tranquilizadora.

Seguramente sea el inspector al que se le ha encargado el caso.

Permanezco sentada y me sujeto con fuerza al borde de la silla como un náufrago a su balsa. Sigue mirándome, parece apesadumbrado, pero los que se dedican a lo mismo se acostumbran a la desolación. Me pregunto cuántos casos ha visto parecidos al mío. Quizás su experiencia me ayude a entender quién ha podido llevar a cabo tal atrocidad.

El hombre coge una silla, la pone frente a mí y se sienta.

—Señora Blain, soy el inspector Tanner —se presenta seguro de sí mismo.

—¿Quién ha matado a mi familia? —pregunto con un hilo de voz, meciéndome hacia adelante y hacia atrás.

Tanner me mira fijamente y se restriega las manos con nerviosismo.

—¿Quién ha podido hacer algo así? Richard era una persona buena y yo también. ¿Por qué ha querido alguien destruir mi vida?

No habla, soy yo la que rellena el silencio.

—Han matado a mi marido y a mi hijo.

Inspiro por la nariz y después pregunto:

—¿Por qué?

Sigue mirándome.

—Descubriré quién ha sido, pero tengo algunas preguntas que hacerle. ¿Está lista? —me pregunta.

—¿Qué quiere saber?

—¿Por qué no estaba en casa?

Suspiro, hasta respirar es doloroso. No tendría que haber salido, debería haber muerto con ellos.

—Salí a comprar vino, estaba preparando pescado y Richard se había olvidado de comprarlo. Esta noche íbamos a celebrar nuestro aniversario, y yo... quería que todo fuese perfecto.

Las lágrimas me recorren la cara, caen en silencio mientras dentro de mí la vorágine sigue haciéndose más grande, yendo siempre más adentro.

—¿Cuánto tiempo ha estado fuera de casa? —pregunta.

—No más de media hora, en la caja de la tienda había una cliente delante de mí que me hizo perder el tiempo, y después llovía tan fuerte que tuve que conducir con cuidado.

—¿Cómo se llama la tienda donde compró el vino?

—Rois, en el Grand Canal —digo mirando detrás de él.

El inspector también se gira para mirar lo que había llamado mi atención, después se levanta y, mientras sigue mirando detrás de él, exclama:

—Jack Araiza, ¿qué haces aquí?

—Ha faltado poco —admito—, no puedo seguir manteniendo la tapadera por mucho tiempo.

—Vale, no perdamos la calma. Todavía tienes que descubrir dónde está la base, lo necesitamos —responde Jack desde el otro lado del teléfono.

—¿Me explicas cómo hacerlo? Tienes todas las pruebas de los tráfico y del casino ilegal, no me digas que no cuentan nada.

Escucho su respiración.

—Te he dicho que te habría ayudado, pero tú también tienes que hacer tu parte. Lo siento, pero la situación es la que es, sin la base no podemos incriminarlo.

Termino la llamada maldiciendo. Tiró el teléfono al suelo y lo aplasto con el tacón. Al diablo con todo. Cueste lo que cueste, tengo que incriminar al *Diablo*.

Una vez en el Club, entro sin dificultad porque uno de sus hombres de seguridad me reconoce. Lo busco una vez dentro, pero no debo estresarme.

Está apoyado en el mostrador del bar, bien vestido para la ocasión, y parece estar muy ocupado en una conversación con dos mujeres que de no ser por el maquillaje y la peluquería serían ordinarias.

—Valentine —me llama una voz molesta que conozco demasiado bien.

—Kasandra.

Me escudriña de la cabeza a los pies y luego, mientras bebe champán, fija una mirada sospechosa en mis ojos.

—Me alegro de verte.

Intento alejarme, pero se mueve rápidamente para bloquearme el paso.

—Me gustaría hablar contigo —dice señalando la oficina de Carlos—. Ahora.

Podría haberle dicho que no, pero no me conviene alimentar su resentimiento, quiero que se fíe de mí y por eso la sigo. Una vez dentro, cierra la puerta y se apoya en el escritorio sin dejar de mirarme.

—Me han comentado que la entrega ha ido bien —me dice mientras se pasa el vaso entre las manos—. Creo que ha llegado el momento de darte tu parte y cerrar nuestra “colaboración”.

Me quedo donde estoy mientras la miro frunciendo el ceño.

—Mis acuerdos con Carlos se acabarán cuando él lo decida.

Repiquetea las uñas en la copa, mirándome con atención.

—Te has enamorado de él. Esto no es bueno —farfulla.

—¿Yo? —pregunto con sorpresa, señalándome—. Te has equivocado de lleno, Kasandra.

Me da la risa, es absurdo que piense algo así.

—Te ha llevado al poblado, siempre te quiere a su alrededor y ha hecho que te mudes a la villa. ¿Crees que trata así a todos los pilotos? —pregunta analizándome mientras empieza a dar vueltas a mi alrededor.

—Ya no es él desde que estás tú. ¿Qué es lo que quieres de verdad, Valentine? ¿Qué quieres de Carlos? —sigue con tono más áspero detrás de mí.

—Entre nosotros hay atracción física, nada más —contesto enfadada por su comportamiento.

—Te quiero fuera de su vida. Dime cuánto quieres y desaparece —dice casi gruñendo.

Me doy la vuelta para encontrarme cara a cara con ella.

—No recibo órdenes de ti, trabajo para Carlos Gardosa —le respondo entre dientes.

La puerta se abre y ambas nos sobresaltamos.

—¿Qué está pasando aquí?

Carlos tiene los brazos cruzados y nos mira frunciendo el ceño.

—Estaba felicitando a Valentine por el trabajo y le estaba ofreciendo una recompensa justa, así podrá volver a su vida —dice en tono relajado como si quisiera cubrirse las espaldas.

Se le acercó con aire amenazador.

—Quédate fuera de esto, Kas, no son asuntos que te incumban.

Lo mira ofendida y se planta, como de costumbre, a un centímetro de su cara.

—Somos un equipo y estás mandando todo a la mierda por una como ella —dice señalándome.

Me encantaría crujirla a bofetadas. Estoy convencida que siente algo por él, un sentimiento que va más allá del afecto y de la amistad.

—Disfruta de la noche, no des por culo y olvídate de Valentine —le dice con autoridad.

Kassandra retrocede un paso y después me mira con asco.

—No me gusta, tiene una mirada ambigua. Estate atento a lo que te voy a decir, Carlos, si continúas teniéndola bajo tu protección estoy segura de que te va a joder —profetiza como un oráculo mientras se dirige a la salida.

—Todavía no ha nacido nadie que me pueda joder, deberías saberlo —le responde mientras cierra la puerta con un golpe.

Se pasa la mano por el cuello y después posa la mirada en mí.

—Ven aquí, ángel —me ordena con tranquilidad.

Voy hacia adelante y en un segundo mis brazos le rodean y mi boca invade la suya. Un beso exigente y violento.

—Ven conmigo —me dice llevándome fuera de la oficina. Atravesamos un pasillo largo y estrecho hasta llegar a una puerta. Entramos y nos envuelve la oscuridad.

Carlos me tira hacia la puerta mientras cierra la cerradura.

—¿Quieres ver mi sorpresa? —pregunta.

—Sí.

Me desnuda deslizando la parte superior del vestido bajo el pecho mientras sus besos se vuelven fogosos. Me levanta como si no pesara nada y después me pone sobre una superficie suave, que supongo que es una cama.

Mis ojos se están habituando a la oscuridad, dejándome entrever su contorno, que como una sombra se acerca como si fuera un depredador.

—Quiero mostrarte algo.

Su voz persuasiva hace eco y lo único a lo que puedo aferrarme en la oscuridad.

Con un gesto seco me coge las manos y las lleva detrás de la espalda para atarme las muñecas. Las cuerdas están muy apretadas y me impiden mover los brazos y los hombros, me hace algo de daño, pero no digo nada.

Se aleja. Siento al *Diablo* mientras se mueve con desenvoltura en la habitación y busca algo que supongo que es un armario.

Cuando vuelve hacia mí, percibo el calor de su cuerpo. Está muy cerca, en silencio, y es justo lo que me preocupa. Su silencio es letal. Aprecio a duras penas los rasgos de su cara y los ojos que, como dos pozas oscuras, me miran. Por una fracción de segundo, un instante casi imperceptible, me parece ver algo en la oscuridad, un pequeño brillo, una luz reflejada en su mirada.

Mi corazón se acelera de repente, las manos me empiezan a sudar, me dan escalofríos en la espalda. Siento que los pezones se me endurecen en una extraña mezcla de miedo y excitación.

Dura muy poco, pero me parece una espera infinita.

Es suficiente para que mi mente recuerde la plenitud, la luz y el calor que perdí en los últimos años. Las emociones que me unían a la tierra en un presente de colores vivos que hasta ahora había perdido.

¿Está cambiando algo dentro de mí?

Los pensamientos se diluyen en cuanto me roza mientras desliza un objeto circular sobre mi piel. Con un toque delicado pero decidido, lo desliza por las piernas hasta los hombros en una especie de masaje que estimula el perímetro de mi cuerpo.

Después se para el tiempo justo para dejarme saborear esa placentera sensación de calor que me ha generado el masaje, abandonándome en una espera que no dura mucho.

El objeto llega a mis labios, percibo el sabor metálico y dejo que se escape un gemido que invade la oscuridad.

El asalto se retoma en el pecho, esta vez con golpes resueltos, sigue por el vientre con firmeza y luego por los costados. Pero es en las piernas donde concentra la energía con golpes secos.

El cosquilleo de la piel pasa de una intensidad leve a una más fuerte. Siento en todo el cuerpo una sensación que me quema, pero entre las piernas ardo. Respecto a las heridas que llevo dentro, el dolor físico no me

asusta, es más, me hacen sentir “viva”, presente y motivada para actuar.

De repente me lo encuentro encima, siento su pecho húmedo contra los pechos, me acaricia el cuello con los labios, hunde los dientes en una mordida larga y apasionada. Ahora puedo sentir su olor. Amargo, envolvente y embriagador.

—Para —dijo con dificultad.

Me hace caso y separa el cuerpo de ese contacto tan intenso, pero se acerca a mi oído y susurra:

—No lo haré hasta que consiga tu alma.

En la oscuridad, su respiración se transforma en un pulso, sus ojos me analizan y la fuerza de su deseo se vuelve una necesidad urgente. Mi deseo hacia él, como una señal de rendición, aflora casi intangible por mi piel.

Carlos me acaricia con el índice la curva del cuello, me levanta la barbilla e inspira mi perfume, como si quisiera saciarse.

Quita el dedo del brazo para ponerlo en el pecho, pasando por el hueco de la axila.

Cada uno de sus gestos es cálido y familiar, salvaje y excitante al mismo tiempo. La cercanía ya no es suficiente, necesito sentirlo sobre mí, dentro de mí, más que el aire que respiro.

Su boca se apodera de la mía, su beso se transforma en una mordida suave que me arranca una bocanada de placer.

Yo también le muerdo y sus dedos se cierran alrededor de mi pecho para poseerlo, mientras que con la otra mano me coge del pelo para obligarme a ofrecerle el cuello.

—¿Sabes cuál es la única manera que hay para salir de mi vida, ángel?

—La muerte —respondo con voz ronca.

—¿Qué eliges: viva o muerta?

Ya estoy muerta.

—Viva.

—Ahora quiero que tu alma acate mis condiciones.

Empieza a recorrerme el cuello con los labios, peligrosamente en dirección al pecho. Coge un pezón con la boca y lo aprieta, provocándome uno de esos suspiros que no le son suficientes, así que cierra los dientes alrededor de la punta dura pero delicada, y ya no puedo resistirme: gimo con fuerza.

Con un movimiento brusco me arranca el vestido, arañándome la piel.

Me gustaría restituirle el favor, pero todavía estoy atada.

—¿Te gusta cómo te toco? —pregunta mientras sus manos siguen

viajando por mi cuerpo sin nada que se lo impida.

—Sí.

Se aparta, ya no noto sus caricias y las echo en falta.

—Quiero mirarte a los ojos, solo así podré saber si mientes.

La luz se enciende y me deja ciega durante un momento, pero poco a poco lo veo subirme a la cama. Deslizo la mirada sobre sus brazos tatuados y sus pectorales, me pierdo admirando su cuerpo viril mientras se desnuda del todo.

Con las manos me abre las piernas y se coloca sobre mí, haciendo que su miembro me roce el bajo vientre, carne con carne.

—Quiero saber cuánto me deseas. Mírame, tócame —dice en voz baja haciendo palanca con los brazos para elevarse poco a poco.

Me coge las manos y, tras desatarlas, las lleva a su pecho para subirlas y bajarlas mientras me mira fijamente a los ojos. Acerca mi mano a sus labios, la restriega por su boca y después se apodera de un dedo, chupándolo de forma sensual y provocadora.

Trago, tengo la garganta en llamas. Sabiendo con quién estoy no debería sentir excitación, sin embargo, no puedo controlar mi cuerpo.

—¿No me deseas, ángel? —pregunta frunciendo el ceño después de que su lengua me recorriera el índice.

Mierda. ¿Qué puedo hacer para no desearlo?

Es el fruto prohibido, mi veneno.

Dentro de mí se desata un fuego indomable. Mi cuerpo se separa del todo de mi mente y razona por sí mismo. Le toco los hombros, las manos se deslizan sobre sus brazos mientras con los dedos recorro la piel espesa bajo los tatuajes.

¿Quién lo ha dejado así?

No son cicatrices recientes, parecen haberse dilatado para adaptarse a la estructura física, como si hubiera crecido con ellas. Continúo el viaje con los dedos, me elevo y sigo tocándolo por la espalda, donde sus músculos se contraen a mi paso.

Sé que para cubrir esta masacre ha tenido que optar por algo muy grande, pero la elección de un ángel arrodillado no puede haber sido casual. Tiene un significado profundo, lo siento, algo oscuro y aterrador.

Mis caricias continúan hasta llegar a la base del cuello, donde la tinta sigue cubriendo su piel, que, sin embargo, está lisa por esta zona.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta con curiosidad.

No aparto la mirada de la suya, de hecho, decido jugarme el todo por el todo. Necesito saber, quiero entender. Tengo demasiadas preguntas que me devoran y antes de que todo termine quiero tener respuestas.

—¿Qué significa? —pregunto, dibujando un círculo sobre el pequeño tatuaje.

Sus manos me agarran de la cintura con fuerza, como si me quisiera despedazar. Su mirada se enciende.

—El control sobre mí mismo y sobre mi vida —responde antes de que sus labios se precipitaran sobre los míos. Nuestra respiración se mezcla mientras sus manos se mueven con rapidez para sujetarme la cabeza.

Me muerde el lóbulo de la oreja y después desciende por el cuello para chuparlo. Siguió hasta llegar a los pechos, y con los dientes empezó a morderme el pezón.

—El control es algo que conoces bien —dice bajando entre mis piernas. Mi cuerpo reacciona, tiembla y grito en mi interior en conflicto conmigo misma.

—Me encanta hacer que lo pierdas —continúa.

Su lengua sigue con su lenta tortura hasta llegar a los labios de mi sexo.

Tiemblo de placer mientras explora mi intimidad, alternando besos apasionados con pequeñas mordidas en los muslos. Con la punta de la lengua juega con mi clítoris mientras sus dedos empiezan a aventurarse en mi interior.

Su lengua se vuelve cada vez más insistente. Intento echarme atrás en un último intento de pararlo, pero se agarra a mis caderas y me sujeta.

—No puedes escapar, debes dejarte llevar —me ordena succionándome el clítoris con los labios. Me hace perder la cabeza.

Le agarro el pelo con las manos y tiro con fuerza.

Estoy desesperada.

Una sacudida eléctrica surge en mi interior y me recorre todo el cuerpo, estoy por explotar como una bomba de relojería. Siento el latido de mi corazón, los segundos pasan lentamente.

Sus dedos empiezan a explorarme. Siento que los introduce dentro de mí, los retira y después me penetra de nuevo, desencadenando una excitación descontrolada.

—Carlos —le suplico.

Me gustaría que se parara, pero no puedo decir nada más.

Sus dedos profundizan cada vez más, mientras con la mano libre se pone

un preservativo.

—Mírame —me dice quitando los dedos y entrando dentro de mí.

Me besa mientras sus manos se deslizan por mi espalda para juntar mi cuerpo al suyo. Su miembro me rellena a base de empujones firmes y cada vez más intensos, cada vez que se adentra en mí mi mente viaja cada vez más lejos.

Gime apoyando la cara a mi lado, y yo, prisionera de mí misma, me rindo. Ya no lucho más.

Me ha ganado de nuevo.

Respiro profundamente acompañando sus movimientos, pero instintivamente cierro los ojos.

—No lo hagas, déjame entrar en tu mundo, quiero ver —susurra apoyando la frente en la mía.

Sus manos se agarran a mis nalgas mientras le acaricio el pecho.

Grito cuando un fuerte empujón me llega a lo más profundo, tocando un punto que me hace arder. Sonríe con satisfacción e insiste como si acabara de encontrar la llave de la celda.

—Tócame, ángel, deséame, hazme sentir algo.

Quiere sentir, yo, en cambio, solo me quiero morir en este preciso instante.

—Te odio —se me escapa de los labios presa de las emociones.

—Lo sé.

Empujón.

—Me odias con todo tu ser.

Otro empujón.

—Y descubriré el porqué.

Me da un escalofrío, confusa por aquellas palabras. No lo entenderá, no sabe quién soy.

Su mirada se funde en la mía. Mi excitación está en el culmen y no puedo pararla.

Me levanta las piernas y se las pone en los hombros, me rellena hasta fondo, después se retira y entra de nuevo, afilado como una espada. Hundo las uñas en sus brazos para incitarle, y reacciona penetrándome frenéticamente. Nuestra respiración se acelera, se mezcla con los besos y las mordidas furiosas infundiendo en sus labios el olor a sangre.

—Tenía tu cuerpo, ahora también tengo tu alma —gruñe, mientras sus movimientos se vuelven todavía más rápidos y más intensos.

Tiemblo de la cabeza a los pies por el placer inesperado e involuntario. Su

último asalto es el definitivo: el orgasmo me invade con una explosión.

No consigo apartar la mirada de la suya como si fuese una trampa, estoy encadenada a él. Sus dedos siguen con delicadeza la línea de mi cara hasta llegar a los labios.

La locura ya ha tomado posesión de mí.

Esta noche me he vuelto a dejar llevar por él.

13

VALENTINE

Tres años antes

—Jack, ¿quién demonios ha matado a mi familia? —grito fuera de mí, golpeando la mesa de la cocina con las manos.

Se pasa la mano por el pelo y suspira, pero no puede mirarme a los ojos, lo que me pone todavía más nerviosa.

—Era tu mejor amigo, para ti era como un hermano. Lo mínimo que puedes hacer es decirme por qué han matado a mi marido y a mi hijo.

Me dejo caer de golpe en la silla, la arrastro hacia atrás por el impulso y el chirrido estridente enfatiza mi rabia.

—No sabemos quién ha sido, solo tenemos indicios —dice saliendo de repente del silencio—. Si se descubre quién es, ¿qué piensas hacer?— continúa, apoyando las manos en la mesa—. ¿Le darías caza? ¿Sola? —sigue con sarcasmo.

Nos quedamos en silencio mirándonos durante no sé cuánto tiempo hasta que digo:

—Solo dime quién ha sido y te aseguro que no habrá lugar en el que esta persona pueda esconderse —me acerco a él—. Me ha arrebatado todo y no pararé hasta que mate personalmente al responsable o responsables.

Abre los ojos con sorpresa.

—No lo harás nunca. ¡No resistirías ni un día en presencia de ciertas personas! —exclama apoyando la espalda en la silla y pasándose la mano por la cara. Sé que se acaba de dar cuenta de que ha dicho algo que no tendría que habersele escapado.

—Si de verdad quisiste a Richard y a Davis, me ayudarás a encontrar al responsable. Me entrenarás si es necesario, sabes que si decido hacer algo, nadie podrá impedírmelo.

Se pone en pie y se dirige hacia la habitación, pensativo.

—Te lo ruego, Jack, necesito tu ayuda. Estoy muerta sin ellos, ahora mi vida solo tiene un objetivo: encontrar y matar a quien me los ha

arrebatado.

Coge la silla, rodea la mesa y se sienta frente a mí.

—Escúchame bien. Lo que me estás pidiendo te llevará a una muerte segura, y quiero que sepas todo antes de decidir si ir hasta el final.

Asiento.

Su rostro se oscurece, me mira y finalmente decide hablar.

—Richard y yo estábamos trabajando en un caso especial desde hace dos años: un tráfico de piedras preciosas que sale de Cuba y llega hasta Florida. Es algo gordo, hay muchas personas involucradas, estoy hablando de corrupción, ¿lo entiendes? —me pregunta parándose de repente, esperando que renunciara.

Iluso.

Asiento para que continúe.

—Richard, solo en este último año, ha encarcelado a varios, y por eso se ha ganado unos cuantos enemigos. Pero creo que la orden para matarlo vino de la cúpula.

—Quiero un nombre, Jack —le ordeno con impaciencia.

Tarda en responder. Apoya las manos en las mías y me mira a los ojos.

—Carlos Gardosa.

Mientras conduzco, pienso y vuelvo a pensar.

He esperado tres meses, noventa y un días, durante los cuales he hecho todo lo que ha querido Carlos Gardosa, pero ahora ha llegado el momento de terminar. Es la causa de todo e, ironías del destino, también es el único que ha conseguido hacerme sentir algo tras años de apatía, pero no lo va a salvar.

Esta mañana no me lo he cruzado, Adrián me ha avisado que estaría fuera todo el día, así que he aprovechado para preparar el gran final.

Jack está a punto de llegar y esperará mi llamada para intervenir con el equipo.

Ayer Carlos me volvió a llevar a Pueblo Esperanza, pero no me vigiló tanto como la primera vez. Para confirmar mis sospechas me bastó dar un

paseo en el parque, donde vi a dos hombres salir de la puerta vigilada.

Es una idea genial utilizar como tapadera una casa de acogida para huérfanos. Nadie sospecharía nunca que la base de un tráfico millonario se esconde allí.

Voy a toda velocidad por las calles de La Habana hasta llegar al club de Carlos. No sé por qué, pero uno de sus hombres me dijo que me tenía que presentar allí a las seis en punto de la tarde. Seguramente me aguarde otra noche “especial”, pero esta vez seré yo la que le dé una sorpresa.

Miro el club, todavía cerrado, y el aparcamiento desierto. No hay rastro del coche de Carlos, seguramente haya aparcado en el patio interior.

Aunque lo odie, tengo que admitir que es muy astuto. Al igual que el diablo, sabe que hacer que las personas se diviertan y dejar que exploren el pecado de la ilegalidad es la mejor manera de ganárselas y chantajearlas cuando no se muestran colaborativas. Por eso todos saben lo que ocurre aquí y nadie se atrevería a decirlo en voz alta. No puedo imaginar lo que sucedería si la opinión pública descubriese que hay jueces, abogados, senadores y policías al servicio de un criminal, pero quizás tenga una manera de verlo con mis propios ojos.

Ayer terminé con un periódico local bajo el brazo. En la tercera página vi a Carlos, verlo definido como “el emprendedor del año” me dio escalofríos. En apariencia es un hombre de aspecto cuidado, fascinante y con un aire de negocios inmaculado, pero solo con arañar la superficie se descubre que no es así.

¿Cómo ha podido crear todo sin que le molesten? ¿Cómo puede un solo hombre llegar a ser tan influyente como para tener en la mano a la alta sociedad sin que nadie se rebele?

Bajo de la moto y camino por la acera con la mirada fija en la puerta.

Me pongo derecha, entro por la entrada principal y me dirijo hacia su oficina.

No hay nadie, el silencio solo se interrumpe por el sonido de mis pasos.

Una figura detrás del mostrador del bar llama mi atención, porque no es el camarero de siempre, sino Diego, uno de los hombres de Carlos.

—Valentine —me llame mientras con la mano me hace un gesto para que me acerque.

Sospechosa, avanzo escudriñándolo por primera vez: es fuerte y tiene un aire amenazador.

—¿Dónde está Carlos?

No me responde, pone un sobre en el mostrador y lo empuja hacia mí.

—Son doscientos mil dólares en efectivo y un billete de ida a Miami.

Sus manos se apoyan en la superficie mientras su cuerpo se inclina hacia mí.

—Tienes cinco horas para desaparecer de la vida de Carlos.

—No me voy a ninguna parte si no me lo dice él —le respondo con el mismo tono áspero.

El hombre rodea el mostrador y llega hasta mí a toda prisa. Coge el sobre y me da golpes con él en el pecho.

—Coge el dinero y desaparece —me gruñe a pocos centímetros de la cara. Sostengo la mirada sin miedo.

—No recibo órdenes tuyas —digo con seguridad.

Él, por respuesta, me coge del cuello y aprieta.

—Quizás no lo hayas entendido. Desaparecerás de su vida de todas maneras. Elige la opción más fácil, es un consejo.

Me agarra con más fuerza, pero no tengo intención de rendirme.

—No me voy a ir —gruño.

Me mira con expresión rabiosa y sin avisar me da una bofetada fuerte.

Permanezco inmóvil, en silencio, y lo miro mientras me paso la lengua sobre el labio roto chupando la sangre de la herida.

—¿Quién te envía? —digo para presionarlo.

Su cara se contrae en una mueca de rabia y me empuja contra el mostrador. Me quejo cuando una punzada de dolor me recorre la espalda, pero no parece que vaya a parar. Alguien tiene que haberle ordenado que me aleje de Carlos a toda costa, y ese “alguien” no puede ser otro que Kasandra.

—No importa quién sea, solo debo seguir las órdenes y mi trabajo no terminará hasta que desaparezcas.

—No en esta vida —contesto con decisión.

Frunce el ceño.

—¿No he sido lo bastante claro?

No me da tiempo a responder porque me coge por el cuello y me levanta en el aire.

Se lo ha buscado.

Le doy una patada en la rodilla y me suelta, haciéndome caer sobre el suelo brillante del bar.

Perfecto.

Cojo una botella y se la estampo en la cabeza. El cristal se rompe, le sangra la frente y finalmente se distrae. No pierdo tiempo y corro hacia la salida con la mano en el cuello, pero no llego a la puerta porque el energúmeno me coge de nuevo y me caigo al suelo.

Maldito pelo largo, tendría que habérmelo cortado.

Mientras me arrastra por la sala intento permanecer lúcida, pero es algo que supera mi capacidad. En un intento por liberarme, le arañó el brazo con todas mis fuerzas.

—¡Putas, me las vas a pagar! —grita fuera de sí parándose en seco. Me da una patada en el abdomen, después otra y otra y otra. No puedo respirar, el dolor es sofocante. Antes de que me golpee de nuevo me agarro a su pierna para intentar bloquearlo y levantarme, pero empieza a arrancarme la ropa y el pánico se abre paso.

No, no puedo terminar así.

No tengo nada que perder, solo mi integridad, y no la voy a perder. Ceder mi cuerpo a Carlos era parte del plan, pero no soy una puta y no le permito a nadie que me toque si no lo decido yo.

La rabia que he acumulado estos últimos años me da la fuerza para actuar.

Es hora de poner en práctica un año de entrenamiento.

Cierro los puños y me abalanzo contra él gritando con furia. Debo tener una herida en la frente porque noto que la sangre me baja por la cara, pero no me freno, sigo golpeándolo.

Escucho un ruido ensordecedor. La adrenalina bombea mientras el dolor se hace más intenso. Mi corazón late con tanta fuerza que lo puedo escuchar.

De repente, dos figuras que no reconozco en ese momento tumban al hombre, pero un rostro familiar aparece delante de mí: Carlos.

Aguanto la respiración.

Mi carcelero es el que ha venido a salvarme.

VALENTINE

Me desplomé en el suelo por el cansancio. Cierro los ojos y respiro con mucha dificultad. Mi cuerpo es una masa de dolor y al mínimo movimiento desencadena punzadas por todos lados. Carlos me coge de un brazo y me cubre con su chaqueta diciéndoles a sus hombres:

—Llévao a la villa, me ocuparé de él más tarde.

Me parece que va hacia la salida del club, pero no estoy segura, todo es confuso. Apoyo la cabeza en el pecho y aprieto el tejido de la camiseta con la mano. El dolor es insoportable, como si me estuviera rompiendo en mil pedazos.

Subimos al coche, pero sigue cogiéndome del brazo, después me aparta el pelo de la cara y suspira.

—¿Por qué has venido aquí, ángel? —me pregunta casi en un susurro.

Levanto la mirada hacia él.

—Uno de tus hombres me dijo que me esperarías en el Diablo a las seis de la tarde, pero cuando llegué no estabas tú, sino Diego.

Me retuerzo de dolor y me coge con más fuerza besándome la frente.

—Llama al doctor Sanz y dile que venga enseguida a casa —dice conductor.

—Sí, señor —responde el hombre al volante.

Carlos busca algo en el bolsillo de la chaqueta y saca un pañuelo color marfil, lo posa en sus labios y después en la herida.

Es un gesto que significa mucho, sobre todo el hecho de que está cuidando de mí.

Cierro los ojos, pero me llama:

—Valentine, mírame, no te duermas.

—Solo quiero reposar, estoy cansada.

Bajo de nuevo los párpados y me mueve con delicadeza, después me pone una mano en la cara y lo miro. No es el *diablo* de siempre, su expresión es

distinta, parece asustado.

—¿Qué quería de ti Diego? —me pregunta acariciándome las mejillas con el pulgar.

—Me ha ofrecido dinero para desaparecer de tu vida, pero cuando me negué se puso hecho una furia. Lo siguiente que pasó creo que es evidente.

Me examina pensativo y luego exclama:

—¡Has rechazado dinero!

Asiento para confirmarlo mientras intento posicionarme mejor, el dolor en los hombros es insoportable. Me ayuda poniéndome en sus piernas sin dejar de abrazarme.

No sé por qué, pero parece aliviado por esta revelación.

—Quiero saber qué es lo que ha empujado a Diego a comportarse de esta manera. La idea de darte el dinero para que te fueras no puede haber sido suya. Puedes estar segura de que iré hasta el fondo de este asunto.

Ha hecho una promesa y estoy segura de que la mantendrá.

Gruño cuando una punzada repentina me recorre la espalda y sin querer me aferro más a su brazo. Me mira la mano, después a la cara e, inesperadamente, me besa en la frente. Es un beso tierno y delicado que me desestabiliza.

—Lo siento.

No es esto de lo que debe lamentarse, no es nada comparado con el dolor que llevo dentro.

Sigue acariciándome.

Cuando el diablo te acaricia es porque quiere tu alma.

Pero el problema es que ya no tengo alma, o al menos así lo creía hasta hace pocos meses.

—Cuéntame algo de ti, ¿quién es la verdadera Valentine? —me pregunta de repente.

Valentine no existe.

—¿Por qué te interesa saberlo, Carlos?

—Digamos que quiero conocerte, ¿tienes algún problema con ello?

Oh. Dios. Mío.

Lo miro, estoy confusa. No logro entender qué está pasando. ¿Cómo he podido permitir algo así?

No puede ni debe sentir nada por mí. Él, que ha destruido mi vida.

—¿Tienes alguna objeción? —pregunta con el ceño fruncido.

Sí, muchas. ¿Por qué no me puedes dejar en paz? Se ha adueñado de todo,

¿y ahora cree que también puede adueñarse de mí?

Algo en la garganta me impide respirar, las punzadas en el pecho aumentan. Ahora lo entiendo: es el pánico. Estoy a punto de tener un ataque de pánico y sé que terminará mal.

Me aferro a su pecho respirando profundamente y cierro los ojos. Ahora no, debo transportar la mente lejos y calmarme, pero es difícil encontrar la calma cuando estás en los brazos del mal, cuando lo tocas, cuando le permites hacerte lo que quiere. Respiro a fondo, siento que su voz me llama, pero no le hago caso, sigo con los ojos cerrados.

—Ángel, abre los ojos, ya —me ordena con tono amenazador.

Sigo viajando con la mente y después me paro en el único lugar donde me gustaría estar.

Ocho años antes

Richard está guapísimo con el esmoquin, me deja sin aliento.

Lo miro y me coge de la mano, estamos el uno al lado del otro, frente a nosotros el sacerdote nos sonríe.

Quisimos una ceremonia simple en la orilla del mar, con pocos invitados, tal y como nos gusta a nosotros. Decidimos casarnos en julio, era el mes en el que nos conocimos y, además, nos encanta el verano.

Jack está cerca de Richard, es su testigo. Son viejos amigos, se quieren como si fueran hermanos.

Me encanta cuando Richard me sonríe, es mágico e inexplicable. Sus dedos se entrelazan con los míos, mientras la ceremonia continúa.

A nuestro alrededor todo es luz, pero de repente algo cambia. Mi precioso vestido blanco y el traje de Richard se tiñen de rojo.

La luz desaparece y la oscuridad me envuelve, ya no hay nadie. Estoy sola y empapada en sangre.

No puedo evitar gritar.

—Valentine —me llama alguien.

Abro los ojos de repente y me encuentro cara a cara con Carlos.

¿Dónde estoy?

—Quédate despierta, hemos llegado a la villa —dice. Parece que está muy preocupado.

Sale del coche conmigo en brazos y se mueve lentamente, con cuidado

para no hacerme daño.

Su atención es muy extraña.

—¿Qué ha pasado? —pregunta una voz familiar.

Kasandra.

—No lo sé, pero de una forma u otra la verdad saldrá —le responde Carlos una vez dentro.

Miro su perfil, parece tenso, no lo había visto nunca en este estado desde que estoy aquí.

—Doctor Sanz, sígame arriba —le ordena sin darse la vuelta. No logro permanecer despierta, los párpados me pesan y me rindo.

Me llama, pero no puedo abrir los ojos, estoy cansada, dolorida y quiero reposar.

CARLOS

No recuerdo la última vez que me asusté tanto. La tengo en brazos en muy mal estado. Ese bastardo asqueroso le ha puesto las manos encima a mi ángel y le ha hecho daño. Estoy furioso y no me gustan las cosas que empiezan a manifestarse en mi mente. Aunque se necesite mucho para hacer que recurra a la violencia, hoy me arriesgo a convertirme en asesino.

El corazón me bombea con rabia, siento hasta el sonido de los latidos mientras la tengo en los brazos.

Tiene los ojos cerrados, su cuerpo no se mueve y esto me asusta.

—Ángel, despierta.

La sacudo con cuidado, pero sigue sin responder.

El miedo de perderla me devuelve a la realidad: Valentine significa mucho para mí.

Quiero ver sus ojos. Ahora que no puedo establecer una conexión con ella, tengo la sensación de que se escurre cada vez más lejos.

No puede desaparecer.

No se lo voy a permitir.

No se da cuenta, o quizás no quiere, pero nuestras almas se han reconocido porque son muy parecidas. Veo la rabia que tiene dentro y no paro de preguntarme qué la ha dejado así.

—Todo irá bien, cuidaré de ti —murmuro acariciándole el pelo.

Al llegar a la habitación la dejo en la cama y después retrocedo para dejar

que el doctor Sanz haga su trabajo.

Diego pagará por sus acciones, pero antes tengo que ver quién le ha empujado a llevarlas a cabo.

VALENTINE

—Despierta, ángel, es hora de volver a la realidad.

Abro los ojos poco a poco, la luz es fuerte, insoportable, pero no me rindo. Observo y veo a Carlos agachado sobre mí.

—¿Dónde estoy? —le pregunto, advirtiendo un ligero dolor soportable. Con la mano me toco la cara hasta llegar a la frente, donde sé que tengo otra herida, ahora cubierta con una venda.

—En poco tiempo tengo que darte la medicación —me dice observando mis movimientos.

—¿Tú?

Se sienta en la cama a mi lado y me coge la mano con las suyas.

—Llevo cuidándote dos días.

Tiene cara de cansancio, es evidente que no ha dormido mucho. Sus ojos están deprimidos y apagados.

Me ha estado cuidando.

—¿He dormido dos días? —pregunto, intentando levantarme. Me pone una mano en el hombro y me ayuda, después me pone unos cojines en la espalda para que esté más cómoda.

—Te han dado una paliza y casi te violan, ayer estabas en un estado penoso. El doctor Sanz te ha curado. Ahora me toca a mí seguir.

Los escalofríos me recorren el cuerpo. Es ridículo que lo esté haciendo. En este momento solo quiero explotar y hacer que todo arda.

—Me pondré bien.

—Seguramente, pero no tendría que haber ocurrido.

Lo miro a los ojos y después bajo la mirada, incapaz de sostener la suya. Todo ha ido mal, los engranajes están en el lugar equivocado y el recorrido está cambiando. No tendría que haber salido así, tendría que haber llevado ya a cabo el plan. En cambio, todavía estoy viva y, por si no fuera suficiente, con él.

Miro alrededor y reconozco la habitación, es la de Carlos. ¿Por qué me ha traído aquí? No suele dejar que nadie se quede. Tras cada relación sexual que hemos tenido en esta cama siempre se ha deshecho de mí rápidamente.

—¿En qué estás pensando? —me pregunta.

—¡Estoy en tu habitación! —afirmo con asombro.

—Exacto. ¿Te sorprende?

Me acaricia el dorso de la mano con el pulgar.

—Bastante.

Me acaricia los dedos, y la sensación de tranquilidad y seguridad que siento no me gusta nada.

—Siempre cuido lo que es mío.

¿Suya? ¿Piensa que soy suya?

Me da un escalofrío.

—¿Has descubierto quién le dio la orden a Diego? —le pregunto para cambiar de argumento.

No me responde, pero se gira hacia la cómoda para coger vendas limpias y una botella para desinfectar.

—Tengo que darte la medicina —dice poniendo todo en mis piernas—. Te va a quemar, pero intenta resistirlo.

Su tono es cariñoso, me sorprende porque hasta hoy siempre había sido muy frío.

Carlos me quita la venda de la frente con cuidado y después acerca a la herida una venda impregnada.

La posa lentamente, siento el ardor e instintivamente agarro con fuerza las sábanas entre las manos, pero sopla en la herida para aliviarme mientras la presiona.

No hablamos, sigue curándose en silencio como si fuese una niña. Tiene la misma delicadeza que habría tenido con mi hijo. ¿Cómo puede la vida jugar conmigo de esta manera? ¿Cómo puede la causa de mi dolor aliviarlo?

—Ya casi he terminado —susurra con calma.

Una vez puesta la venda, me besa en la frente y aumenta mi incomodidad.

Con él siempre aparece una maldita espiral de luz dorada que se hace espacio en el vacío que tengo dentro, pero hasta ahora he podido combatirlo y luchar para volver donde estuve en los últimos años. Justo donde debo estar.

¿Quién es este hombre? ¿Dónde está aquel Carlos Gardosa, famoso por su frialdad y por no tener corazón?

—Tienes que comer, en breve llegará el desayuno.

—Gracias —se me escapa automáticamente.

Suspira y después se levanta.

—Tengo que hacer algunas llamadas de trabajo, vendré contigo después —dice sin darse la vuelta.

De repente, deja de ser dulce y vuelve a su habitual impenetrabilidad.

No digo nada, lo miro irse y después miro hacia la ventana. El sol se filtra y me calienta la piel.

El plan debe seguir, no puedo permitirme más interrupciones, de lo contrario, a este paso nunca podré acabarlo.

Ahora que la redada al club ha fracasado, debo hablar con Jack cuanto antes.

La puerta se abre y entra la última persona que habría imaginado: Kasandra.

—Hola —dice cerrando la puerta al entrar. Ella también parece estar cansada.

¿Pero qué está pasando? ¿Por qué de repente todos son amables conmigo?

—Kasandra.

Se acerca, se sienta a los pies de la cama y me mira. Parece incómoda.

—¿Cómo estás?

No me lo puedo creer, ¿se acaba de interesar por mí? Increíble.

Seguro que se siente culpable porque está detrás de las acciones de Diego.

—¿Por qué lo has hecho? —le pregunto, sosteniéndole la mirada.

Se frota las manos y baja la mirada, pero no responde.

Silencio.

No la conozco bien, pero por lo que he entendido Kasandra Herrera es una mujer que no se doblega, e imagino que también le costará admitir la culpa.

—No quiero apartarte de Carlos, si es lo que temes. Ya te he dicho que solo soy un juego para él y deberías saberlo, visto que lo conoces bien.

Levanta la mirada, sorprendida, sus ojos brillan, es raro verla tan vulnerable.

—Te equivocas, siente algo por ti, nunca se había comportado antes así —dice, amargada.

—Es solo una ilusión, Kasandra, entre nosotros solo hay atracción física. En cuanto se canse me echará, ya lo sabes.

—¿Estás segura?

Pongo la espalda recta.

Claro que estoy segura, el único sentimiento que siento por Carlos es el odio. Ella no lo sabe, quizás externamente todos vean otra cosa que en realidad no existe. Admito que el comportamiento de Carlos está cambiando, parece estar interesado, pero no es mi problema. Si así fuese, me felicitaría por hacer bien mi parte.

—Claro, y si quieres te explicaré el... —empiezo a decirle con determinación, pero me interrumpe.

—Carlos no sabe que estoy yo detrás de este lío.

Parpadeo por la sorpresa.

—¿Por qué estás aquí?

—No tendría que haber salido así —se justifica—. Diego tenía que entregarte el dinero y hacerte razonar, le pedí que te asustara, pero no que te diera una paliza... u otra cosa —dice bajando la mirada.

—Evidentemente, no has sido muy clara —contesto con desprecio.

Suspira profundamente mientras sus dedos siguen torturando el borde del vestido color ciruela.

—Lo siento —dice para mi sorpresa.

—¿Tienes miedo de que Carlos lo sepa?

Se levanta y empieza a dar vueltas por la habitación con la mirada perdida.

—Conozco a Carlos desde hace mucho tiempo y he aprendido que es mejor no tocar ciertas cosas. Verás, él es mi familia, ha hecho mucho por mí. Con él siempre me he sentido segura, pero una vez, una sola vez, vi lo que tiene dentro, y es algo malvado.

Sé lo malvado que puede ser.

Parece tener mucho miedo, y entiendo sus palabras. Yo sé mejor que todos de lo que es capaz de hacer Carlos Gardosa.

—¿Cómo lo conociste?

—No puedo hablar de nuestro pasado, no quiere.

Me siento en la cama con los pies tocando el suelo. El correspondiente dolor de las costillas es fuerte, pero intento resistirlo.

—Kassandra

—¿Sí?

—Yo quiero conocer el pasado de Carlos y tú quieres que mantenga la boca cerrada.

—¿Me estás chantajeando? —pregunta, malhumorada.

—Exacto.

Me mira con enfado, me parece ver su cerebro ponerse en marcha para

encontrar una solución, pero después se sienta a mi lado, derrotada.

—Si lo descubriese, sería mi fin —me dice observándome con mirada asustada.

—Quizás mi palabra no valga nada, pero te prometo que lo que me digas no saldrá de esta habitación.

Se gira hacia mí, pestañea y me observa.

—¿Cómo fue tu infancia?

Podría inventarme cualquier cosa en el momento, pero por alguna extraña razón decido decirle la verdad.

—Fue muy bonita y tranquila. Tuve unos padres cariñosos y por eso siempre me he considerado afortunada.

Se muerde el labio inferior con nerviosismo, parece que estuviera a punto de llorar.

—Y la tuya, ¿cómo fue? —le pregunto para obligarla a hablar.

Creo que todo parte de ahí, tengo la sensación de que su infancia ha estado ligada a la de Carlos y quiero saber más.

Su mirada se pierde en el vacío, después une las manos entre las piernas y empieza a hablar.

—No tengo muchos recuerdos, son como fragmentos llenos de niebla. Crecer en La Habana no es fácil. Vivimos en un país pobre y dictatorial, y la mayoría de las personas no saben qué significa poder decidir. Cuando era una niña, recuerdo tener padres, pero un día me encontré sola. No tendría más de seis años, estaba en casa y, como todas las tardes, esperaba que mis padres volvieran del trabajo. Esperé, las horas pasaron, llegó la noche, pero no había ni rastro de ellos. A la mañana siguiente fui con mi vecina y le pregunté si los había visto. Recuerdo que todo pasó a toda velocidad. A mi casa llegaron personas que no conocía y descubrí que mi madre y mi padre habían muerto en un accidente de tráfico.

Se para, respira hondo y después se gira hacia mí.

—Después de una semana, me encontré en un instituto con otros niños de todas las edades. Mis padres habían desaparecido y no supe más de ellos.

Se me puso la piel de gallina al imaginar a una niña de seis años que de repente se encuentra sola, asustada y confusa.

—En el instituto no congeniaba con nadie, siempre estaba en una esquina, hasta que un día se acercó un niño un poco mayor que yo. Me daba miedo porque todos hablaban mal de él, y nadie jugaba con él porque decían que era malo.

—¿Carlos?

Instintivamente, poso una mano en la de ella cuando la veo temblar.

—Sí, Carlos. Recuerdo ese momento como si fuera ayer. Se acercó, en la mano tenía una muñeca de trapo y me dijo que era para mí. Me esperaba al lobo malo, en cambio, era amable, al menos conmigo. Desde ese día se convirtió en un hermano para mí, me protegía y me sentía segura. Me animaba a jugar con los otros, se preocupaba de que comiera y no permitía a nadie que me tratara mal.

Por eso está el Pueblo Esperanza. Quiere a los niños porque saben lo que significa crecer sin padres. Mi corazón empezó a latir como loco, se está haciendo daño. ¿Cómo puede ser tan bueno y al mismo tiempo tan cruel?

—¿Cuál es el pasado de Carlos? —le pregunto en voz baja.

—Nadie sabe lo que le sucedió, y cuando intenté preguntárselo se transformó. Tenía los ojos fuera de las órbitas, ardían. Me dijo que su pasado antes del instituto no existía y que no tenía que hacerle preguntas al respecto. Siempre me he preguntado qué le pasó. Tuvo que ser algo horrible, de lo contrario no se volvería loco.

Cuando Jack indagó en el pasado de Carlos, llegó hasta los veinte años. Antes es como si Carlos nunca hubiera existido. ¿Qué cosa tan terrible se esconde en su pasado?

—Lo siento por tu infancia —le digo.

—Yo también, pero ahora miro al presente, y si puedo vivir con tranquilidad es solo gracias a Carlos. Cuando fue mayor de edad salió del instituto. En esa época me prometió que volvería a recogerme, y así fue. Se había construido una vida, cogió una pequeña casa y nos esperó a nosotros.

—¿Nosotros? —pregunto con sorpresa.

Abre los ojos de par en par al darse cuenta de haber dicho más de lo que quería.

—¿Quiénes, Kasandra? —le insisto.

—Perdona, me he equivocado, quería decir “a mí” —contesta un poco avergonzada.

Me quedo en silencio. Entiendo que por ahora no me dirá nada más

—No le diré que has sido tú. Es una promesa —le aseguro mirándola a los ojos.

—Gracias. Carlos condena la violencia a las mujeres, si descubriera que estás en este estado por mi culpa, no sé cómo terminaría.

Esta sí que es buena. Puede odiar la violencia contra las mujeres, pero en

las relaciones íntimas no se puede considerar “delicado”.

—¿Dónde está Diego ahora?

—Es mejor que no lo sepas —dice con amargura—. No creo que lo esté pasando bien.

—¿Quiere matarlo? ¿Es lo que me estás intentando decir?

—Carlos sabe ser cruel cuando quiere —le respondo.

—Y no se para hasta que no consigue lo que quiere —interviene ella.

Nos quedamos en silencio. Kasandra se levanta y se dirige hacia la puerta.

—Ponte bien pronto —dice bajando la manija.

No le respondo. Me quedo sentada y pienso en todo lo que me ha contado.

Huérfanos, eso es lo que son. Dos niños a los que la desgracia ha empujado en la dirección equivocada. Cuanto más sé, más complicada se vuelve la situación. Tendría que haber seguido mi camino sin indagar sobre su pasado y sobre él, porque lo que descubro solo lo hace cada vez más humano, alejando la idea de monstruo que tengo de su persona.

VALENTINE

La conversación con Kasandra me ha desestabilizado, y las ganas de saber más crecen. He pasados dos semanas reflexionando y en mi mente no paran de repetirse las palabras de la mujer.

Pero una vez, una sola vez, vi lo que tiene dentro, y es algo malvado.

¿Qué es lo que ha visto? ¿Cuándo?

Ahora que me he recuperado del todo, aunque todavía sean evidentes y las cicatrices no se hayan curado, pienso que volveré a mi habitación. Carlos se comporta de forma muy extraña, no se deja ver muy a menudo, pero cuando me visita se informa sobre mi estado de salud, y sin entretenerse mucho se va.

Me sobresalto cuando el sonido de un teléfono interrumpe el silencio. Miro alrededor y después veo un inalámbrico apoyado sobre la cómoda. Acercó la mano, pero después la retiro. ¿Podré responder? Siempre estoy en su habitación y podría ser una llamada para él. El teléfono sigue sonando hasta que se interrumpe.

Suspiro cuando el sonido vuelve a atormentarme.

Al diablo.

—¿Sí?

—Ángel —me dice Carlos.

¿Por qué me llama?

—¿Carlos?

—¿Cómo estás?

—Estoy bien.

Escucho voces al fondo, después una puerta que se cierra.

—Comemos juntos —dice.

Pestaño con incredulidad.

—¿A qué hora quieres que baje?

—No tienes que bajar.

—¿Cómo?

Suspira, parece desesperado.

—Comemos en mi habitación. ¿Quieres algo en especial?

¿Quiere comer conmigo? ¿Pero qué demonios está pasando?

Se me revuelve el estómago.

—¿Comemos aquí, en tu habitación? —le pregunto para que me lo confirme.

—¿No está claro lo que he dicho? Dime qué quieres comer —responde bruscamente.

—Vale, lo entiendo. Me conformo con cualquier cosa.

—Pon los contenedores al otro lado del mostrador —le dice a alguien cerca de él.

—¿Dónde estás? —me atrevo a decir.

—No es asunto tuyo.

Mi pregunta estaba fuera de lugar, pero no lo he resistido, soy curiosa por naturaleza.

Silencio. Está todavía en línea, pero no habla, así que decido acabar la llamada, pero el teléfono vuelve a sonar inmediatamente.

—¿Sí?

—¿Me has colgado el teléfono en la cara? —me pregunta con tono amenazador.

Ah, que no había terminado de hablar.

—Creía que... —intento decir, pero su voz me interrumpe—. No tienes que creer nada, solo esperar. Solo tienes permiso para colgar si me despido o cierro yo la conversación.

Me levanto para estirarme, pero evito los movimientos bruscos por miedo al dolor. Siento su respiración en el oído, está andando, hasta escucho sus pasos.

Abro la puerta de la habitación y observo el salón. Es una buena ocasión para meterme en sus asuntos, pero tengo que averiguar si está o no en la villa.

—Carlos, ¿hay algo más que tengas que decirme?

—¿Tienes prisa? —contesta de mal humor.

Observo una gran estantería llena de libros y me acerco para verlos. Literatura, filosofía... paso los dedos por los cantos ordenados, pero me paro cuando leo *Grandes esperanzas*.

El libro llama enseguida mi atención y lo cojo.

A pesar de haberlo leído cuando estaba en la universidad, recuerdo

bastante bien esta novela de Dickens.

—¿Qué estás haciendo, ángel? —pregunta desde el otro lado del teléfono.

—Nada, te estoy esperando —miento.

Empiezo a hojear distraídamente las páginas, pero después me bloqueo al ver una frase subrayada a lápiz:

«No hagas preguntas y no te dirán mentiras».

Vuelvo a pensar en sus palabras.

No me mientas, Valentine, porque me doy cuenta de cuándo no eres sincera.

—Chicos, terminad de arreglar todo y después os podéis ir —dice Carlos dirigiéndose a alguien. Sigo escuchando voces en el fondo, pero no les presto atención. Estoy concentrada en el libro y sigo hojeándolo hasta que llego a otra frase subrayada:

«En la vida, nuestras peores debilidades y bajezas las solemos cometer por causa de aquellos a quienes despreciamos».

Mi latido se acelera, porque esas palabras son verdad, yo soy un ejemplo.

Sigo ojeando y preguntándome si es todo lo que ha subrayado.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta la voz profunda de Carlos. Esta vez no desde la otra parte del teléfono, sino a mis espaldas. Tiemblo por el pánico y cierro el libro de golpe.

Me giro hacia él intentando mantener la calma y me quedo a la espera de que diga algo.

Llega donde estoy dando grandes zancadas y me arranca bruscamente el libro de la mano.

—¿Acaso te he dado permiso para que vayas por ahí husmeando? —pregunta con tono amenazador.

No hablo, sigo mirándolo y parece que eso le irrita mucho.

—¿Has perdido la lengua? —se acerca más, pero no me toca.

—Perdón, no tendría que haberlo hecho.

Me escudriña con atención y después me mira los labios.

—Con todos los libros que podrías haber elegido, ¿por qué has cogido este?

—No lo sé —respondo con sinceridad.

—No vuelvas a tocar mis cosas. ¿Está claro?

Asiento y doy un paso atrás. Está contrariado y decido hablarle.

—¿Es una edición rara?

Sigue mirándome. Después se acerca, pero retrocedo hasta darme con la estantería.

Su cuerpo roza el mío mientras repone el libro, sus ojos no dejan de mirar los míos.

—Más que raro, es algo a lo que le tengo mucho aprecio —responde posando las manos a los lados de mi cabeza.

Estoy en una trampa.

—No entiendo qué ha traído a una mujer como tú hasta Cuba. Hay algo que no me convence, ángel, y hasta que no descubra el motivo no tendré paz.

Trago mientras tamborilea con los dedos sobre la superficie de madera. El ritmo es lento y mi corazón lo sigue. Sus ojos siguen analizándome.

—¿Has subrayado tú esas frases? —le pregunto para interrumpir el interrogatorio mudo al que me somete. Inclina la cabeza hacia mí, su respiración cálida me acaricia la cara. Busco algo a lo que sujetarme, me llevo las manos a la espalda y cojo con fuerza uno de los muchos estantes.

—¿Qué importancia tiene? —responde con una pregunta mientras sus labios se acercan cada vez más.

—Simple curiosidad.

El ángulo de su boca se eleva un poco mientras se va acercando.

—Sí, he sido yo. Es para recordarme quién era y en quién me he convertido.

Mi corazón se para.

Un niño. Un huérfano. Y ahora, el diablo.

—¿Quién eras? —pregunto con dulzura. Poso las manos en sus caderas y se deslizan sobre la camisa turquesa hasta llegar al pecho y al cuello—. Solo quiero conocerte mejor —susurro acercando los labios a los suyos para que baje las defensas. Carlos no se mueve, está esperando a ver hasta dónde llego.

Le acaricio el cuello y subo con delicadeza a la cara, siguiendo el perfil de la barbilla.

Cierra los ojos, como si me invitase a continuar.

Le toco los pómulos, el perfil de la nariz, los párpados y las cejas. Con los dedos paro en las sienes, donde dibujo pequeños círculos relajantes. Me

pongo de puntillas y le doy un beso en la frente. Un beso suave que repito en los ojos, la nariz, las mejillas y hasta en los labios. Le beso la comisura derecha de la boca carnosa, después paso a la comisura izquierda. Sigo llenándole la cara de pequeños besos hasta que abre los labios y busca los míos.

—¿Qué estás haciendo? —me pregunta.

No respondo, pero sigo besándolo, sujeto la cabeza con las manos y la acerco todavía más hacia mí. No opone resistencia.

—Háblame de ti —le digo entre un beso y otro—. Te lo pido por favor.

Mete las manos entre mi pelo.

—Soy lo que ves, no hay nada más que decir sobre mí —responde antes de volver a besarme, pero prestando atención a la herida que llevo en el labio inferior.

De repente, me empuja con el cuerpo contra la estantería y se me escapa un gruñido de dolor.

Malditas contusiones.

Carlos se aparta y retrocede.

—Ve a la cama, te llamaré cuando traigan la comida.

Ha destruido el encanto, el *diablo* vuelve a ponerse la máscara de la indiferencia.

Suspiro, confusa. Esta vez tampoco he podido terminar nada.

Bajo la mirada mientras paso a su lado y voy a la habitación, tal y como me ha ordenado.

Al diablo, la situación se me está yendo de las manos.

Me siento en la cama y miro por la ventana para dejar que mi mente vuele.

Estoy segura de que su infancia es la causa de aquello en lo que se ha convertido, ¿pero qué puede haberle pasado para que se volviera tan cruel?

Creía que seduciéndolo se habría dejado llevar, pero es como una caja fuerte sin combinación: inaccesible.

No ha pasado mucho tiempo cuando la puerta se abre y me giro hacia ella.

Me mira fijamente con ojos seguros de sí mismos.

—Están aparcando, ven conmigo.

Es único. Su control, mezclado con la elegancia y la dureza, le da un aire de misterio.

Lo sigo sin decir nada y al llegar a la cocina saca la silla para que me acomode, reservándome una delicadeza que nunca antes había tenido conmigo.

—Gracias —le digo mientras me siento.

Se inclina, me aparta el pelo a un lado y posa los labios en mi cuello.

—De nada —susurra.

Una mujer pone los platos en la mesa sin subir la mirada. Desde que vivo aquí, nadie del personal me ha dirigido la palabra, y creo que es una orden de Carlos.

Otra mujer, que si no me equivoco es la cocinera, entra en la residencia con un carrito lleno de comida.

Él me pone la mano en el cuello y se queda observando los movimientos de las mujeres. No me gustaría estar en su lugar, no debe ser agradable sentirse observadas continuamente.

—Señores, hemos terminado —dice la mujer de más edad retrocediendo un paso.

—Te lo agradezco, Irma —responde con amabilidad.

La mujer sonríe y después sale por la puerta junto a la otra.

Es extraño que haya sido tan educado. Me habría esperado la típica indiferencia. Hay cuatro sillas en torno a la mesa, pero elige sentarse en la que hay a mi lado. Parece que está tranquilo, demasiado, como un tigre antes de atacar.

Empieza a echar vino en dos copas y me pasa una.

—Me gustaría hablar contigo de lo que ha sucedido con Diego en el Club.

Lo observo con atención y noto cómo se le tensan los músculos de la cara.

—¿Por qué no te fuiste enseguida? —dice, posando las manos sobre la mesa y cerrando los puños.

—Lo intenté, pero pensé que podía manejar la situación.

Frunce el ceño, parece que no está de acuerdo.

—He visto cómo has “manejado la situación” —comenta con acidez.

No sé qué decir, tiene razón.

Bebe un poco de vino e intento concentrar la atención en la comida. Con el tenedor juego con algunos trozos de verdura al grill y me doy cuenta de que tengo el estómago completamente cerrado.

—Bebe, te ayudará a relajarte.

Cojo el vaso y trago bastante cantidad, esperando que funcione de verdad. Estoy tensa y no entiendo el motivo. Coge un plato con pollo y me sirve primero.

—¿Por qué te has enfrentado a Diego?

—Me he defendido —contesto rápidamente.

—He visto en qué estado ha quedado. No solo te has “defendido”, ángel, y sospecho que lo sabes —dice para presionarme.

Tiene razón, en ese momento la rabia que tenía dentro salió fuera, no pude controlarme, necesitaba descargarme y lo hice.

Pincha la carne y se introduce un trozo en la boca, en cambio, no puedo tocar nada.

—¿Dónde está Diego?

—A la espera de saber cuál será su destino.

No creo que le incomode tanto como para matarlo por mí, pero no me sorprendería si lo hiciera. En el fondo, me considera un objeto de su propiedad y nadie puede permitirse tocar algo suyo.

—Dime, Valentine, ¿cuál sería un castigo justo según tú? Creo que eres tú la que tienes que decidir —me dice apuntándome con el tenedor.

—¿Yo? —pregunto, sorprendida.

Deja los cubiertos, se gira hacia mí y pone el brazo en el respaldo de mi silla, echándose hacia adelante.

—Serás tú la que decida el destino de Diego por lo que te ha hecho.

Vaya, parece que no está de broma.

Me pongo derecha porque quiero que lo que le voy a comunicar se lo tome con la máxima seriedad.

—Déjalo ir, no quiero tenerlo en la conciencia —le digo con calma, mirándolo a los ojos.

Extrañado por mis palabras, se retrae y me mira, confuso.

—¿Conciencia? Te ha dado una paliza y no se habría parado si no hubiera intervenido. Después de todo lo que te ha hecho, ¿no piensas que se merece una venganza?

Mantendré la promesa que le hice a Kasandra, y aunque me atraiga la idea de ponerlos en contra, no lo haré.

—Ya ha pasado, diría de seguir adelante y enterrar el asunto —sigo jugando con la carne. Corto un trozo pequeño y lo mastico sin pensármelo mucho.

—Como quieras —murmura llevando su atención al plato.

La comida sigue su curso en silencio, de vez en cuando lo miro con el rabillo del ojo, parece que está pensativo.

—La semana que viene habrá una nueva entrega —dice, rompiendo el silencio—. Esta vez será mucho más complicado porque habrá un transporte por tierra hasta Aguas Claras. Harás de abrecaminos y avisarás si hay

controles en la carretera. No controlo la provincia de Holguín, y por eso irás tú.

Genial, sería el momento ideal para recuperar la carga y pillar a los hombres de Carlos. Tengo que encontrar tiempo para salir de aquí y avisar a Jack.

—Está bien —digo mientras poso el vaso ya vacío sobre la mesa.

—Una vez llegada a la dirección indicada, te asegurarás de que el camión que va detrás ha llegado y después volverás enseguida a la villa —me dice con seriedad.

Asiento. Sus ojos se posan en los míos.

¿Un camión? No creo que se necesite tanto espacio para gemas pequeñas, a menos que no tenga más remedio.

Tras terminar de comer nos acomodamos en el sofá y se trae consigo las copas y la botella de vino. Quizás pueda hacerle alguna pregunta, me gustaría conocer el contenido de la carga.

—¿En qué consiste la entrega esta vez? —digo, dando voz a mis pensamientos.

Sonríe negando con la cabeza.

—Me preguntaba por qué todavía no habías preguntado nada al respecto —comenta apoyando el brazo en el respaldo del sofá, después se toma su tiempo para beber vino.

—Son siempre piedras preciosas, ángel —responde al fin, sonriendo con sarcasmo.

Me siento mirando hacia él con un único objetivo en la cabeza: saber más.

—¿Por qué has elegido esto?

Él también cambia la posición, dobla la pierna para apoyarla en el sofá y sostiene la cabeza con el brazo pegado al respaldo, después me observa atentamente.

Es evidente que está decidiendo si hablarme o no del tema.

—Si tienes el conocimiento suficiente y sabes utilizar el cerebro, puedes hacer de todo en la vida. Digamos que mi capacidad de análisis, unida a un cierto placer por el riesgo, me han ayudado a llegar a mis objetivos —explica con orgullo.

No es suficiente, quiero saber de dónde llegan las piedras.

—Pero en Cuba no hay minas —afirmo para demostrarle que estoy preparada.

—El mundo está lleno de minas, solo hay que encontrar la correcta —

contesta posando la mano en mi pierna—. Y te mueres de las ganas de saber cuál —me susurra mientras sube la mano por el muslo.

—Perdona, es solo curiosidad. Me fascina tratar con alguien que ha logrado construirse un verdadero imperio sin llamar la atención.

Extiende la mano hacia mi brazo y lo recorre con los dedos hasta llegar al cuello.

—Una vez estuve en tu lugar —dice mientras me acarician la nuca. Siento un escalofrío.

—¿También fuiste corredor?

Asiente y se acerca aún más, siento su aliento en la cara.

Él y la moto, tendría que haber pensado que las dos cosas estaban ligadas al tráfico. En la única vez que corrimos juntos noté su destreza. Hay ciertas habilidades que no se desarrollan solo por pasión.

—¿Cómo pasaste de ser peón a rey?

Me escudriña y después me besa el cuello.

Aguanto la respiración mientras llega al oído.

—Te lo acabo de decir, supe aprovechar las oportunidades.

—No hagas preguntas y no te dirán mentiras —le digo, recordándole la frase del libro.

—Exacto.

Pone la mano en mi camiseta para levantarla. Me pongo rígida.

—Carlos.

Sigue levantando la camiseta, y tras quitármela la tira al suelo.

—Relájate, solo quiero jugar, *despacio*.

No sabe lo que quiere decir ir despacio. Siento un dolor único y no necesito de sus juguetes para recuperarme.

—Tumbate —me ordena.

Obedezco, me quita los pantalones con calma, después se levanta y retrocede, observándome de la cabeza a los pies.

Su mirada me recorre el cuerpo parándose en el abdomen. Instintivamente levanto la cabeza y veo que el hematoma se está reabsorbiendo en la parte de las costillas.

—Quédate ahí, vengo enseguida —dice alejándose.

¿Qué tendrá en mente?

Vuelve poco después con una caja de madera en las manos y se arrodilla a mi lado.

Cuando abre la caja, me sorprende al ver un montón de gemas de colores.

—Tu cuerpo es perfecto, solo quiero darle un valor.

Me quedo en silencio mientras coge una piedra con la mano, la admira complacido y después me la pone en el ombligo.

—Esta es una tanzanita —dice dibujando un círculo alrededor del ombligo.

Observo la piedra sin tallar, es rugosa, pero si le da la luz resplandece con un color violeta intenso y oscuro.

Mete la mano entre el sofá y la espalda mientras me besa, me libera del sujetador y lo deja caer al suelo.

Me succiona los pezones con los labios hasta ponerlos duros.

Satisfecho, lleva la atención a la caja, de la que saca otra piedra, esta vez de color verde intenso, y la coloca entre los pechos.

—Ahora le toca al jade.

Me recorre el vientre con los dedos hasta llegar al borde de las bragas, acaricia el perfil haciendo que me contraiga por los preliminares.

—*Despacito*, ángel —susurra con voz profunda.

Sus manos se escurren entre mis piernas, llevando con ella el poco tejido que me cubre. Cuando llega a los tobillos me deja completamente desnuda. Después empieza a besarme los pies, siguiendo con los labios y los dientes el recorrido inverso hasta llegar a mi sexo, exhalando un aire caliente que me prende fuego.

—Veamos cómo podemos hacerte todavía más preciosa —dice, me deja y vuelve a rebuscar por la caja, de la que extrae una piedra inconfundible.

—¡Es un diamante! —se me escapa por la sorpresa.

Sonríe y lo coloca encima del pubis.

Este hombre está loco.

—Ahora, juguemos. Te haga lo que te haga, no debes dejar caer las piedras —dice levantándose y dejando la caja encima de la mesa—. Si alguna de las tres cae, responderás a tres preguntas —continúa.

Mierda.

Debo resistir a toda costa, hasta que se presente la ocasión que espero.

—De acuerdo —respondo con convicción.

Se desabrocha la camisa y, una vez quitada, también se libera de los pantalones. Pone las manos sobre mis caderas y me observa complacido.

En un segundo se quita el bóxer y se acerca.

—Veamos si consigues controlar esto.

Baja sobre mí, sus manos vuelven a meterse entre el sofá y mi cuerpo para

agarrarme las nalgas, mientras con la pierna se abre paso entre las mías para obligarme a abrirlas.

Su cara está encima de la mía y me roza los labios con los suyos en una tortura lenta y sensual.

—Llevas un buen perfume —susurra haciéndome sentir un escalofrío. Con las manos me recorre la espalda, mientras que mis dedos, casi accionados por una voluntad que no me pertenece, le acarician las cicatrices como si quisiera curarlas.

No presiona el cuerpo contra el mío, parece que intenta no hacerme daño.

Levanta la pelvis para acercarse a mi sexo, la piedra del pubis se mueve y rezo para que no caiga.

Con la mano me agarra un pecho, pero no como las otras veces, ahora tiene cuidado. Con los dedos me acaricia el pezón, es placentero.

—Estás excitada —afirma.

Tiene razón, y me he hecho a la idea. Mi cuerpo ya no sigue mis órdenes y me destruye saber que es justamente el hombre que odio el que me da placer.

Estoy condenada a quemarme en el infierno por esta razón, pero llegará el final y ni él ni yo existiremos.

Agacha la cabeza y empieza a lamerme el pezón.

Es demasiado bonito, mátame ya.

Lleva los labios al cuello, después pasa por la barbilla y llega a la boca mientras sigue acariciándome el pezón con el pulgar.

—Tienes que hacer algo para mí —dice entre un beso y otro—. Tócate y mírame.

Me coge la mano y la lleva hacia el clítoris mientras sigue besándome con hambre. Alarga los dedos y los presiona sobre mi sexo para penetrarlo.

—Así —dice mientras presiona aún más. Dos dedos dentro de mí, “nuestros” dedos, que juntos se mueven poco a poco hasta que los retira.

Me levanta la pierna y con un empujón profundiza en mi interior, gimiendo de placer.

Siento que las piedras se mueven, pero ninguna se ha caído todavía.

—¿Sabes que si quisiera se caerían en un segundo? —insinúa cogiéndome por sorpresa, como si me hubiese leído el pensamiento. Lo miro a los ojos mientras se mueve dentro de mí.

—¿Quieres hacer que gane?

Tras encogerse de hombros y con expresión segura me besa la pierna.

—No lo sé, tengo que pensármelo.

Sus ojos brillan, me devora con la mirada. Un temblor de placer me atraviesa la mente mientras sigue dentro de mí.

—Carlos —gimo posando las manos en sus brazos.

Hay una energía extraña entre nosotros, como la que se produce en la colisión de dos planetas.

Sigue mirándome a los ojos mientras profundiza cada vez más, después suelta la pierna y se pone encima de mí, pero sin apoyar todo el peso. Sus empujones son controlados y profundos, mi cuerpo siente su calor y mis manos lo tocan sin que me dé cuenta.

—Te has convertido en una de mis piedras preciosas —susurra posando la frente en la mía.

Sin parar de mirarnos, el caos invade el vacío como explosiones continuas que se suceden hasta el infinito hasta que todo se calla y quedan solo los gemidos de dos personas que acaban de llegar al culmen del placer, y lo han hecho juntos.

Carlos me besa en el cuello y después esconde la cara.

Miro al techo y pienso que ya no podría caer más bajo. Cada vez sucede lo mismo. En el momento no pienso mucho en ello, pero después de estar con él se me revuelve el estómago y me lleva de vuelta a la realidad.

No solo tengo sexo con la persona que me ha arruinado la vida, sino que siento placer haciéndolo.

Su boca busca la mía, me besa y me mordisquea los labios.

—Veamos si has ganado —dice mientras me observa.

La primera piedra está bajo los pechos, pero todavía sigue en mi cuerpo. La del ombligo no se ha movido y hasta el diamante del pubis se ha quedado en su sitio.

—¡He ganado! —exclamo con sorpresa.

Carlos se levanta, recoge las tres piedras, las pone en la caja y después se vuelve hacia mí.

—Tres preguntas, venga.

Me siento cruzando las piernas y pienso con cuál empezar. Si preguntase dónde está la mina, sospecharía. Tengo que jugar esta carta al final, quizás pueda hacer alguna pregunta para descubrir algo de él para que no sospeche.

—Empieza contándome la historia de las cicatrices —digo, esperando no haberme atrevido demasiado.

En verdad tengo curiosidad por saberlo.

Suspira y después se sienta a mi lado. Junta las manos y pone los codos sobre las rodillas.

—Crecí en un instituto en el que “no apreciaba” las reglas. Durante un tiempo me gané algunas reprimendas, pero un día llegó repentinamente un nuevo director. A partir de entonces y durante años, castigaban cada una de mis rebeliones con más severidad que la anterior.

Su mirada está perdida. Observo cómo junta las manos, veo que los nudillos se le ponen blancos y la mandíbula se le desencaja.

Le han dado latigazos.

Solo era un niño, ¿cómo pudieron hacerle algo así? Todo lo que ha sufrido habría tenido un impacto devastador en la vida de cualquiera. Ahora me explico parte de su comportamiento.

Me acerco a él, lo abrazo y le pongo la cabeza sobre el hombro.

—Haz la siguiente pregunta —me ordena como si se acabara de despertar.

—¿De dónde vienen las piedras preciosas? —le pregunto para ir rápidamente a la cuestión.

—La mayor parte de Mogok, Myanmar, pero también hay otros países que nos proporcionan las piedras sin tallar.

Vale, entonces las tallan aquí. Solo tengo una pregunta y no puedo equivocarme, porque no tendré otra oportunidad.

—El laboratorio está en Pueblo Esperanza, ¿no es así?

—Si por algún extraño motivo se te ha pasado por la cabeza la posibilidad de poner las manos en lo que es mío, te equivocas —dice con rabia girándose hacia mí.

—Puedes saber dónde están, de dónde llegan y dónde terminan, pero no te metas ideas extrañas en la cabeza. Nadie puede ni debe ponerse en mi contra —me avisa con tono amenazador.

—No quiero lo que es tuyo, solo era curiosidad —digo para intentar apagar el incendio.

Se levanta y coge la caja con la mano.

—Voy a darme una ducha, cuando termine puedes entrar tú.

Se aleja dando zancadas mientras sigo sus movimientos con la mirada.

Tengo que hablar con Jack lo antes posible. Hay niños en el pueblo, debe llamar a los refuerzos, un equipo de cinco hombres no será suficiente. Estoy muy preocupada, no sé cómo me garantizará la evacuación de los niños antes de la intervención, pero tendrá que hacerlo.

CARLOS

Veintinueve años antes

Está demasiado oscuro, no puedo ver nada. Tengo frío, ¿por qué estoy completamente desnudo?

Me castañean los dientes, no puedo pararlos y tengo miedo, ¿por qué estoy aquí? Mi madre me dijo que teníamos que ser útiles y me ha ordenado que siguiera al hombre que vino a por nosotros esta tarde. Esta persona le ha dado dinero y después me ha arrastrado cogiéndome del brazo hasta su coche. Me dio de beber agua, después la cabeza me empezó a dar vueltas y me entró mucho sueño.

Tengo mucho frío, jamás había tenido tanto.

La puerta se abre, levanto la mirada y vuelvo a ver al hombre que me ha sacado de mi casa. En una mano tiene una cuerda y en la otra una bolsa.

—Ha llegado el momento de hacerte un hombre, Carlos —dice con maldad.

No quiero convertirme en hombre, solo tengo ocho años.

Bajo la cabeza y me acurruco, escucho que viene hacia mí y por primera vez tengo miedo de verdad.

Le doy un puñetazo a la pared, el chorro de agua camufla el ruido. No tendría que haberlo recordado, ¿cómo se me ha ocurrido hablar del tema con ella?

¿Por qué?

Dejo que la cabeza caiga hacia adelante mientras el agua helada sigue bajando por mi cuerpo, llevando consigo los recuerdos y las emociones. Soy Carlos Gardosa, soy fuerte, el miedo no me toca.

El mantra no funciona, sigo pensando en esa habitación oscura, no puedo borrar el dolor, todavía lo siento hoy. Hacía tiempo que no me sentía así y es por culpa de esa maldita mujer, no debería haber preguntado y no debería haber respondido.

CARLOS

Me paso la mano por la cara y suspiro.

¿Y ahora qué coño hago?

He permitido que entrara en mi vida, le he mostrado mi mundo. No puedo volver atrás.

Me siento traicionado, pero también confuso.

Esa mujer tiene veneno dentro, pero no puedo evitarlo. Es hermética, siempre está controlándose, pero sus preciosos ojos verdes me hablan, y, cuando los miro, veo a mi yo de hace unos años, pero también algo de verdad y profundo que me hace sentir en paz.

Joder, me ha vuelto loco.

Tiro el vaso de ron a la pared y grito.

—*Mierda.*

Tengo que tomar una decisión: ¿torturarla o engatusarla?

¿Qué será mejor para que hable?

Hay algo que falla, es como si faltase una pieza del puzle en esta historia.

¿Por qué yo? ¿Por qué parece que está dispuesta a todo? Cuando entré por primera vez a Villa Halcón, sabía que no era la persona que decía ser, pero he querido arriesgarme para saber sus intenciones. Les he mentado a todos, hasta a Kasandra, diciendo que todo iba bien, pero no es así.

¿Qué le ha empujado a esa mujer a querer ser parte de mi vida?

Necesito las respuestas y me las dará, las quiero.

Tengo que ponerla en un aprieto, probaré por las buenas y veremos qué sucede.

El teléfono me indica que tengo un mensaje, es de Víctor, el jefe de seguridad.

«Ha salido de su habitación y está en el bar».

Aprieto la mandíbula inspirando a fondo.

Calma. Contróláte. No te asustes.

El mantra parece funcionar, espero resistir lo suficiente.

Me he pasado la noche pensando en mil formas distintas de torturarla, la rabia juega malas pasadas, pero ahora soy mejor y no estoy enfadado con el mundo, ahora lo poseo.

Aunque esté intentando mandar todo a la mierda, no le permitiré que lo haga.

¡De ninguna manera!

Todavía no ha nacido nadie que pueda joderme.

VALENTINE

Desde que supe de la nueva entrega no puedo pegar ojo. He intentado ponerme en contacto con Jack, pero no puedo salir de aquí. Ya no hay tiempo y no puedo dejar que me descubran.

—Jack —susurro por el teléfono de mi habitación.

—¿Por qué me estás llamando desde allí, estás loca? —pregunta alarmado desde el otro lado.

—Lo sé, esta vez es algo muy grande. Utilizarán un camión y seré la que abra el camino—digo mirando a mi alrededor.

Me acerco a la ventana y observo el patio, Carlos todavía no ha vuelto.

—¿Cuándo?

—En seis días.

—¡Por fin! Ya estoy en Cuba, no será difícil organizar el equipo. ¿Dónde es?

—En Aguas Claras, pero no sé la dirección.

Le escucho suspirar.

—Jack. Puedes hacer todo lo que quieras, pero tengo dos peticiones a las que no puedes decir que no.

—¿Cuáles?

—El Pueblo Esperanza, te ruego que hagas lo posible para que no le pase nada a los niños.

—Vale. ¿Y la otra petición?

Me agarro a la sábana con fuerza.

—No debe meterse nadie entre Carlos Gardosa y yo.

—No te sigo —comenta confuso.

—Jack, ¿crees que lo he soportado todo este tiempo para dejarlo vivo? Aprovecho su silencio para continuar.

—He decidido morir y arrastrarlo conmigo. Eso destruirá su imperio para siempre, y yo por fin podré ir con mi marido y mi hijo. Solo tienes que prometerme que encontrarás arreglo para los niños.

—¡No puedes hablar en serio! —exclama levantando la voz.

—Nunca antes había hablado tan en serio. Lo decidí en cuanto supe el nombre de la persona que exterminó a mi familia. Hace tres años que espero morir y no te puedes ni imaginar lo lenta e interminable que es esta agonía.

—¡Razona, no puedes hacerlo! Richard no lo querría —protesta en tono bajo.

Escucho voces al fondo, debe estar en un lugar lleno de gente.

—Ni Richard ni Davis habrían querido morir, otro eligió por ellos y tengo que matarlo con mis propias manos.

Jack no comprende lo que significa ver la vida desaparecer en el vacío. Mi hijo no tuvo ninguna culpa, no tuvo tiempo para vivir el mundo, sin embargo, alguien decidió que no lo merecía.

—Está bien, te prometo que los niños estarán a salvo y... De acuerdo, también para lo otro. Intervendremos en la entrega, tú decides cuándo terminar con Gardosa —concluye.

—Adiós, Jack.

Cuelgo la llamada y me doy golpecitos con el teléfono en la barbilla. Veo que la puerta se abre y el coche de Carlos entra.

¿Cuándo será el momento ideal para terminar con esto?

Tengo que pensar rápido y poner una trampa sin posibilidad de escapar.

Pongo el teléfono en la cómoda y salgo deprisa de mi habitación con la intención de llevar adelante esta farsa hasta el ajuste de cuentas. Atravieso el atrio y giro hacia la izquierda para ir al bar, que a esta hora está completamente vacío. Voy detrás del mostrador y elijo una de las bebidas alcohólicas del frigorífico.

Escucho que se abre la puerta y la voz de Carlos avisa a uno de sus hombres que vigile la carga.

—Carlos —lo llamo para que sepa dónde estoy.

Su cuerpo imponente se presenta delante de la entrada de la sala y sus ojos se encadenan a los míos. Se me cierra el estómago en un nudo imposible de deshacer.

—¿Cómo estás?

—Muy bien.

Lo observo mientras se acerca. La tensión es tan intensa que se casi se puede tocar.

Pone las manos en el mostrador frente a mí y me mira con dureza.

—Tengo que hablar contigo. Vamos a mi estudio.

El terror me recorre las venas, el latido se acelera.

Lo sigo sin respirar.

Cruzo el umbral y me pone la mano en la base de la espalda para empujarme dentro.

—Siéntate —me ordena bruscamente.

¿Qué está pasando?

Obedezco en alerta mientras se apoya en el escritorio y coge la única carpeta que hay encima. La reconozco, es la mía.

—Te pedí que me dijeras la verdad antes de que la descubriera yo — empieza a decir con tono duro.

Se me revuelve el estómago mientras la abre, trago cuando saca un folio y me lo da.

Es una foto en la que salgo con los alumnos de mi clase.

Bajo los párpados y suspiro.

Es el momento.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, tiene las manos en jarras.

Lo miro y el corazón se para.

Estoy muerta.

—¿Por qué una profesora de idiomas ha revolucionado su vida de repente para transformarse en una ladronzuela barata? —me pregunta mientras se le contraen los músculos de la cara.

Veo que la rabia le quema como un aura flamígera.

Es hora de terminar con todo esto de una vez por todas.

—¿Cómo lo has conseguido? —contesto, aunque ya conozco la respuesta.

La portada no ha podido permanecer oculta hasta el infinito, sobre todo para alguien como él.

—Eres tú la que me ha facilitado el trabajo. Envié a alguien para que investigase sobre Valentine Harper, pero te has jodido a ti misma cuando de repente te paraste en el local de Miami —me dice con tono amenazador.

Apoya las manos en el reposabrazos del sillón en el que estoy, amenazándome.

—Ahora dime, Jennifer Blain, ¿qué coño haces aquí y qué quieres de mí?
—me dice haciéndome sobresaltar.

Llegados a este punto sería inútil seguir fingiendo, no creería ninguna de las opciones que tengo en mente.

Le pongo la mano en el pecho y lo empujo mientras me levanto. Asombrado, me mira cuando rodeo el escritorio.

Si no recuerdo mal, debería tener la pistola enganchada bajo el cajón central. Me siento en el sillón y el corazón se acelera como loco.

La tortura está a punto de terminar.

—¿Te recuerdo lo que hiciste el 21 de julio de hace tres años? —le pregunto. Tengo la boca seca y el nudo del estómago crece.

—Dímelo tú, visto que parece saberlo. Ilumíname —me presiona manteniendo la distancia.

Me inclino hacia adelante intentando que no se me note.

—Destruiste mi vida —le digo mientras saco el arma y la sujeto con las piernas.

Frunce el ceño, confuso.

—¿Tu vida? ¿Yo?

—Ni siquiera sabía que existías, ¡pero tú me lo arrebataste todo! —exclamo al límite de la desesperación.

—No me gustan las adivinanzas, habla claro —contesta con enfado dando un golpe en la mesa con las manos.

Quito el seguro muy lentamente para que no sospeche nada.

—Carlos Gardosa ama a los niños, pero no se lo pensó dos veces cuando se trató de mi hijo —escupo con desprecio.

Tienes que morir, monstruo.

Abre los ojos de par en par y retrocede un paso.

—¿Te has vuelto loca? Yo no asesino, y mucho menos a niños.

Parecía confuso, pero sé que está mintiendo, conozco la verdad.

—Tendría que haber muerto también junto a mi marido y mi hijo, ¡pero salí de casa para comprar vino y al volver había perdido todo! —grito a más no poder.

—¿Pero de qué cojones estás hablando? ¡No he matado a nadie! —protesta también gritando.

—No mientas, estúpido. Mi marido estaba investigando sobre tu tráfico, era un fiscal excelente y sabía que te incriminaría.

Me quema la garganta, me tiemblan las manos.

Intenta acercarse, pero la pistola con la que le apunto le hace desistir de inmediato.

—Quédate donde estás.

Carlos ladea la cabeza y me observa.

—¿Por qué estás aquí, Jennifer?

—Llevo esperando este momento tres años —digo acariciando el gatillo—. Me he entrenado, he vivido como una delincuente, he aprendido a aceptar toda la mierda con un único propósito: matarte.

No parece estar asustado, se limita a sostener mi mirada.

—¿Has pasado tres años elaborando un plan para matarme? —pregunta pensativo mientras se masajea la barbilla—. Sorprendente —continúa, mordiéndose el labio inferior—. Es una verdadera pena que hayas malgastado tantas fuerzas odiando a la persona equivocada, porque no fui yo el que mató a tu familia. Te lo repito: nunca haría algo así.

—Vamos, Carlos —ríe amargamente—, ningún culpable confesaría sabiendo que, si lo hiciese, firmaría su sentencia a muerte.

Respondió sentándose para ponerse cómodo.

—Puedo ser culpable de muchos crímenes, pero no de esto —dice con seguridad—. Siéntate, Jennifer, hablemos de ello —continúa, señalando la silla a su lado.

¿Cómo logra mantener el control hasta en esta situación? Me esperaba súplicas, una reacción de miedo, pero no esto.

—Eres tú la que me está apuntando con una pistola, podrías perder otros cinco minutos, ¿quieres?

Tiene razón, pero no le veo el sentido. Decido hacerlo sin dejar de apuntarle a la cabeza.

—Háblame de tu marido y de tu hijo —dice mirándome a mis labios arrugados.

—Ya lo sabes todo, no hagas como si nada —contesto con impaciencia.

Está perdiendo tiempo.

—Si no te importa, me gustaría escuchar tu historia —insiste cerrando la mandíbula. Con los dedos tamborilea en los reposabrazos, lo que aumenta mi nerviosismo.

—Richard Williams, fiscal de distrito —digo mientras el nudo del estómago se vuelve insoportable.

Une las manos bajo la barbilla y me observa.

—Sé quién era.

Lo ha admitido, esto ya es algo.

—Claro que lo sabes, lo has matado tú —respondo echándome hacia adelante.

La rabia aumenta, siento que me pesa la cabeza y empiezo a no aguantar las punzadas en el pecho.

—Yo no lo he matado —insiste—. Conocía a Richard porque, junto a su socio, era una de las muchas personas que colaboraba conmigo.

Me quedo petrificada, pero siempre en alerta.

Es una mentira, una de las peores.

Me dan escalofríos y el corazón empieza a latir como loco.

—Estás mintiendo. Era un hombre de bien, con valores. Jamás elegiría tener nada que ver con uno como tú.

Frunce el ceño y después ladea la cabeza.

—Te sorprendería saber cuántos hombres virtuosos están en realidad marchitos.

No es verdad, solo está intentando confundirme.

—Mi marido nunca lo habría hecho, ¿eres un mentiroso! —grito sin poder evitarlo.

Rechina los dientes y después se pasa la mano por el cuello, levantando la cara hacia el techo.

—¿No me crees? Abre el mueble que hay detrás de ti, segunda puerta, tercera estantería desde abajo. Encontrarás una carpeta naranja llamada Contabilidad.

No puede ser verdad.

—Solo quieres distraerme, ni lo intentes.

Me mira y después se echa hacia adelante.

—No necesito distraerte, te estoy diciendo la verdad. Tienes que verlo con tus propios ojos para darte cuenta.

Su tono es frío y controlado, el silencio llena la habitación y los segundos pasan lentamente.

¿Por qué no me levanto y cojo la carpeta? ¿De qué tengo miedo? Conocía a Richard, jamás haría algo así. Era distinto.

Sin embargo, dentro de mí una voz insiste hasta que miro el armario.

Sigo teniéndolo a tiro y con la otra mano abro la puerta del pueblo. La carpeta naranja resalta por el color encendido. La cojo y la abro, pero mantengo los ojos apuntando a Carlos.

—No se puede conocer del todo a las personas, cada uno de nosotros tiene

un lado oscuro —suspira.

Cojo el primer folio y empiezo a ojearlo sin dejar de controlar la situación.

En el momento en el que leo los datos del registro de mi marido, junto a una lista infinita de compensaciones, mi alma se hace polvo.

No puede ser verdad, estoy alucinando.

Incrédula, aparto la mirada de Carlos al folio.

Un párrafo en negrita me llama la atención:

Richard Williams – reuniones para la asignación de encargos

Se han visto y han hablado.

Están las fechas y las horas, pero el lugar siempre es el mismo.

Villa Halcón.

13.02.12 a las 10 a. m.

Los recuerdos cobran vida.

«Amor, tengo que irme por trabajo, solo estaré fuera dos días».

Villa Halcón

23.08.12 a las 12 a. m.

No puedo olvidarme del episodio en el que me dejó sola en el complejo turístico durante tres días.

«Richard, estamos de vacaciones, nada de trabajo».

«Lo sé, pero no puedo encargárselo a nadie, tengo que ocuparme personalmente».

Villa Halcón

09.03.13 a las 10 a. m.

Uno de sus viajes improvisados. Decía que estaba siguiendo un caso importante. Me habría imaginado de todo, menos que vendiera su conciencia.

Estaba nervioso y en ese periodo discutíamos a menudo, sobre todo por sus

ausencias. Recuerdo que mencionó algo al respecto de unas búsquedas que tendría que haber hecho personalmente, aunque no fuese su deber.

Villa Halcón

30.11.13 a las 5 p. m.

Se ausentó durante cuatro días, y cuando llegó a casa parecía haber envejecido.

Me dijo que el caso se había resuelto finalmente.

Le creí porque a los pocos días volvió a ser el hombre al que había aprendido a amar.

El hombre que menos de un año después me arrancarían.

Miro a Carlos, tengo la vista nublada. No puedo creer que estoy llorando delante de él.

Me seco rápidamente las lágrimas y recupero el control, al menos en apariencia.

En mi interior grito de rabia, me quema el cuerpo, tengo la garganta seca y mi voz sale como un susurro.

—¿Por qué decidiste matarlo? ¿Ya no quería trabajar para ti?

Desesperado, se golpeó las rodillas con las manos.

De repente me levanto y me aferro más a la pistola para volver a tenerlo a tiro.

—No he matado a tu marido. Métetelo en la cabeza. Yo colaboro, no mato a nadie. De un día a otro no volví a tener noticias tuyas y para mí se acabó el asunto. Él y su socio eran mi pase para Miami y te aseguro que les pagué muy bien, fin de la historia.

—¿Quién era el socio? —pregunto acercándome con cuidado.

—Jack Araiza —responde con un suspiro.

El mundo se desmorona. Yo me desmorono, las piernas ceden y me encuentro de rodillas. Todavía tengo la pistola en la mano, pero ya no le apunta.

—Las cicatrices del cuerpo no son nada frente a las del alma, ¿verdad, Jennifer?

Mis convicciones se agrietan y dejan de existir.

No conocía a mi marido y nunca conocí a Jack. Lo sabía, él me dijo que era Carlos, me condujo hasta aquí.

Grito, estoy fuera de mí. No sé cuál es la verdad.

—Mi hijo —digo sollozando—. Él no tenía nada de culpa, pero pagó por los errores del padre.

Dos brazos me levantan para ponerme en pie.

—¿Quién te dio mi nombre? —me ordenó con tono severo.

Lo miro a los ojos y ya no sé quién soy.

—Jack, él fue el que me llevó a ti. Quería mirar al culpable a la cara y matarlo, le pedí que me hiciera una identidad falsa y que me enseñara a ser una de vosotros.

Carlos me obliga a sentarme en el sillón y la niebla empieza a disiparse.

—Tú sigues siendo el culpable —afirmo, destruida, apuntándole con la pistola al pecho.

Ruge y extiende los brazos.

—¡Dispárame, joder! Termina con esto, haz que tu alma descanse en paz. Mátame si te hace sentir mejor, pero no he matado a tu familia.

Coge la pistola y se la lleva al pecho.

—Tú mueres, yo muero, este es mi plan —le digo sosteniendo su mirada.

—Destruyeme, llévame contigo —contesta con seguridad, confundíendome todavía más.

¿Cómo puedo matarlo después de lo que he descubierto? Ya no estoy segura de que lo que creía fuese verdad. He estado rodeada de mentiras durante tanto tiempo que ya no sé distinguir lo falso de lo verdadero.

—Decídette, Jennifer. ¿Qué quieres?

—¡Quiero la verdad! —grito.

—Te la daré, pero con mis condiciones —dice, todavía tiene la pistola en el pecho.

La tensión está en su punto más álgido, mi cuerpo está hecho de cemento, no reacciona.

Aprovecha la oportunidad, de repente me gira y después me bloquea cogiéndome por la cintura con un brazo.

Pataleo, grito y lucho.

Un momento: todavía tengo la pistola en la mano.

Le miro la pierna y disparo. El golpe retumba, él grita y algo me da en el cuello, haciendo que pierda el conocimiento.

JENNIFER

La habitación está vacía y sucia. Tengo la boca amordazada y las manos atadas por encima de la cabeza con una cadena larga enganchada en el techo. Solo hay una silla y está ocupada por un hombre de Carlos.

Lo miro mientras coge el teléfono del bolsillo de los pantalones, pulsa dos veces en la pantalla y se lo acerca al oído.

—Se ha despertado —dice sin perderme de vista mientras permanece a la escucha.

Este no era el fin que había previsto, pero sé que moriré pronto. Me duelen mucho las muñecas, como si tuviese herida la piel. Levanto la mirada y me doy cuenta de que es así. La sangre me baja lentamente por los brazos.

—Está bien —dice el hombre colgando la llamada, después se levanta y sale de la habitación.

Los minutos pasan mientras intento liberarme, pero no puedo. Cierro los ojos y dejo caer la cabeza hacia adelante, resignada a mi destino.

Me siento mal. No me quiero imaginar las torturas que tendrá Carlos en mente para mí.

La puerta se abre de nuevo, pero no tengo la fuerza para mover ni un solo músculo. Escucho pasos, hay más personas. Alguien se agacha hasta llevar la cara a pocos centímetros de la mía. Levanto la mirada y me encuentro con los ojos azules y profundos de Carlos.

Me pongo furiosa. La rabia se desencadena.

—¡Te mato!—grito dándole una patada—. ¡Eres un desgraciado!

No se intimida, se acerca de forma amenazadora y me coge de la barbilla.

—No. Me. Importa —pronuncia lentamente.

—Vete al infierno, Gardosa —le digo mientras me sujeta la mandíbula con fuerza, hundiendo las uñas en la carne.

La rabia toma forma en mí.

—Has matado a mi familia y ahora me quieres hacer creer que no es así. Has matado a mi hijo, joder. Tú, la misma persona que ha construido el pueblo para esos niños.

Me quema la garganta y la cabeza me duele, mientras tanto, me suelta y me coge del pelo para obligarme a mirar hacia la puerta.

—Ha llegado el momento de aceptar la realidad, Jennifer.

Jack está en el umbral y apenas se puede poner de pie. Dos de los hombres de Carlos lo tienen bien sujeto.

Tiene las manos atadas a la espalda y un ojo hinchado y morado. Tiene el labio superior roto y sangriento, la ropa raída y manchada de sangre.

Carlos me suelta, coge la silla y la arrastra delante de mí haciéndola chirriar por el suelo.

—Vamos, Jack, acomódate y dile la verdad —le ordena poniéndose a mi lado.

Por un lado me da pena, pero por otro lado lo odio por no haberme dicho nada.

—No tengo todo el día. Habla, de lo contrario te vuelvo a llevar allí para seguir desfogándome contigo —lo amenaza el *diablo*.

Los dos hombres arrastran a Jack a la silla y después dejan la habitación. Ahora solo estamos nosotros tres.

—Jennifer —me llama. No puede hablar, está fatal.

Cuando se cruzan nuestras miradas me recorre un escalofrío de terror, tengo la impresión de que está a punto de decirme algo que no me va a gustar. Será doloroso y destructivo como el resto de esta historia.

—Me has mentado. Richard y tú trabajabais para este... —me interrumpo, me da rabia no saber cómo definir a Carlos, que está de brazos cruzados y asiste en silencio.

—Eras el cebo perfecto. Furiosa con el mundo y dispuesta a todo para vengar la muerte de tu marido y de tu hijo —responde Jack con la mirada perdida.

¿El cebo perfecto? ¿Por qué quería destruir a Gardosa? ¿Cuál es el verdadero propósito de todo esto?

Mi corazón tiembla y sufre otro golpe. Mi alma se arrodilla.

Siento que me pesa la cabeza y la confusión aumenta.

—Siempre sostuviste que fue Carlos el que mató a mi familia. Dime que es la verdad, Jack.

Me mira, pero no responde.

El pecho me quema de forma inverosímil y el latido se acelera como loco mientras agarro las cadenas que me atan.

Nada de lo que me han dicho hasta hoy es verdad. He perdido tres años de mi vida detrás de alguien que no es el culpable. He ido contra mis principios para vengarme, y ahora la verdad explota como una mina haciéndome saltar por los aires.

Me he equivocado en todo.

—Dilo, joder. ¡Dime que todo lo que me contaste era verdad! —grito echando con furia hacia adelante el cuerpo.

—Vamos, Jack, díselo —lo incita Carlos.

Su mirada pasa de Jack hacia mí y por alguna extraña razón nos miramos durante varios segundos. Hay algo distinto en él, no tiene el ceño fruncido de siempre, parece apesadumbrado.

—Carlos no es el culpable —responde Jack en un murmullo.

—¿Te han torturado y obligado a decírmelo? —le pregunto con incredulidad.

—Era un plan perfecto —responde, asumiendo una expresión que no me gusta. No parece el Jack que estos últimos años me ha reconfortado dándome ánimos para continuar. El hombre que tengo delante es un completo extraño.

Jack, aterrorizado, mira a Carlos, mientras que este último se encoge de hombros.

—Que sepas que voy a liberarla, decide tú si confesar ahora o después, pero no saldrás de aquí hasta que no sepa la verdad —le dice con seriedad.

—¿Qué verdad, Jack? —pregunto, llamando la atención de los dos hombres.

No responde, Carlos suspira y se acerca a mí.

—Debería tenerte atada de por vida por haber intentado dispararme —dice en tono serio mientras desliza las manos por los brazos hasta llegar a mis muñecas—. Cuando termine todo esto, pregúntate por qué te estoy dando a elegir, Jennifer —susurra a un milímetro de mi cara.

Me libera y después pone las manos en mis hombros, mirándome a los ojos.

—Tienes el infierno dentro de ti, nadie puede entenderte mejor que yo, pero piénsalo, no dejes que la rabia te arruine para siempre —continúa.

—Es todo tuyo —dice señalándolo con la mano antes de hacerse a un lado. Él sabe algo que yo no, me ha liberado porque sabe que está a punto de

desencadenarse el infierno.

Jack traga.

Permanezco donde estoy mientras me masajeo las muñecas.

—Dime quién ha matado a mi familia, Jack —lo amenazo mirándolo a los ojos.

Veo el terror.

—Davis no tendría que haber muerto, lo siento mucho, Jen —murmura cerrando los ojos.

Veo el dolor.

—Richard había cambiado, seguía aceptando colaboraciones con personas de todo tipo, le dije que parara.

Avanzo hacia él unos pasos y Carlos se aparta.

—¿Todo por dinero? —le pregunto bajando a su altura.

—Llevabais una buena vida, teníais una casa bonita, un coche de gran cilindrada y hacíais viajes. El dinero no crece de los árboles, Jen —respondió.

Me yergo y pongo los brazos en jarras.

No conocía a mi marido, lo que tengo claro es que era un mentiroso.

—Todavía no has respondido a mi pregunta. ¿Quién mató a Richard y a Davis? —lo presiono de nuevo.

Se apoya en el respaldo, se ha dado por vencido.

—¿Por qué la has liberado? —pregunta dirigiéndose a Carlos.

—¿La has visto? Mira cómo está por tu culpa —contesta con firmeza.

Tengo centrada la atención en Jack, pero sigo teniendo un ojo puesto en Carlos. Estoy confusa, ¿por qué me está ayudando sabiendo que tenía la intención de matarlo?

—Richard quería meter las manos en una carga, cada vez quería más dinero, le gustaba la buena vida y no tenía la intención de parar —empieza a decir Jack—. Nos habíamos pasado meses elaborando un plan, y después... —se bloquea y escupe al suelo con rabia.

—¿Después qué? —le digo desesperada.

—Nunca fue el hombre perfecto que hacía creer a todos. Sé cosas de él que ni siquiera te puedes imaginar, Jennifer. Para meterle mano a esas piedras estaba dispuesto a engañarme a mí, su mejor amigo, el único que le había cubierto las espaldas en las meteduras de pata.

—¡Ve al grano, Jack! —le interrumpo.

Tengo el derecho de saberlo.

—Supe que había algo extraño cuando dos días antes de la entrega dijo que quería dejarlo. Pero no era tan listo. No me llevó mucho tiempo descubrir que tenía otro plan, lo quería todo para él, tuve...

Sacudo la cabeza y me la cojo con las manos.

—¡Jen, te juro que Davis no tendría que haber muerto! —grita desesperado.

—Tú —le digo apuntándole con el índice—. ¡Has sido tú! —grito al conocer la verdad.

—¡Has matado a mi hijo! —chillo a más no poder abalanzándome sobre él.

Le doy un puñetazo en la cara, me duele la mano, pero no me paro ahí.

—Has matado a mi hijo —sigo repitiendo mientras le pego descargando toda la rabia sobre su cuerpo hasta hacerle caer al suelo.

No he terminado. Lo cojo y lo vuelvo a poner en la silla.

Le cojo la cara con las manos y lo miro a los ojos.

—¿Qué había hecho mi hijo? Nada. Acababa de empezar a vivir —murmuro sin fuerzas—. ¿Cómo has podido matar a un niño? ¿Cómo pudiste matar a tu amigo?

No responde, lo que desencadena en mí una furia descontrolada. Le doy un puñetazo directamente al estómago y se inclina hacia adelante.

—Duele, ¿verdad? El dolor te impide respirar, ¿no es así? Yo he vivido con dolor durante tres años, idiota. ¡Hace tres años que morí con ellos! —sigo gritando.

—Tendrían que haber matado a Richard, no al niño —intenta justificarse mientras se agacha para evitar mis golpes. Invasión por la cólera, lo tiro al suelo. Grito mientras lo muelo a patadas sin parar, pero el tormento que siento en el pecho no disminuye. Pensé que si me encontraba cara a cara con el culpable de mi desesperación pararía de sufrir, pero no siento alivio alguno.

La verdad, si es que es posible, duele todavía más.

Richard, poniendo en peligro a su familia, eligió deliberadamente colaborar con quien tendría que ir a la cárcel.

Carlos no es un inocente, pero no ha matado a mi familia.

Me he pasado años odiando a alguien que no tenía nada que ver. Me he anulado a mí misma escuchando los consejos del verdadero asesino.

Me dejo caer sobre las rodillas, exhausta, mientras miro cómo el cuerpo de Jack se contorsiona por el dolor.

—El monstruo siempre ha estado a mi lado en la piel de un amigo fiel — digo con la rabia recorriéndome las venas como si fuera la misma sangre.

—Mi hijo es la única víctima de toda esta historia y tengo que darle justicia —sentencio con la mirada perdida—. Morirás, Jack, pero lo harás lentamente, porque quiero que sientas el dolor que he sentido yo. Rogarás para que todo termine rápido, pero ten por seguro que eso no va a suceder. Tienes que sufrir y vivir el mismo infierno al que me has arrastrado.

Apoyo las manos en el suelo para acercarme a él, tengo los ojos inundados por las lágrimas.

—Me has arrebatado la cosa más valiosa que tenía, la razón por la que vivía: mi hijo. Nadie podrá devolvérmelo. Me has obligado a marchitarme.

Me dirijo hacia Carlos, que me mira con expresión tensa.

Nuestros ojos hablan, el vacío que tengo en el corazón se llena con una luz rosa que solo él sabe trasmitirme.

—Eres la última persona a la que debería pedir un favor, pero eres el único que puede ayudarme.

Le pido ayuda a él porque estoy desesperada, pero no me extrañaría si se negase.

Carlos no se descompone, pero suspira.

—No lo hagas —responde como si ya supiera mis intenciones—. Tendrás que convivir con ello durante toda la vida —continúa.

Me levanto y me armo de valentía. Me acerco para ponerme delante de él y levanto la mirada.

—No puedo volver atrás, no puedo borrar lo que he hecho y quiero darle sentido a todo. Entré en tu vida para matarte y acaba de una vez por todas. Me pasé tres años consciente de que estaba muerta, Carlos. No sentiré ningún arrepentimiento porque ya no siento nada, solo un dolor sordo y continuo que me perfora el alma.

Con el ceño fruncido, se pasa la mano por el cuello.

—¿Quieres una pistola? —pregunta.

Sacudo la cabeza con un brillo en los ojos.

—Quiero verlo sufrir, escuchar sus gritos, sus súplicas. Quiero verlo morir lentamente, quiero que sufra —le digo acercando la cara a la suya.

—Los dos estamos destinados al infierno, ¿lo sabes?

—Me han obligado. ¿Y tú, Carlos?

—No lo elegí —contesta—. Dime qué tienes en mente para él.

Sostiene mi mirada y siento que algo incandescente nos une. Estoy

bailando con el *diablo* y parece que me gusta.

—Llévalo con Shiva —le digo con determinación.

No parece estar de acuerdo.

—No puedo, después se convertiría en un problema. Atacaría a cualquiera que se le acercara. Mi tigresa es como un perrito adiestrado.

—¿Puedes encontrar una alternativa? —le pregunto en voz baja.

—Sí —responde pensativo—, pero quiero que tengas clara una cosa: no te va a hacer estar mejor. Quizás sería mejor llevarlo a las autoridades, si quieres podríamos hacer que entrase en la prisión aquí en Cuba, pues no es un camino de rosas. Sobre todo si descubren que ha matado a un niño.

Me coge la cara con las manos y me seca las lágrimas con el pulgar. Me sorprende que lo haga con dulzura. Desde nuestro primer encuentro, mi corazón me da un vuelco cada vez que me toca, y parece que lo sabe.

—Créeme cuando te digo que no estarás mejor. Debes aprender a convivir con tu dolor y, sobre todo, debes volver a vivir, Jennifer —susurra acercando los labios a los míos.

¿Por qué no me rebelo? Sé que va a besarme. ¿Cómo consigue comportarse como si nada después de decirle que lo habría matado?

—Piénsalo, busca dentro de ti y encuentra la respuesta —me roza los labios con los suyos mientras permanezco inmóvil aguantando la respiración.

Su beso no se hace esperar.

—¡Qué bonita escena! —exclama Jack con sarcasmo—. Solo eres un puta, como el idiota de tu marido —continúa para interrumpirme—, ¿Cuántas veces te has ido a la cama con el que creías que era el asesino del pequeño Davis? ¿Te atreves a juzgarme cuando tú has vendido el alma al diablo? Dime, Jen, ¿lo haces porque te da más placer que mi amigo? Tiene que ser así, ¿o estás pensando en reemplazar a tu hijo con uno de este imbécil? Si me hubieras dicho que necesitabas que te echaran una mano, te habría ayudado con gusto —concluye con una risa histérica.

Sus palabras me hacen sentir escalofríos.

No me doy la vuelta, pero Carlos sí. Lo mira con enfado mientras la comisura de la boca se levanta para sonreír, y no es una sonrisa cualquiera. Cuando lo hace, solo se puede sentir miedo.

Se acerca a Jack y después se apoya sobre una rodilla.

—Te ríes porque en la cárcel no vas a parar de llorar, rogarás que venga pronto la muerte a buscarte, pero no será así. Llegará un día en el que ya no

lo resistirás y te quitarás la vida. Y ese día brindaré, porque será un día de celebración.

Su voz profunda y la crueldad que infundían las palabras me aliviaron de forma inesperada.

¿Cuán corrupta se ha vuelto mi alma cuando empiezo a apreciar hasta las amenazas?

—Carlos —lo llamo. Se da la vuelta enseguida—. Haz todo lo que esté en tu mano para hacerle la vida imposible. Vivirá, pero debe arrepentirse cada segundo.

Se levanta y viene hacia mí.

—Vamos a beber algo fuerte. Dile adiós, porque ya no lo vas a volver a ver.

Mis ojos navegan en los suyos y después miro a Jack.

—Espero que sufras y que puedas pagar por lo que has hecho por toda la eternidad.

Carlos me pone una mano en la espalda y me empuja hacia la puerta.

Una vez fuera, intercambia unas palabras con sus hombres. Subimos las escaleras y para mi sorpresa salimos del sótano de la villa.

Nunca había dejado este lugar.

Tardamos poco en llegar al bar y Adrián nos da la bienvenida preocupado.

Estoy confiando en Carlos, no sé por qué, pero estoy convencida de que hará exactamente lo que ha dicho.

Nos sentamos en los taburetes. Carlos se quita la chaqueta y después se dirige a su amigo.

—Necesitamos algo fuerte, sé generoso con la dosis.

No digo nada, no sabría qué decir.

Me pregunto qué intenciones tiene. No creo que salga de rositas, seguramente esté pensando en un castigo justo. Excluyo la hipótesis de que me deje salir de aquí. Sé demasiado sobre su vida y de sus actividades. Quizás decida arrestarme a mí también.

—Jennifer —me llama para darme un vaso lleno hasta el borde.

Me resulta extraño verle pronunciar mi verdadero nombre, siento un escalofrío atravesarme el cuerpo.

El color ámbar del ron resalta mis manos llenas de sangre.

Me mira las muñecas.

Suspira.

—¿Brindamos? —pregunta para mi sorpresa.

—¿Por qué?

—Primero, porque ahora sabes la verdad. Segundo, me alegra seguir con vida —hace una mueca y después continúa—: Tercero, por primera vez has pasado por un mal rato y no te has controlado.

Tiene demasiada razón, joder.

Los vasos tintinean al encontrarse y ambos bebemos el contenido de un trago.

El calor alcohólico se propaga desde la garganta hasta el estómago.

—Más, Adrián —le ordena Carlos pasándole mi vaso.

Veo la confusión del camarero, que como es natural no sabe qué está pasando.

—Bebe.

Me gustaría decirle que ya no recibo órdenes tuyas, pero hasta que no sepa qué tiene preparado para mí, será mejor obedecer.

Esta vez el ardor es menos intenso, mi cuerpo empieza a relajarse, el alcohol está entrando en circulación.

—Adrián, déjanos la botella, ve a divertirte, amigo, y avisa a los otros que no entren aquí por el motivo que sea —dice posando el vaso en el mostrador.

Ya está. Vamos a rendir cuentas.

Adrián se limpia las manos con el trapo y sigue mirándome con expresión de preocupación mientras rodea el mostrador. El silencio cae sobre nosotros cuando sale cerrando la puerta grande.

—Háblame de tu hijo —me dice mientras rellena de nuevo los vasos. Luego me mira.

—Davis era un niño muy dulce. Testarudo como su madre, seguro de sí mismo y muy curioso —le cuento. Se me hace un nudo en la garganta.

—¿A quién se parecía? —pregunta. Luego añade—: Bebe.

Me bebo el tercer vaso, también de un sorbo. La cabeza me empieza a dar vueltas, pero el nudo se me deshace.

—Tenía mis ojos, pero por lo demás creo que se parecía al padre.

—Si tenía tus ojos tendría que ser muy guapo —comenta, luego mira las botellas y continúa—: Has estudiado idiomas, podrías haber elegido entre muchas oportunidades de carrera, pero decidiste enseñar a los niños. ¿Por qué?

Cojo la botella y lleno de nuevo el vaso. Sigue mis movimientos con la mirada.

—Siempre me han gustado. Representan la pureza, la parte inocente de nuestra vida.

—Háblame de ti. ¿Quién era Jennifer?

Vaya, ha tocado donde duele.

¿Quién era?

—Estoy esperando —insiste.

Me encojo de hombros y me dejo llevar aunque me duela recordar.

—Vivía en mi mundo. Me gustaba hacer de todo porque siempre había pensado que la vida era demasiado corta como para no vivirla. Me encantaban los animales, los niños, me gustaba cantar en casa mientras limpiaba. Nunca fui materialista, las cosas que tenía eran especiales. Hace un tiempo siempre sonreía, era feliz... A veces era muy pesada. Más bien era testaruda, cuando se me metía algo en la cabeza nadie me podía parar —dejo de hablar para evaluar su expresión. Su cara brilla, parece que está relajado—. Me gustaba beber vino viendo la puesta de sol, me gustaban los deportes extremos porque me daban una buena descarga de adrenalina, ¿y qué más? Ah, sí, me gustaba cocinar, me relajaba.

Me siento expuesta. Nunca había hablado de mí misma, de mi verdadera yo.

Me bebo otro vaso y después hago un chasquido con la lengua.

Me siento más ligera, la tensión parece haberse desvanecido.

—A ti también te gustan los niños. Lo que haces por el Pueblo Esperanza es fantástico —comento para cambiar de tema. Echo más ron en el vaso porque necesito emborracharme para olvidar, al menos durante algunas horas, la situación en la que me encuentro.

Se gira hacia mí y bebe poco a poco, devorándose con la mirada. Se lame los labios al dejar el vaso en el mostrador y se acerca con el taburete.

—Los niños nacen sin culpa, pero deben pagar toda la vida los errores que cometen los adultos. En el pueblo intento construir un ambiente sano donde puedan crecer tranquilos. Un día serán hombres y mujeres honestos, y estaré orgulloso de ellos.

Se me alegra el corazón, las palabras me han dado de lleno.

—¿Cómo era Carlos de niño?

Parece que va a decir algo, pero se detiene. Sus ojos se apagan y pierde la luz que le hacía ser un ganador.

¿Cuánto dolor habrá tenido que soportar en el pasado?

—Háblame, porque me he pasado tres años odiándote en silencio, cierra

mi dolor. Esa noche perdí mis emociones y me anularon, ¿lo entiendes? Necesito afrontar una conversación de verdad, una que tenga sentido —le suplico bajando la mirada.

Se frota las manos en las piernas y suspira.

—Carlos era un niño que no tenía juguetes y pasaba los días en mitad de la calle en los peores barrios de La Habana.

De repente levanto los ojos para mirarle. Rechina los dientes y entiendo que no quiere seguir, no me contará nada más. Mi cuerpo razona por sí mismo, le cojo la mano y me inclino hacia él.

—¿Qué pasó, Carlos? —insisto con el pulso acelerándose.

Solo él me ha despertado del letargo.

Respira a fondo y cierra los ojos. No puede mirarme.

—A la edad de ocho años, mis padres me vendieron. Necesitaban dinero y era su única fuente de ingresos. No se lo pensaron dos veces, vendieron a su único hijo por poco más de 2000 pesos.

Dios mío.

El vaso se me resbala de la mano y cae al suelo haciéndose mil pedazo.

Vendido por quienes debían amarlo y protegerlo.

Se me encoge el corazón, me duele. Le veo con ocho años, asustado y extrañado, llorando en una esquina, gritando y suplicando.

—El hombre que me compró tenía planes bien definidos, pero no lo entendí hasta que llegamos a una casa sucia donde había otros niños.

El corazón me late con fuerza, lo siento en la garganta.

Abre los ojos, me mira y dice:

—Solo era un niño, pero perdí muy pronto el control de mi vida y de mis sentimientos, me ahogué en mi dolor y descubrí lo crueles que podían ser las personas.

No hace falta que me diga por qué estaba allí. Lo he entendido. En este momento me gustaría tener delante a quien le hizo esto; la rabia, mezclada con la tristeza, me provoca una reacción inesperada.

Me lanzo sobre él con tanta violencia que le hago tambalearse, lo abrazo con fuerza y escondo la cara en su cuello y rompo a llorar sin poder evitarlo. Llora por él y por mí, por todo lo que he perdido y en lo que me he convertido. Me abraza durante un rato que me parece infinito.

No hablamos, frente al horror no sirven las palabras.

—Acompáñame, bebe conmigo —me pide apartándome el pelo de la cara.

Me da directamente la botella, bebo un trago grande y hace lo mismo.

—Eres la única persona que sabe esta parte de mi pasado. No entiendo por qué, a pesar de todo, me fío de ti —dice antes de seguir bebiendo.

La idea lo asusta, veo que su mirada ha cambiado.

Llevo la mano a su cara y con el pulgar le acaricio los pómulos.

—Abre la boca —susurra mientras acerca la botella—. No tragues —me advierte.

Hago como me pide y me vierte el ron entre los labios mientras se acerca. Me besa el labio inferior, me pone la mano detrás de la nuca y me tira hacia sí. El líquido se escurre en su boca y se mezcla con nuestra respiración. Le sigo acariciando la cara con las manos y el beso se vuelve fogoso hasta explotar, como la botella que cae al suelo.

Carlos se pone de pie y me apoya en el mostrador.

—Estoy enfadado contigo, y mucho —me dice besándome el cuello—. Me gustaría destruirte, pero eres indestructible porque eres como yo.

Me vibra el cuerpo, mi mente sigue gritándome para que escape, pero me quedo.

—Ahora tenemos un problema —me susurra mordiéndome la oreja.

—Estamos fuera de control —apenas se escucha mi voz.

Me mira a los ojos mientras me pone las manos sobre la camiseta sucia.

—Así es. Ninguno de los dos tiene ya el control de la situación —comenta arrancándome el tejido de un solo movimiento.

Un instinto primario, animal y salvaje se apodera de mí. Mis manos se deslizan bajo su camisa, cogen el borde y la arrancan, haciendo saltar los botones.

Sonríe complacido.

—Enséñame que tienes dentro —me incita mientras sigue desnudándome. Trasteo con el cinturón de los pantalones hasta liberarlo.

—Estamos borrachos —le recuerdo.

Sus manos me recorren el cuerpo, al llegar a las nalgas se para y me las agarra con fuerza.

—Lo estamos —siento su respiración cálida en la cara—. ¿Paramos? —me pregunta atrayéndome hacia sí.

No conozco la respuesta. No soy capaz de razonar.

—Sígueme en el oscuridad —continúa mientras me mete las manos entre las piernas, donde el tejido del tanga es lo único que lo separa de mi sexo.

—Nos han matado —digo aferrándome a sus hombros.

—Pero ahora eres mi ángel.

—Y tú mi *diablo*.

Me arranca el tanga y sonrío satisfecho sin apartar la mirada de la mía.

—Estás jodida, ángel.

Así es. He perdido, me he rendido a él.

No tendría que haber sucedido, pero solo por esta noche le daré lo que poseo.

—¿Confías en mí? —susurra.

No respondo.

Siento su respiración en la cara. Me toca el pecho con las manos y me aprieta los pezones con los dedos.

—Dime que confías en mí.

Su voz se desliza por mi piel, como una cubierta suave y acogedora.

—Sí —admito jadeando en su boca.

Me muerde el labio y sigue bajando hasta el pecho. Me lame un pezón y lo captura con la boca.

Invadida por el placer, me agarro a sus hombros con tanta fuerza que le clavo las uñas.

Levanta la vista y en sus ojos veo el fuego arder.

—¿Quieres que siga? —pregunta con voz ronca.

Asiento, presa de las emociones.

Mete los dedos dentro de mí, me tiemblan las piernas y busco otro apoyo, pues ya no me bastan sus hombros, así que le agarro del pelo. Él continúa, impertérrito, acariciándome por dentro y por fuera poco a poco hasta que decide parar y llevarse a la boca los dedos que un segundo antes estaban dentro de mí.

—Mmm, delicioso, como siempre —dice.

Su erección es prominente.

—Quiero inundarte.

Le rodeo la cintura con las piernas para invitarlo a entrar.

Un empujón seco y firme.

Grito y echo hacia atrás la cabeza.

Me penetra en profundidad, sus brazos me rodean con fuerza. Ya no estoy apoyada en el mostrador, sino que estoy aferrada a él. Ahora somos una sola cosa y es una sensación poderosa que nunca había sentido antes. Siento su respiración en el cuello, le siento a él, dentro y a mi alrededor.

No puedo asimilar el placer que siento, me muevo sin saber qué está pasando. Dejo que sea mi cuerpo el que decida de forma natural y por

instinto.

Dejo que me lleve a su oscuridad sin hacer preguntas.

Los empujones son cada vez más intensos. Los besos se transforman en mordiscos: cuello, hombros, brazos, pecho y vuelta a empezar.

—Jennifer —gime para provocarme.

Me precipito al vacío, pero no tengo miedo. Me siento segura mientras mi sexo se contrae de placer.

—Carlos —susurro en su boca, abandonándome a todo.

Los empujones se vuelven despiadados, frenéticos hasta hacernos explotar a ambos en un orgasmo sin precedentes.

Me tiembla el cuerpo, los espasmos son intensos, y, al darse cuenta, se sienta en un taburete sin salir de mí y sin soltarme.

Se escucha nuestra respiración afanada.

Nos miramos a los ojos y por primera vez me siento desnuda, sin defensas. Ahora ve quién soy de verdad, y esto, si él quisiera, es el movimiento ganador para destruirme.

CARLOS

Veintinueve años antes

Mamá y papá dicen que somos pobres. Nuestra casa se reduce a una sola habitación. Hay dos colchones en el suelo, una cocina a gas y un cubo que usamos para lavarnos. Nuestros vecinos tienen una mesa y sillas, nosotros no. Ellos tienen más cosas, hasta un televisor. A veces salía y apoyaba la oreja en su puerta solo para escucharla. A las ocho dan un programa que hace reír.

Mi papá siempre se pelea con mi mamá y le pega, después me echa fuera porque dice que tienen que hacer las paces.

No quiero porque lo escucho todo. No me gusta escuchar a mi mamá gritar mientras le dice palabras sucias.

Son las dos de la noche y todavía sigo aquí fuera. Me ruge el estómago porque tengo mucha hambre. Tengo miedo de decírselo a mi padre porque se enfadaría, dice que ya soy mayor para buscarme comida yo solo. Mi mamá me quiere mucho, me deja hasta comer a escondidas. Siempre está llorando y me pide perdón porque, según ella, no me merezco todo esto.

De vez en cuando me pregunto si todos los niños son como yo. Quién sabe si ellos también usan siempre la misma ropa aunque esté raída y sucia, quién sabe si no comen durante días. Quizás no, quizás no tienen un papá que les diga que vayan a robar, pero los que conozco son todos como yo.

Apoyo la cabeza en una pared y arañeo el revestimiento para hacer el agujero más grande. Es el agujero de un proyectil. Un día, un señor disparó a nuestro vecino, falló por un pelo. Le dio en el hombro mientras bajaba las escaleras. No lo vi, pero escuché todo porque estaba en casa.

Tuve mucho miedo porque estaba solo y no sabía qué estaba pasando.

Tengo hambre, no puedo pensar en otra cosa. En casa nunca hay nada, ni siquiera un trozo de pan, y aunque lo hubiera se lo comería papá. Dice que tengo que dar gracias por tener un lugar donde dormir. Me dice que no soy

nadie y que no sirvo para nada.

Intento ser valiente, pero nunca está contento. Siempre me grita y me dice que me odia, pero no le he hecho nada. Mamá me dice que de mayor debo ser fuerte y superar cualquier dificultad.

Quiero vivir, pero no así.

Me despierto, estoy sudado y el corazón me late con fuerza.

Mierda.

El pasado ha vuelto a atormentarme en sueños. Hacía tiempo que no pasaba.

Ese niño ya no existe, ahora soy dueño de mí mismo y nadie puede hacerme daño.

Nadie.

Jennifer se mueve, está a punto de despertarse. Tengo los ojos cerrados, la escucho suspirar. Ahora sí que nos vamos a divertir. Se volverá loca cuando se dé cuenta de dónde está.

JENNIFER

Abro los ojos. La cabeza me da vueltas, pero es casi placentero. No recuerdo bien lo que sucedió anoche, o quizás no quiero recordar para no sentirme culpable. Estiro los brazos, pero rozo un cuerpo caliente.

¡Santo cielo, estoy en la habitación de Carlos!

¿Cómo he llegado hasta aquí?

Tengo la boca dormida y en mi cabeza reina la confusión. No tengo el valor de mirarle, no sé cómo afrontar la situación. Podría salir a hurtadillas, quizás siga durmiendo. Eso es, me vestiría corriendo y saldría pitando con la moto.

Miro el techo y abro los ojos.

¿Cómo he terminado en esta situación?

Vale, no ha matado a mi hijo, ¿pero por qué ahora tendría que verlo desde otra perspectiva? Sigue siendo un traficante de piedras preciosas, vive en la

ilegalidad.

¿Estoy segura de que es él el equivocado?

Las confesiones de anoche me han desestabilizado. Dentro de mí se ha desencadenado algo que no me puedo explicar.

No me gustaba, sufría por su culpa.

—Haces demasiado ruido —me dice su voz profunda.

Mierda, está despierto, a tomar por saco la fuga.

—¿Qué? —pregunto volviéndome hacia él mientras sujeto la sábana en el pecho, como si de repente me hubiese vuelto tímida.

Absurdo.

—Tu cerebro parece una feria. Lo escucho desde aquí —responde mientras con la pierna se hace camino entre las mías.

Desliza el brazo sobre mis caderas y me empuja hacia sí.

—Duerme, todavía es pronto —dice.

¿Qué diablos está pasando?

Suspiro y apoyo la cara en su cálido pecho. En la posición en la que estoy escucho el latido de su corazón y el ritmo regular hace que inexplicablemente me relaje.

Abrazado a mí, empieza a acariciarme el pelo con dulzura.

—Carlos... —le digo, pero me interrumpe tapándome la boca.

—La respuesta es no.

¿La respuesta a qué? Ni siquiera sabe la pregunta.

—Yo... —intento decir de nuevo, pero me coge la cara con las manos y me besa.

Vaya. ¿Y esto que es?

Me quedo quieta, inmóvil y rígida como nunca.

Me mira a los ojos contrariado y dentro de mí se abre una vorágine.

—No, no vas a ninguna parte. No, no quiero castigarte. Sí, quiero tenerte en mi vida. Sí, pienso que entre nosotros hay algo que va más allá de la atracción. Y sí, recuerdo lo que nos dijimos anoche y es como si me sintiese de verdad libre después de tantos años —para de hablar mientras se sube encima para atraparme—. No te dejaré decidir, porque tus decisiones son muy discutibles. Tu vida terminó el día en el que tu hijo y Richard murieron, pero ayer estabas confusa porque el hombre que amabas, tu marido, te ha engañado de la peor manera posible. Ahora no sabes cómo seguir adelante —baja la cabeza—, pero estás convencida de que yo soy la persona equivocada con la que hacerlo y no puedes esperar a irte —me roza

los labios con los suyos y después se echa atrás—. Esto es lo que vamos a hacer: te vas a quedar aquí, veremos cómo va y mientras tanto te enseño a volver a vivir.

Parece muy sencillo, pero no puedo dejar de estar molesta.

¿Quién se cree que es para decidir en mi lugar?

—Y no me mires así porque me van a entrar ganas de follarte salvajemente —prosigue con tono burlón.

Abro la boca, estoy completamente confusa.

¿Cómo puede ser siempre tan directo?

Lo empujo para apartarlo, pero me coge de las muñecas para pararme.

—¡Eh, ten cuidado! —me quejo. Las heridas de las cadenas aún no se han curado del todo.

Me las suelta, pero me coge por los brazos y se los lleva al pecho. Quiero liberarlos, pero no lo hago. Con la mirada y con las manos le recorro la piel, llego al cuello y después me desvío hacia los bíceps siguiendo el contorno de los tatuajes.

—¿Cómo te hiciste las cicatrices? —le pregunto una vez más, sorprendiéndome a mí misma.

¿Por qué me interesa?

—Ya no estamos borrachos, el momento de las confidencias ha terminado —contesta, después respira profundamente.

Deslizo las manos por su espalda y le acaricio las cicatrices.

—Te lo pido por favor, dímelo —le insisto mirándole a los ojos.

Acabo de suplicarle a Carlos Gardosa.

Se deja caer de lado. Me giro hacia él, está mirando el techo con rabia.

No sé si su cambio de humor se debe a la pregunta o al recuerdo que esta le evoca.

—¿Pasó cuando te vendieron o en el instituto? —le pregunto, no voy a rendirme.

—Tu curiosidad me pone de los nervios —gruñe cruzándose de brazos.

—Tú también me pones de los nervios —le contesto poniéndome de lado —. ¿Quién fue, Carlos?

Se gira hacia mí y me observa con amenaza.

En serio, Carlos.

Quizás todavía no haya entendido que después de todo lo que ha pasado no hay nada que pueda asustarme.

—¿Por qué quieres saberlo?

Apoyo el codo en el cojín y con la mano me sujeto la cabeza.

—No lo sé, pero se ha convertido en una obsesión. Tienes la espalda y los brazos llenos de cicatrices y siempre me he preguntado quién puede haber sido tan cruel como para hacerte eso —susurro mientras le pongo la otra mano en el pecho.

La cubre con la suya y suspira. Sus ojos se unen a los míos.

—Si te lo digo, no podrás salir nunca de mi vida —me advierte con tono serio.

De un modo u otro saldré de aquí, pero igualmente decido asentir y obedecer.

Me coge la mano y la lleva al brazo izquierdo, apuntando con el índice a un punto concreto entre el hombro y el bíceps.

—Este fue el primer latigazo que me dieron. Intenté esquivar el golpe. Tenía diez años.

Aguanto la respiración.

Lleva mi índice al otro brazo.

—Este me lo gané pocos meses después porque me rebelé, de nuevo, contra el director del instituto.

El latido de mi corazón se acelera y el estómago se contorsiona.

Solo era un niño.

Se sienta en la cama y pasa mi mano por la espalda por encima del tatuaje del ángel.

—Estos son los castigos por haber defendido a Kasandra, Damián y Kris —explica en voz baja.

Me siento y me deslizo detrás de él para abrazarle.

—¿Durante cuánto tiempo tuviste que soportar esos castigos?

Suspira cogiéndome con fuerza las manos.

—Seis años, hasta que pude irme de ese lugar.

Me siento débil, pero no es una debilidad física, es algo más. Tramé la venganza durante tanto tiempo que culpé a Carlos sin ni siquiera conocerlo, lo condené.

Restriego la cara en su espalda y después le beso el tatuaje en torno a las alas del ángel. Cuando llego a las costillas se pone rígido, ahí es donde están las señales más profundas.

Mi corazón sufre con cada cicatriz que beso por la crueldad que recibió de niño. Porque en este momento él es el niño maltratado, torturado y fustigado.

—Siempre has sido así de dulce, ¿no? —pregunta volviéndose hacia mí.
¿Dulce? Quizás hace un tiempo, pero creía haber perdido todo de mi viejo yo. Pensé que ya no había más espacio para los buenos sentimientos.

Apoyo la frente en su espalda y suspiro.

¿Qué me pasa por la cabeza?

¿Por qué estoy aquí con él?

Carlos me aleja las manos y se gira hacia mí, ahora estamos los dos enfrentados, completamente desnudos, por fuera y por dentro.

—Tengo unas ganas locas de conocer a Jennifer —dice mientras me empuja hacia sí.

—Por una razón inexplicable, yo también tengo ganas de conocer a Carlos —le respondo.

Sonríe. Tiene una sonrisa muy bonita.

Me muerdo el labio inferior con nerviosismo mientras me acaricia las piernas.

—Dejemos las confidencias por esta noche. Ahora volvamos a dormir y mañana por la mañana, con calma, encontraremos la manera de conocernos mejor —dice arrastrándome con poca gracia.

Me tumbo en la cama dándole la espalda, se pone detrás de mí con una mano apoyada en la cadera y la otra bajo mi cojín.

Estamos durmiendo juntos.

No estamos solo durmiendo.

La situación es surrealista.

—Descansa, ángel —susurra dándome un beso en la cabeza.

No puedo hacerlo en este estado. Estoy confusa, me siento extraña y no sé qué hacer.

De vez en cuando miro el reloj de la cómoda, ahora señala las cuatro. El tiempo parece haberse parado.

Tengo que irme, ¿pero dónde?

Puedo empezar todo de nuevo. Retomar el contacto con mis padres, volver a enseñar.

¿De verdad puedo?

No creo, no después de todo lo que ha sucedido. He hecho cosas de las que me avergüenzo, pero hasta ahora no me importaba, estaba convencida de que estaría muerta y que pagaría por mis errores.

En cambio, todavía sigo viva, pero con un propósito.

Las horas pasan, la aguja señala las siete. Ha llegado el momento de sacar

la valentía y tomar el control de mi vida.

Me libero de su abrazo con todo el cuidado del mundo, rogando para que no se despierte. Su respiración es profunda, parece estar soñando.

Me pongo su camisa y salgo de la habitación de puntillas y evitando cerrar la puerta para no hacer ruido.

Bajo las escaleras y corro a mi habitación, donde me visto en tiempo récord.

Aquí está el casco, las llaves de la moto deberían estar puestas.

Al llegar al atrio saludo a los hombres de seguridad intentando comportarme como si no pasase nada.

¡Funciona!

Mientras me subo a mi amada Kawasaki, uno de los dos da la orden de abrir la puerta.

El motor ruge, pero alguien grita mi nombre, mi verdadero nombre.

Carlos está en el umbral de la puerta, está enfadado y completamente desnudo.

—¿Dónde crees que vas? —grita en el sitio.

Veo cómo uno de los hombres a su lado se rasca la barbilla con incomodidad.

¿Se habrá dado cuenta de que está desnudo?

Inspiro a fondo mientras sujeto el casco con las manos.

—Me voy —contesto con firmeza.

Me mira con rabia, pero no se mueve.

—No puedes. ¿Recuerdas lo que te he dicho? —me pregunta con tono amenazador.

—Entonces tendrás que matarme porque no tengo intención de quedarme —lo desafío.

Me pongo el casco, todavía tengo levantada la visera, y doy un par de pasos a su dirección.

—Adiós.

Sonríe satisfecho.

—La puerta se acaba de cerrar. ¿Cómo piensas salir?

Maldito cabrón.

—Ábrela —le ordeno.

Baja las escaleras con chulería y, tras llegar donde yo estaba, pone la mano sobre la mía.

—No vas a ninguna parte. Estás en deuda conmigo por haberme engañado,

por haber intentado matarme y por haberte pasado tres años confabulando contra mí.

Maldigo y bajo la mirada. Necesito una solución.

Sujeto con fuerza el manillar y una idea me ilumina. *Claro, ¿por qué no se me había ocurrido antes?*

—Carlos —le digo con dulzura mirándolo a los ojos.

—¿Sí? —me pregunta con el ceño fruncido, como si supiese lo que le voy a decir.

—¿Te apetece jugar?

—Te escucho —dice con la mirada seria y cruzándose de brazos.

—De aquí al puerto hay 27 kilómetros. Si llego antes que tú, me dejarás ir y te olvidarás de mí para siempre, pero si llegas primero, me quedaré contigo.

Se echa a reír. Es una risa sonora y placentera, no la está fingiendo.

Arrugo la frente por la sorpresa y me pregunto qué le hace tanta gracia.

—Hablo en serio —le reprocho quitándome el caso.

Para de reír, me acaricia la barbilla y acerca la cara a la mía.

—Vaya, ángel, no sabes dónde te acabas de meter —me observa durante un segundo, después se dirige a sus hombres—: No le quitéis el ojo de encima, llego enseguida —ordena riéndose.

Su risa es contagiosa y no puedo evitarlo.

—Pensé que te vendrías desnudo —le grito antes de que desaparezca dentro de la villa.

—Qué graciosa —contesta sin darse la vuelta.

Sacudo la cabeza al ver que sus hombres bajan la mirada cuando pasa por su lado.

No hay nada que hacer, siempre hace lo que quiere sin el más mínimo pudor.

Tras diez minutos aparece en el umbral, lleva un mono de motorista gris oscuro con rayas laterales blancas. Lleva el casco bazo el brazo con aire petulante. Me pongo el casco mientras baja silbando.

La puerta empieza a abrirse: es el momento.

—¡Adiós, Carlos! —grito al adentrarme el camino.

—Qué cabrona —ruge subiéndose al sillín.

Acelero y una vez fuera me giro para ver qué hace. Está saliendo y tengo que poner distancia de por medio.

Cojo velocidad con la mirada fija en la carretera.

¿Cuándo tiempo hace que no me divierto así?
Siento el viento en contra y la adrenalina sube.

Esto es la libertad.

Adelanto a todos los vehículos que me encuentro haciendo zigzag en el tráfico. Alguien toca el pito, pero no puedo dejar de acelerar, llegaría hasta mí.

Veo a lo lejos el semáforo, el pánico se abre paso.

Maldita sea, lo que faltaba.

Me paro esperando a que se ponga verde y, tamborileando los dedos en el manillar, canturreo para disminuir la tensión. El ruido de otro motor, que está demasiado cerca, llama mi atención.

Mierda, es él.

Se levanta la visera y me hace un gesto para que haga lo mismo.

Obedezco, pero no puedo dejar de mirarlo con el ceño fruncido.

Parece estar pasándose bien.

—La última vez dejé que ganaras la carrera, hoy no lo haré —dice.

¿Está intentando darme miedo? Iluso. Su problema es que no puede aceptar la derrota. Corro mejor que él, es un hecho.

—Añadiré otro premio, si no te importa —digo con indiferencia.

—A ver.

Mira de nuevo al semáforo, que todavía está en rojo.

—Si gano, además de olvidarte de mí, también me darás tu moto.

Se gira hacia mí, sorprendido, después asume una expresión fría, la cual sé que es solo una máscara.

—En cambio, si yo gano —hace una pausa con los ojos clavados en los míos—, estás jodida.

Se baja la visera y acelera.

Está verde. ¡Maldito!

Hago lo mismo, maldigo y corro detrás.

No, Gardosa, no permitiré que me arrastres a tu vida durante un tiempo indefinido.

No quiero tener nada que ver con él y con todo lo que le rodea.

La adrenalina corre por mis venas mientras intento acercarme, pero cada vez que gano terreno acelera y se distancia.

Vuelvo a canturrear, pero me doy cuenta de que no es la típica canción inventada, sino *Despacito*.

¡Dios, Carlos, sal de mi cabeza!

Acelero hasta llegar a la velocidad máxima y lo alcanzo. Lo miro de reojo, no se gira, permanece concentrado en el recorrido.

Curva a la derecha, al unísono inclinamos el cuerpo y la moto.

En la carretera no hay nadie, pero pronto entraremos a la ciudad y será más duro.

Los dos devoramos el asfalto con un único objetivo: ganar.

Sigo canturreando, las palabras se suceden en mi mente, el corazón late al ritmo.

Sabes que tu corazón conmigo hace bom bom

Dos coches bloquean ambos carriles, pero tengo ventaja, soy más intrépida que él. Me meto en el hueco del centro y por fin supero al *diablo*. Toca insistentemente el claxon y sonrío victoriosa poniendo distancia de por medio.

Respiro a fondo tras entrar en la calle principal que conduce al puerto.

Ya casi está, un último esfuerzo.

Me giro pero no lo veo.

¿Dónde está?

Quizás se haya dado por vencido.

Quizás haya decidido dejarme ir.

En lugar de sentirme aliviada, empiezo a saborear el regusto amargo de la desilusión.

¿Pero por qué? Quiero liberarme de él.

Me encojo de hombros y sigo conduciendo, esta vez con más calma. En el fondo, ya nadie me sigue.

Hago la última curva y veo el cartel en el que pone *Puerto*, pero al llegar se me hiela la sangre.

Carlos está de pie, al lado de la moto con el casco en la mano.

¿Cómo demonios ha conseguido llegar primero?

Me paro delante de él y resisto la tentación de embestirlo. Estoy furiosa.

Pone el pie en la rueda delantera y me hace una señal para que baje.

—¿Cómo lo has hecho? —le pregunto atónita tras quitarme el casco.

Sonriendo, se mete las manos en el bolsillo y me observa.

—Una de las ventajas de haber nacido en La Habana es conocer cada rincón de la ciudad.

Cierto, ha tomado un atajo.

Maldigo en voz baja, pero no se le escapa y frunce el ceño.

—¿Cómo? —pregunta acercándose el oído.

Irritante. Idiota. Insolente.

—No has hecho bien, tendrías que haberme avisado —murmuro bajando de la moto.

—Intenté hacerlo, pero alguien decidió que era mejor arriesgar la vida acelerando entre dos coches para adelantarme.

Por eso redujo la velocidad, iba a cambiar de dirección. Pensaba que tenía miedo de hacer una maniobra arriesgada.

Estúpida. Estúpida. Estúpida.

—¿Y ahora qué? —le pregunto.

Escapa, es lo que deberías hacer.

Me acaricia la cara.

—Ahora volvemos a la villa, desayunamos y después hablamos mientras vamos a Pueblo Esperanza. Los niños quieren volver a verte, dicen que eres guapa y simpática.

Hace una pausa y después lleva los labios a mi oído.

—Quizás puedas explicarme por qué eres simpática con todos mientras que con un servidor te haces la estúpida, fingiendo que no te importa nada de mí.

Me tiemblan las piernas, se me pone la piel de gallina solo al pensar lo que es capaz de hacerme sentir.

Podría irme, encontraré la manera, pero hago lo que me dice. Vuelvo a mi Kawasaki sin decir nada, pero me llama.

—Ángel.

—¿Qué pasa? —respondo bruscamente.

—Vienes conmigo, vendrá alguien a recoger tu moto —dice dando palmadas al sillín de su vehículo.

—Ni hablar —insisto sosteniendo su mirada, contrariada.

—Sube sin rechistar, ahora —dice con tono serio.

No tengo intención de ceder. Si tengo que vivir con el *diablo*, lo haré con mis condiciones.

Cruzo los brazos y me devora con la mirada.

—Aclaremos una cosa: no recibo órdenes de ti. Hasta ahora he hecho lo que has querido solo por... En resumen, el plan, pero si a pesar de todo estás tan loco por tenerme a tu lado, que sepas que no obedezco órdenes de nadie y no pienso hacerlo ahora —digo sin respirar.

No se mueve y sigue mirándome.

—Te aconsejo que me dejes ir, Carlos, podría hacer que tu vida fuese poco placentera y lo que concierne a lo que hemos hablado, deberías saber que sé guardar los secretos.

—Cierra la maldita boca y haz lo que te digo —dice un segundo antes de besarme.

Me coge la cara con las manos mientras sus labios saborean los míos.

—Carlos...

—Cállate, déjame hacerlo.

Me besa con pasión.

Ahora lo entiendo.

Estoy completamente *jodida*.

JENNIFER

Cuando llegamos a la villa ,la situación es tensa. Mejor dicho, soy yo la que está tensa, Carlos no podría estar más tranquilo.

¿Cómo puedo permitir que decida por mí? En este momento solo necesito encerrarme en cualquier parte para estar sola. ¿Cómo voy a razonar si sigue confundíendome?

La moto se para delante de la escalinata y me bajo como si el sillín estuviera ardiendo. Al final ha ganado, he dejado que fuese él el que me trajera aquí.

Me mira y, como por arte de magia, el resentimiento que siento parece desvanecerse.

—Entra, voy enseguida —me ordena con autoridad.

Paso a su lado y le miro contrariada.

¿Qué demonios estoy haciendo?

Por primera vez me tomo mi tiempo para observar el interior.

Las esculturas que bordean el pasillo me fascinaron la primera vez que puse el pie dentro. Retrocedo para mirar mejor la armonía del conjunto y me choco contra el cuerpo musculoso de Carlos.

—¿Sí, jefe? —le pregunto para reírme de él.

—Vamos arriba, tenemos que hablar —dice sonriendo con malicia.

Tenemos, cierto. Hasta ahora habíamos jugado y nos habíamos desafiado, pero ha llegado el momento de parar. Le explicaré que no puede haber un futuro.

Al llegar a su apartamento, cierra la puerta y viene hacia mí.

Retrocedo un paso, pero no se detiene y sigue hacia adelante mirándome a los ojos.

—No te acerques, hablemos —le aviso.

Llega hasta mí y me coge las manos. Intento liberarme, pero por respuesta me empuja a la pared. Con los brazos inmóviles en el pecho, siento que se

hace camino con la pierna entre las mías y hace presión.

—Ahora, mírame.

No entiendo, ya lo estoy mirando.

—¿Qué ves, Jennifer? —pregunta con tono serio.

—Veo la determinación, la tranquilidad y... —me callo y bajo la mirada.

—Sigue, ¿qué más? —insiste echando el cuerpo contra el mío.

Creo que lo sé, pero no estoy convencida. Sin embargo, a veces tengo la impresión de conocerlo bien.

Suspiro, me rindo.

—Veo el infierno. El dolor, la rabia, el sufrimiento.

—¿Y qué piensas que veo en tus ojos? —pregunta con voz profunda y comprensiva.

Levanto la mirada sin poder huir de la evidencia.

—Ves lo mismo —susurro aterrada.

Me vuelvo a sentir desnuda una vez más, sin máscaras ni defensas, atrapada y obligada a mostrarme como lo que soy de verdad.

—Conoces mi infierno, pero no conozco el tuyo del todo —continúo.

Respira a fondo, se le hincha el pecho.

—Tenía ocho años cuando me violó el hombre que me compró. Tenía ocho años cuando me obligó a prostituirme para hacerse rico. Cuando sus clientes se cansaron de “jugar” conmigo, me usó para entregar droga —coge aire y sigue—: Una vez me tiraron al suelo y me dieron una paliza en la calle. Volví con las manos vacías y me dejó sin comer durante una semana —dice sin dejar de mirarme.

—Desde entonces vivo en el infierno, Jennifer.

Se me revuelve el estómago y el corazón deja de latir.

¿Cómo lo hace para seguir adelante después de todo lo que ha sufrido?

Lo miro a los ojos y encuentro la respuesta a todas las preguntas.

—Tras algunos avisos, la policía fue a su casa y puso fin a esa corrupción, y me enviaron a mí y a otros niños al instituto. El primer año fue bien, hasta hice amistad con Damián y Kris, los dos hombres que viste en el Club. Después llegó un nuevo director, Fernando —se interrumpe una vez más y apoya la frente en la mía.

—Cuando vi a Kasandra por primera vez era tan pequeña y tan indefensa... No fue fácil para ella al principio. Los otros niños la tomaron enseguida con ella porque era demasiado tímida, así que la defendí, pero no le gustó al “gran jefe” y me castigó. Me encerró en una habitación sin poder

hacer nada durante dos días. Para mí no fue un problema, era un lujo en comparación con lo que había vivido antes. Después, un día cambió todo. Lo recuerdo como si fuera ayer. Encontré a Kasandra acurrucada en una esquina, lloraba y se escondía la cara con las manos. Cuando levantó la mirada, se me heló la sangre. Tenía el labio partido y las mejillas rojas como el fuego. Le pregunté quién había sido, pero temblaba tanto que no podía hablar. La mediqué y cuidé de ella hasta que se tranquilizó. Entonces me dijo que había sido el director.

Suspira, se acerca a la ventana y mira fuera.

—Solo tenía seis años, pero ese desgraciado no se lo pensó dos veces para obligarla a tener una relación oral —gruñe en voz baja mientras cierra los puños.

—¿Qué? —le pregunto casi gritando.

Se da la vuelta y me confirma en silencio lo que acaba de decir.

Dios mío, Dios mío.

Me llevo las manos a la boca y no puedo reprimir un sollozo.

—Fui a su despacho y me abalancé sobre él, pegándole y profiriéndole insultos con toda la valentía y la fuerza que tenía, pero todavía era demasiado pequeño para ser una amenaza —dice sonriendo amargamente—. Se limitó a reírse. Todavía hoy, esa risa malvada me atormenta por la noche. Me llevó al sótano ante las miradas de todos los dependientes del instituto, pero nadie hizo nada para pararlo porque le tenían miedo. Entramos en una habitación sucia, cogió una cadena y me ató las manos contra la pared. Desde ese momento, el látigo y yo nos hicimos amigos. Nunca olvidaré los primeros golpes que recibí: firmes y crueles.

Escucho en silencio con el cuerpo temblando mientras las lágrimas me inundan la cara.

Es demasiado, no puedo soportarlo.

—Carlos —susurro.

—Me fustigaron hasta sangrar durante años. El tiempo parecía haberse parado, pasaba lento, demasiado lento, pero le doy las gracias a cada puesta de sol, porque me hacían estar un día más cerca de la libertad, y cuando la conquisté me convertí en el único dueño de mí mismo.

Mi corazón sangra.

Sus ojos miran fijamente a los míos.

—Cómo conseguiste... Es decir, ¿cómo puedes seguir adelante después de todo lo que has sufrido?

Se acerca y me rodea la cara con las manos.

—Las cicatrices, así como los recuerdos, se quedarán para siempre. Somos nosotros los que decidimos qué hacer al respecto. Solo hay dos opciones, Jennifer: o te dejas aplastar, o plantas cara y vives al máximo de tus posibilidades para demostrarle a quien ha intentado destruirte que tú eres más fuerte que toda la mierda que te puedan echar. Yo ya he decidido, ¿pero tú que vas a elegir?

No puedo dejar de llorar, ni siquiera cuando intenta secarme las lágrimas.

—Entiendo lo que sientes, pero te estoy ofreciendo una vía de escape. Quédate conmigo y te prometo que volverás a vivir —me susurra con dulzura.

Me beso en los labios, después en la nariz, las mejillas y la frente.

—Cuidaré de ti, te lo prometo.

El corazón me explota en el pecho. Ya no puedo retener lo que tengo dentro, hace demasiado daño.

Me aferro a él y dejo que el dolor se desfogue de nuevo.

—Echo de menos a mi hijo, pienso siempre y sueño con él. Me gustaría abrazarle y decirle que le quiero mucho y que ninguno podrá hacerle daño, pero está muerto. Y todavía sigo aquí. ¡No pude protegerle!

Carlos, sin decir palabra, me coge en brazos, y sigue callado cuando llegamos a la habitación.

Me deja encima de la cama y me quita las botas y los pantalones.

Estoy en sus manos.

Me sienta y me quita la camiseta, dejándome en ropa interior.

Permanezco inmóvil mirándolo mientras se quita el mono de motorista y se queda en bóxer.

Abre las sábanas sin quitar la mirada de mis ojos y me rodea para mecarme como si fuese una niña. Me acaricia el pelo con la mano y me aparta los mechones que me cubren la cara.

—Ahora cierra los ojos y duérmete. Estoy aquí, velaré por ti mientras descansas, te protegeré siempre, Jennifer —susurra con voz cálida y calmada.

Inspiro apoyando la cabeza en el hombro y cierro los ojos para relajarme en sus brazos. Su cuerpo está caliente, me reconforta, y por primera vez después de mucho tiempo el peso en el estómago se aligera.

Carlos sigue hablando en un murmullo, pero no entiendo lo que dice porque caigo en un profundo sueño.

JENNIFER

Una mano cálida se posa en mi espalda. Abro los ojos, todavía está oscuro. Me giro, Carlos se acerca y me besa. Han pasado dos semanas desde que le permití que cuidara de mí, aunque todos los días me pregunto qué sentido tiene quedarme aquí.

¿Qué quiero hacer con la vida que me queda?

De momento no tengo ningún objetivo, estoy tan cansada que me da pereza hasta levantarme de la cama.

—Has hablado durante el sueño —dice entrelazando las piernas con las mías.

—¿Qué he dicho?

—No lo he entendido, farfullabas

Me acurruco metiendo la mano bajo el cojín.

Está paranoico, no puede protegerme de las pesadillas.

Siento su peso sobre el colchón y veo la luz de la lámpara encenderse en la habitación.

—Tengo que confesarte algo —me susurra al oído cuando, en silencio, me hago la dormida.

—Sabía que me estabas escondiendo algo gordo.

—¿Cómo? —le pregunto.

—¿Creías de verdad que me podías engañar? —pregunta sonriendo.

Lo miro, su sonrisa se alarga.

—¿Qué has descubierto exactamente?

—Tenía mis sospechas, he descubierto que la única Valentine Harper que se correspondía a tu perfil murió hace cuatro años en un accidente de tráfico. Hasta cierto punto pensé que eras un agente del MI6 de incógnito, los ingleses tienen todavía una espina clavada en el costado, pero después de la primera noche en el club supe que eras muy distinta a las otras mujeres con las que me he relacionado.

Genial. Por suerte mi tapadera estaba blindada.

—¿Cómo conseguiste desenmascaramme? —pregunto escondiendo la

mitad de la cara bajo la sábana.

Nos miramos a la cara, el ambiente es relajado, hablamos hasta como dos personas normales y no parece estar enfadado.

Es muy extraño.

—Secretos del maestro —responde encogiéndose de hombros.

No se imagina ni lo más mínimo lo que he hecho antes de llegar hasta él.

—¿Estuviste de verdad seis meses en la cárcel? —me pregunta de repente.

—Tuve que hacerlo para que mi identidad fuera verosímil. No fue un paseo, tuve que vérmelas con gente de todo tipo y tuve que adaptarme. Para convertirme en delincuente hice cosas de las que me arrepiento todos los días, pero no pensaba en ello porque creía que mi vida terminaría pronto —le explico.

—Tu determinación y el amor que sientes por las personas te hacen especial, Jennifer. Ninguno de nosotros es perfecto, todos nos equivocamos porque elegir bien es muy difícil, pero ya no eres Valentine Harper, en el fondo nunca lo fuiste del todo.

—¿Y ahora qué va a pasar?

—Fácil, siempre necesito un piloto y, además, no está mal tenerte cerca —dice abrazándome con fuerza férrea.

Intento alejarlo empujándole el pecho, pero mi fuerza no es nada comparada con la suya.

—¿Y si ya no estuviese interesada en la oferta? —lo provocho riéndome.

—Tú te quedas. Y punto —contesta con tono serio.

Lucho con todas mis fuerzas para intentar liberarme, pero se ríe y me aprieta aún más.

¡Ahora te vas a enterar!

Le muerdo en el hombro y le hundo las uñas en la espalda.

—Así me gusta, que seas violenta —comenta montándose a horcajadas sobre mí.

—¡Déjame, Carlos! —chillo riéndome y moviéndome.

Me coge los brazos y los lleva a los lados de mi cuerpo para que me esté quieta.

—¿Qué me vas a hacer ahora, ángel? —me pregunta con tono intimidatorio con la mirada echando fuego mientras se agacha sobre mi pecho y me arranca con los dientes el lazo que une las dos copas del sujetador.

¡Guau!

—Siempre puedo cambiar de idea y matarte —lo amenazo.

Arruga la nariz, pero no objeta. Con la lengua me recorre el esternón hasta el ombligo, y después vuelve a mirarme con expresión seria.

—Mátame si quieres, pero en cualquier caso te llevaré conmigo —dice antes de morderme el pubis.

¡Dios!

El deseo me atraviesa como una descarga eléctrica.

Una vez liberada del poco tejido que me cubre, profundiza con la boca en mi sexo y lo saborea con impaciencia. Presa del placer, le cojo el pelo, pero se detiene en la mejor parte. Me deja con las ganas.

—Desnúdame —me ordena con deseo.

Cielos, sí.

Con las manos le rodeo el bóxer y se lo quito rápidamente.

—Carlos —le ruego cuando me abre las piernas y me levanta la cadera.

—Lo sé, es espectacular —afirma penetrándome con fuerza.

Arqueo la espalda y me aferro a las sábanas mientras me abre las nalgas y profundiza completamente dentro de mí.

—Mírame, ángel —dice con los dientes apretados. Y añade—: Tócame.

Su voz profunda me hechiza.

Abro los ojos y me encuentro con su mirada azul intensa, donde ahora sé que puedo perderme sin sentirme culpable. Le acaricio la cara con las manos, que bajan deslizándose por el cuello y el pecho. Le recorro la espalda y las cicatrices con dedos hambrientos.

Sus empujones se vuelven cada vez más rápidos y potentes, llevándome al éxtasis. Jadeando y mirándonos a los ojos, nos abandonados al orgasmo, y enseguida nuestra unión se diluye en un baile lento que me deja apoyar la frente en el hombro para mecarme.

—Mi paraíso —susurra besándome el cuello.

Le respondo en silencio con un abrazo fuerte, como si quisiera confirmar que él también lo es para mí, pero no estoy segura. Hace semanas que no me deja sola y creo que es por esto por lo que ya no puedo tomar una decisión autónoma. Dejo que sea él el que tenga el control porque, por primera vez tras muchos años, tengo miedo.

Carlos sigue moviéndose con dulzura, dentro y fuera. Me acaricia la espalda, sube al pelo y después pone la palma de la mano en la mejilla.

No sé qué hay entre nosotros, pero es algo desconocido y poderoso que parece casi imposible de destruir y, además, improbable de olvidar.

Está equivocado, estoy equivocada...

—¿Qué es ese ruido tan espantoso? —me pregunta deteniéndose de repente.

—¿Qué ruido?

—El de tus pensamientos, ángel, los vuelvo a escuchar —contesta con mirada seria.

Es increíble la facilidad con la que me entiende y confirma una vez más nuestra sintonía, sin embargo...

—Carlos.

—La respuesta siempre es no —contesta ofendido.

Suspiro desesperada, me aparto de él y me pongo de lado dándole la espalda.

La ventana me devuelve el reflejo borroso de la habitación.

—No asimilo quedarme encerrada aquí dentro durante el resto de mi vida —murmuro con amargura.

Se levanta de la cama sin contestar.

—Los dos sabemos que no puede durar... Vamos, juntos somos destructivos —le digo con impaciencia mientras sigo mirando la noche.

—Lo sé, somos el diablo y el agua santa, pero podemos encontrar un compromiso —comenta con firmeza frente a mí.

¿De verdad quiere hacer un pacto para que me quede aquí?

No puedo respirar, los pensamientos se suceden, pero intento alejarlo.

No es posible.

No siente nada por mí, solo un desafío.

—No me quiero quedar —digo mirándolo a los ojos.

—¿Y dónde te gustaría ir?

—No lo sé, solo necesito un motivo para volver a empezar. Quizás podría volver a ser profesora, aunque no sé dónde —me encojo de hombros.

Se agacha sobre las rodillas y me coge las manos con las suyas.

—Podrías enseñar a mis niños y volver a empezar junto a mí.

Sus ojos brillan. Parece que la idea le entusiasma.

—¿Por qué quieres que me quede a toda costa, Carlos?

Me arrepiento enseguida de la pregunta, pero ya es tarde para volver atrás.

Se acerca mis manos a la boca y después las besa sin dejar de mirarme.

—¿Todavía no lo sabes? —pregunta en voz baja.

Aguanto la respiración porque sé la respuesta, pero no quiero aceptarla.

—Claro que lo sabes, pero prefieres mentirme a ti misma —continúa.

—No puedes decirlo en serio. ¿Tú y yo juntos? Sabes mejor que yo que sería un desastre de proporciones bíblicas. No me conoces de verdad, solo has visto lo que he querido mostrarte —gruño apartando las manos.

Sonríe y después vuelve a tumbarse en la cama dándome la espalda.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto sorprendida.

—¿Dormir? Pero cuando me despierte quiero que me digas la verdad. Al contrario de lo que piensas, sé quién eres, y también sé el motivo por el que te quiero en mi vida, Jennifer —se cubre con la sábana y pulsa el interruptor para apagar la luz.

—Carlos —le llamo, desconcertada, pero no responde—. Me voy a ir, no estoy de broma.

—Vale, duérmete que mañana iremos al pueblo a dar la buena noticia.

—¿Qué noticia?

Resopla.

—Serás la profesora de idiomas. Ahí tienes tu nuevo inicio.

—No puedes hacerlo, soy yo la que decide —protesto enfadada tumbándome a su lado.

Se vuelve hacia mí y con las manos me tira hacia sí hasta juntar nuestros cuerpos desnudos.

—En este momento no puedes decidir nada, solo intento darte una mano. Confía en mí y déjame hacerlo —me regaña.

—Carlos, yo... —me tapa la boca con la mano.

Debe terminar esta historia, no puede comportarse así. Le muerdo hincándole bien los dientes en la carne.

—La respuesta es siempre no. Y ya lo sabes, cuando te pones violenta me excitas aún más —se ríe con un toque de malicia.

Le suelto la mano y en la oscuridad miro atónita hacia su dirección.

—Ahora abrázame y durmamos, mañana será un día largo —dice metiendo la pierna entre las mías.

Suspiro, estoy cansada, por esta noche lo dejaré pasar.

—Eres cansino —gruño escondiendo la cara detrás del cuello.

—Tú también. Somos la pareja perfecta —rebate acariciándome el pelo.

Cierro los ojos y respiro a fondo. Esta posición es tan cómoda que podría acostumbrarme.

JENNIFER

Tumbada en el sofá, me acurruco y observo la puerta con ansia. Esta mañana han procesado a Jack, y llevo esperando todo el día para saber cómo ha ido.

Ayer Carlos me llevó al Pueblo Esperanza y pasamos el día en compañía de los niños, veinte para ser exactos, aunque me dijo que en cuanto esté lista la ampliación podrá dar cobijo a otros tantos.

Me ha sorprendido verlo en los pantalones del padre modelo, le he visto mimarlos, pero también reprocharlos cuando ha sido necesario. Aunque no sean sus hijos, los trata como tales.

Esta vez pude visitar mejor los dos pisos superiores del edificio asignado a los dormitorios, hay mucha diferencia respecto a las estériles habitaciones que podría haber en un instituto. Cada habitación está decorada con vivacidad y alberga solo a dos niños, aunque podrían vivir cuatro. Según Carlos, es importante ofrecerles espacios privados donde sentirse cómodos. Además de piscina, un campo de fútbol y una pista de tenis, hay una cancha de baloncesto interna revestida de parquet brillante con tribunas. Carlos dijo que en el futuro compraría estructuras hinchables para repartirlas por el parque, pero no estaba del todo convencido. Lo que más me ha sorprendido es la habitación dedicada al estudio. Las paredes estaban llenas de estanterías altísimas, repletas de volúmenes didácticos y de narrativa. Me dejó fascinada. Había escritorios diseminados por toda la habitación sin respetar un orden, pero en el centro resaltaba el destinado a Gracia, directora y profesora.

Carlos me dijo que los niños en edad escolar participaban todos los días en las clases, pero los menores de cinco años se divierten en una habitación grande llena de juguetes.

Ha pensado en todo.

Cuando les dijo a los mayores que pronto sería su nueva profesora de inglés, resonó un grito de aprobación por la clase. Fue genial, pero ahora

que lo pienso, al estar en contacto con ellos todos los días me recordará que mi hijo ya no podrá crecer, ni sentir mis caricias ni decirme «Mamá, te quiero mucho».

La puerta se abre y me pongo de pie de inmediato. Con el corazón en la garganta veo a Carlos dirigirse a mí.

La expresión de su cara es indescifrable, pero tengo la impresión de que ha pasado algo.

—¿Cómo ha ido?

—Mejor de lo que esperaba —anuncia después de besarme, después se quita la chaqueta y la deja sobre el sofá.

—Tuve que llegar a un acuerdo con el juez, pero al final obtuve lo que quería —explica mientras coge dos cervezas del frigorífico y me pasa una.

Hay algo que no va bien.

—Pareces preocupado —comento antes de beber.

—Siéntate, ángel, tenemos que hablar —dice con calma.

Está a punto de desencadenarse un huracán, lo presiento.

Me quedo donde estoy y trago.

—Estoy bien aquí. Adelante, cuéntame todo.

—Se va a condenar a Jack por violación. Si la imputación hubiese sido homicidio, habría entrado el gobierno de los Estados Unidos, y ahí no habría podido intervenir —responde cruzando los brazos—. Aquí puedo asegurarme de que sufra cada día que viva.

Quiero gritar por lo enfadada que estoy, pero me limito a morderme el labio hasta hacerlo sangrar.

—Jennifer —me llama para obligarme a mirarle a los ojos—. Confía en mí, pagaré con sangre aquí, en La Habana.

Le creo, sé que hará todo no solo por mí, sino también para vengar a mi hijo.

—Hay más, pero creo que es mejor esperar para hablar de ello —dice sentándose en el sofá.

Llego hasta él con una zancada.

—Dímelo ahora —le insisto mientras le veo girar la botella de cerveza con las manos.

—No creo que te sienta bien, ángel —dice.

Tengo el corazón en la garganta.

¿Qué más puede haber pasado?

—Carlos, lo quiero saber ahora —digo entre dientes.

Vuelve a mirarme, parece dolorido.

—Jack ha querido dejarte un regalo antes de entrar en la cárcel —murmura extrayendo un folio doblado por la mitad del bolsillo de la chaqueta—. Sabes que estoy aquí y soy lo que ves —susurra al dármele.

Es una fotografía.

Mi seguridad se resquebraja en mil pedazos. El mundo no parará de girar solo porque sienta que lo acaba de hacer, pero estoy arrodillada en el suelo y me pregunto si la vida es en realidad una broma cruel.

—¿Por qué? —le pregunto helada observando la pareja feliz retratada en la instantánea, la misma que creía que éramos Richard y yo, constatando que mi marido no pensaba de la misma manera. De hecho, en mi lugar hay una chica con pecas y pelo largo pelirrojo, y es ella a la que abraza sonriendo y besándole los labios.

Quiero despertarme de esta pesadilla.

Carlos me trae de vuelta al presente:

—Jennifer...

Lo miro.

—Esta foto es de hace cuatro años.

Un golpe seco directo al estómago.

Siempre se había comportado de forma ejemplar.

¿Cómo es posible? ¿Cómo no he podido enterarme de nada?

Doblo la foto y la dejo en la mesa. Bebo cerveza mientras dejo vagar la mirada y los recuerdos vuelven a reproducirse. Me sentía querida, deseada, creía que todo era perfecto, todo estaba en su sitio, en cambio, solo era una ilusión más como si fuera humo, nada más.

Richard actuó su parte durante años. Volvía a casa tarde por la noche diciendo que siempre tenía mucho trabajo, hacíamos el amor, pero eran relaciones cortas, sobre todo en el último año. ¿Por qué en su día no me di cuenta de estas cosas? ¿Qué me hizo creer que todo iba bien?

¡Claro!

Sabía que dejarme hacer lo que quería, en el fondo, siempre había sido la mejor manera de mantenerme a raya. Ahora que lo pienso, nunca me preguntó dónde iba cuando salía, he sido estúpida creyendo que al comportarse así demostraba respetar mis espacios.

En los últimos meses apenas me tocaba y no creo que me haya mecido en los brazos o reconfortado como... Carlos.

Maldición.

Acabo de comparar a Richard con Carlos. Apoyo la botella en la frente, me explota la cabeza y me falta el aire.

—Necesito salir, tengo que... Tengo que dar un paseo —balbuceo mientras voy hacia mi habitación. Me sigue en silencio y no dice nada cuando me ve ponerme la chaqueta, pero sigue observándome.

Richard nunca me miró como me mira él.

Nunca me tocó como me toca Carlos.

Estoy a punto de enloquecer, mi mente me está jugando una mala pasada. Me gustaría mirarlo a los ojos y convencerme que no es como pienso, pero soy demasiado cobarde. Me pongo los zapatos y me dispongo a salir, pero se pone delante de la puerta para bloquearme el paso.

—Ángel.

Ángel. Ángel. Ángel.

—¡Para, joder! No me llames ángel. ¡Richard me llamaba siempre ángel! —grito perdiendo los papeles y empezando a darle puñetazos sin que reaccione—. Tú no eres él. Para. Para —sigo gritando y golpeándolo en el pecho cada vez con menos fuerza hasta que me coge de las muñecas.

—Yo no soy «él». Soy el que te hará sentir bien. Soy el maldito desgraciado que fue más allá aunque descubriera que querías matarlo. Te guste o no, soy el que te puede hacer feliz —dice sacudiéndome.

No puedo contestar. Sus palabras me llegan directamente al corazón.

—Ahora, para de quejarte. Esa carroña puso en peligro a tu familia, traicionó a su mujer y es el responsable de la muerte de vuestro hijo —me regaña en tono áspero haciéndome temblar como una hoja—. Para de fingir, porque veo lo mismo que tú. Estamos juntos porque los dos lo queremos, sabías que no te habría obligado por la fuerza a quedarte y has usado mis palabras como excusa para no admitir la verdad.

Me suelta y retrocedo mientras me bajan las lágrimas por la cara.

—Dilo, Jennifer —insiste avanzando—. Dilo, joder, así podemos ir adelante y vivir —continúa con rabia.

Aterrorizada, sigo retrocediendo. No se parará, lo sé.

—Carlos, para —murmuro al darme con la espalda en la pared, pero apoya las manos a ambos lados de la cabeza y me mira a los ojos—. Sé valiente, Jennifer —insiste bajando la voz.

Respiro profundamente y cierro los ojos.

Me falta el aire, tengo miedo.

—No puedo hacerlo todo yo —susurra—. Debes encontrar el valor si

quieres que siga cuidándote.

No puedo respirar, está a punto de explotarme el corazón.

Abro los ojos y me reflejo en los suyos, derrotada.

Estoy lista para quemarme en el infierno durante toda la eternidad para tenerlo a mi lado.

—Destruyeme y llévame contigo —anuncio con voz temblorosa.

Pega el cuerpo al mío en un abrazo pacificador y me besa.

—Carlos —lo llamo llorando cuando me coge en brazos, después me lleva a la habitación y me deja en la cama. Se tumba junto a mí, apoya la cabeza en el codo y me mira.

Con el pulgar me seca las lágrimas, aparta un mechón de pelo detrás de la oreja y me besa la frente.

—Todo irá bien —susurra.

—Tengo miedo —confieso abrazándole con fuerza y escondiendo la cara en el cuello. Su perfume me embriaga y me calma.

—Haré que el miedo se convierta en alegría. Te prometo que serás feliz.

Carlos siempre mantiene sus promesas.

—Eres irritante, pero me gustas.

Sonríe.

—Tú también lo eres, pero estoy loco por ti —responde pasándome los dedos por el pelo y besándome de nuevo.

¿Qué pasará ahora? Él y su vida están a años luz de lo que imaginaba que era la felicidad, pero es lo que quiero.

—Esta noche dormimos, pero ten claro una cosa: no soy el tipo que está en la cama solo para acurrucarse, el sexo desenfundado es fundamental. Y los dos sabemos hacer buen sexo.

Lo miro fingiendo que estoy disgustada, pero en realidad su capacidad para pasar de tener cuidado a ser grosero en pocos segundos me divierte.

—No me mires así, dulzura —comenta con la expresión de quien cree que es una divinidad o, en este caso, el *Diablo*.

—No te miro de ninguna manera —respondo poco convencida, pero la sonrisa que tengo en los labios me traiciona. Como respuesta, me mira con malicia, se acerca y me acaricia el cuello con la lengua.

—Podría transformar esta noche en algo más interesante —dice con tono sensual.

Aguanto la respiración.

—Estás aterrorizada, pero también curiosa por descubrir cómo sería

quedarse, la tentación es fuerte —continúa deslizando los dedos por mi cuerpo hasta llegar al bajo vientre. Me provoca escalofríos.

—Carlos... —susurro para intentar pararlo, pero sin inmutarse me levanta la camiseta y empieza a dibujar pequeños círculos alrededor del ombligo.

—Estate callada y disfruta el momento.

Obedezco, pero solo porque me gusta lo que está haciendo.

Frota la cara en mi cuello y con la mano avanza bajo la camiseta para acariciarme el pecho.

Mmm, me gusta.

—Estoy esperando. Dime, ¿Cuánto me deseas? —me pregunta besándome el cuello y torturándome poco a poco.

Aparto las manos de su pelo y le acaricio la nuca.

Sus ojos se encuentran con los míos.

Lánzate. No puede hacer nada que no quieras.

—Mucho —susurro tras armarme de valentía—. Me haces sentir bien y es lo que necesito ahora.

Se tumba sobre la espalda y me lleva encima de él a su estilo. Me quita la camiseta, la tira al suelo y después me mira los pechos con satisfacción.

Estoy viviendo el momento sin preocuparme del después y es una sensación fantástica.

—Tu cuerpo me enloquece, tu carácter a veces hermético y a veces inconscientemente dulce me lleva al éxtasis —dice antes de asaltarme los labios con los suyos. Me aferro a su cuerpo acogedor y respondo al beso impulsada por las turbinas de la pasión.

—¿Me quieres dentro de ti? —me pregunta sabiendo la respuesta.

Ya estamos de nuevo.

La sombra de una sonrisa me aparece espontáneamente en los labios. A Carlos le gusta hacerse de rogar, se siente indispensable e importante.

—Sí, te quiero dentro de mí en este preciso momento. Quiero que me folles como solo lo sabes hacer tú —digo sin vergüenza cogiéndolo del cuello—. Quiero que me hables, que me digas todo lo que quieres hacerme, quiero sentirme llena y saciada y olvidarme de quién soy —continúo quitándole la camisa—. Y, sobre todo —añado sonriéndole con malicia mientras me agacho para liberarlo de los pantalones—, ya no recibo órdenes de ti —concluyo desafiándolo con la mirada.

Se apoya en los codos y me mira con el ceño fruncido, pero, como siempre, no me asusta.

—¿Estás segura de que quieres jugar a este juego, Jen? —me amenaza.
Modalidad Diablo activada.

—Vaya, señor Gardosa, no ha entendido cómo se hace de verdad —lo provocho quitándole el bóxer.

Me deja que haga lo que quiera, parece tener curiosidad.

Recorro con la lengua el asta erecta y lo miro directamente a los ojos.

Le rodeo el sexo con la mano y le lamo la superficie redonda y sedosa del glande.

—Esto es por todas las veces que me has hecho daño —le digo parándome y aumentando la presión.

No se descompone, pero sus ojos empiezan a arder.

—No lo hagas, te arrepentirás —me amenaza.

Ignoro la advertencia y con la otra mano le cojo los testículos.

—Esto es por haberme hecho sentir dolor —gruño mientras le aprieto.

Carlos me coge del pelo, pero no lo suelto.

—Juro que si no paras de inmediato, te follaré con tanta fuerza que no te levantarás de esta cama en semanas —ruge.

Mierda. Desisto al instante.

—Eres el diablo travestido de ángel —dice cogiéndome del pelo hasta inmovilizarme en la cama bajo su peso.

Me quejo y consigo una tregua, pero todavía parece enfadado.

—¿Sabes qué va a pasar ahora?

—¿Me vas a follar?

No, su expresión denota venganza.

—No, ahora me pongo manos a la obra, te hago llegar al culmen y después me paro —susurra en mis labios—. Y esto solo para recordarte lo que pasa cuando decides sacar al demonio que tienes dentro.

No estoy convencida del todo. En cierto sentido su juego me alivia, pero sé que al final no será una tortura del todo placentera, sabe cómo llegar a los confines de la crueldad.

—Carlos, no lo hagas —le suplico.

—Pero lo haré, es una promesa, Jen. ¿Sabes lo que quiere decir?

Suspiro, me rindo.

—Carlos Gardosa siempre mantiene sus promesas.

—Exacto.

JENNIFER

—Te he dicho cinco minutos, han pasado diez, ¡joder!

Me sobresalto y me doy la vuelta, Carlos está en el umbral de la habitación, lleva un traje azul oscuro, una camisa celeste con el cuello desabotonado y una expresión de enfado.

Está guapísimo, pero, como siempre, no pierde la ocasión de ser molesto, aunque en estos dos meses haya mantenido la palabra: me ha hecho sentir bien de verdad.

—¡Estoy casi lista! —exclamo poniéndome los zapatos de charol negro.

Me observa de arriba abajo y después me mira a los ojos.

—Nunca he llegado tarde y esta no va a ser la primera vez —gruñe.

Me levanto de la cama y estiro el vestido color plata y de escote generoso. Lo hago con calma para que pueda verme mejor.

—Perdona si esta noche quería estar perfecta para ti —contesto mientras voy a su encuentro—. Solo me falta ponerme el pintalabios y podremos irnos.

Me coge de la cintura y me para en el sitio.

—No lo hagas, quiero besar tus labios y sentir solo tu sabor —susurra en mi boca.

Los tacones me permiten hacer una de mis nuevas actividades favoritas sin tener que ponerme de puntillas.

Le acaricio los labios con los míos y le doy pequeños besos en las comisuras de la boca.

—Llevas un buen perfume —le susurro—. Un buen sabor —continúo lamiéndole el labio inferior.

—Y estoy de acuerdo contigo, el pintalabios lo estropea todo.

Tomo la iniciativa, lo beso mientras me acaricia la espalda con sus manos cálidas y fuertes hasta llegar a la nuca.

Esta será una noche especial, iremos a cenar fuera y no estaremos solos.

Ha insistido para que conociera mejor a Damián y Kris y, aunque la situación me haga sentir incómoda, quiero entrar de lleno en su vida.

Después de que todos descubrieran quién era de verdad, Kasandra intentó crear un vínculo conmigo, entendió mis razones y desde hace dos meses entre nosotras parece haber surgido una bonita relación. No le he dicho lo que sé de su pasado porque Carlos me lo contó en confianza, pero ahora puedo entender su comportamiento. Ya no la juzgo porque sé lo que ha sufrido.

Al principio, cuando decidí que quedarme sería una buena idea, hice un esfuerzo para aceptar la situación. Despertarme todos los días con él a mi lado y tener que compartir pensamientos y costumbres no ha sido fácil, pero al ir pasando los días la situación empezó a gustarme.

Durante la semana paso los días en Pueblo Esperanza. Aunque imparto clases solo tres veces a la semana durante una hora, intento echar una mano con los más pequeños: son adorables, me gusta jugar con ellos y cuidarlos. Carlos no se opone, parece estar contento que pase tiempo en compañía de los niños, y cuando el trabajo se lo permite, viene conmigo. Verlo dejar su lado duro y convertirse en una persona alegre y divertida me llena de felicidad. Siempre pienso en mi hijo y espero que esté bien allá donde esté, pero he intentado sustituir el dolor con los mejores recuerdos que todavía conservo de él.

—Vale, cariño, ahora que me has dado tu dosis de dulzura para hacerme más razonable, quiero recordarte que tienes que mover el culo y andar. Llegamos tarde —dice como si no pasase nada.

—Despacito, Carlos —sonríó acariciándole la cara.

Me besa de nuevo y después me mira a los ojos.

—Una vez más, cariño, esta noche date prisa —rebate cogiéndome de la mano y llevándome fuera de la habitación con poca gracia.

—Carlos —protesto. No puedo ir a su ritmo si va tan rápido.

—Venga, rápido, amor —me anima por las escaleras.

Debe estar nervioso, jamás le había visto tener tanta prisa desde que estamos juntos.

Me rindo, pero después me choco contra él cuando de repente se para en el atrio.

¿Qué pasa ahora?

—Me olvidaba de algo muy importante —anuncia ladeando la cabeza. Saca del bolsillo una bolsita de terciopelo y vacía el contenido en la mano:

es un collar con tres gemas maravillosas.

—Lo he mandado hacer expresamente para ti —continúa poniéndomela en el cuello—. Son las mismas piedras que te puse en el cuerpo aquella noche en el sofá.

Toco mi nueva joya y siento que el corazón me va a explotar en el pecho.

—Gracias, es precioso —digo con un poco de vergüenza.

Me besa y esta vez me coge de la mano para acompañarme al coche.

—Estás demasiado callada, ¿te encuentras bien? —me pregunta mientras atravesamos la ciudad.

—Estoy estupendamente.

Apoyo la mano en su pierna, y tras cambiar de marcha me la coge sin dejar de prestar atención a la carretera.

—Carlos.

—¿Sí?

Respiro a fondo y me armo de valentía.

Es el momento.

—Yo... —las palabras se quedan atrapadas.

Dilo, ya lo sabe.

Se queda en silencio y sonrío. Está esperando. *Esperará siempre sin perder la esperanza.*

—Creo que te quiero —admito asustada dando voz al pensamiento que ha permanecido callado hasta este momento.

Tengo miedo de descubrir que esta vez también ha sido una ilusión.

Tengo miedo de equivocarme otra vez.

Carlos disminuye la velocidad, gira a la izquierda, aparca, se quita el cinturón de seguridad y finalmente se vuelve hacia mí.

Sus ojos brillan, parece que está feliz.

—Yo también te quiero, Jennifer.

Mi corazón se para al escuchar esas palabras.

Me ama. Se me relaja el cuerpo, la tensión desaparece del todo.

—Respira, amor. Hace tiempo que sabes que te amo tanto como tú a mí. No hay otra forma para describir lo que hay entre nosotros.

Tiene razón, qué tonta.

Me abalanzo sobre él para abrazarlo con fuerza.

—Tenía miedo —le confieso escondiendo la cara entre el cuello y el hombro.

—Lo sé, y estoy aquí para que te sientas segura. Eres la razón de mi vida.

Sí, cuando quiere sabe ser romántico.

—Tenemos que bajar, siempre vamos tarde —recalca estropeando el momento.

Lo miro de reojo y levanta la ceja.

—¿Qué pasa?

—¿Te han dicho alguna vez que sabes elegir el momento perfecto? —gruño cerrando la puerta.

—Mira, cariño, no es mi culpa si has necesitado siglos para entender lo que ya sé desde hace tiempo —contesta con tono serio mientras se pone la chaqueta—. Ahora, ven aquí —me invita haciéndome un gesto para que me acerque.

Descontenta, obedezco con los ojos entrecerrados, pero cuando me pone la mano en la espalda se me pasa de inmediato.

Al entrar al restaurante veo que el interior es elegante y minimalista.

Me lo esperaba, le encanta la sobriedad.

Carlos saluda a alguien con un gesto de la cabeza y después me señala la mesa al fondo de la sala.

Hemos llegado, los otros ya están sentados.

—A buenas horas —comenta Kasandra mientras nos sentamos.

Carlos la mira contrariado, pero ella no parece preocuparse, levanta la copa y bebe.

—Bienvenida, Val... Jennifer —me saluda Damián corrigiéndose.

Sonríó por la vergüenza. Me siento bajo presión, tengo seis pares de ojos apuntándome, menos los de Carlos, que está echándome vino en el vaso.

—Bebe, te sentirás mejor —susurra acercándose a mí.

Este hombre es una sorpresa continua. Todavía debo entender cómo se anticipa a mí para intervenir en el momento adecuado.

—Y bien, ¿cómo va la vida en pareja? —pregunta Kris con un toque malicioso.

Kasandra pone los ojos en blanco y hace un gesto con la mano hacia él—. Nunca cambias. Agradece al menos que haya dado un paso adelante.

—Bueno, ¿de dónde sacas esta suposición tuya? Me da la sensación de que no pasas los días en mi compañía —protesta mirándola a los ojos.

—Eres demasiado egocéntrico, no hay necesidad de estar al lado para saber que no sabes lo que quiere decir la palabra “relación” —lo reprocha para reírse de él.

—¿Habéis terminado ya vosotros dos? —interviene Damián mientras

Carlos y yo disfrutamos de la escena.

Pensé que encontraría una cierta resistencia hacia mí, en cambio, se están comportando de forma natural, como si yo también fuese una más del grupo.

—Te queda muy bien el collar —comenta Kasandra dirigiéndose a mí.

—Es estupendo —respondo mirando a quien me lo ha regalado.

—¿Cómo va la campaña, Kris? —pregunta Carlos tomando parte en la conversación.

—Me lleva todo el día, y es por eso por lo que no voy a poder ir este sábado a la reunión con los rusos.

Carlos inspira y después bebe un sorbo de vino.

—He tenido que hacer saltos mortales para fijar el encuentro, deberíamos participar todos, pero entiendo que tu trabajo es importante.

—Ya sabes lo que pienso de los rusos, no me gusta su jefe —interviene Kasandra.

—Ni a mí, pero los necesitamos para tomar el control de las minas de Siberia —interviene Damián.

—Lo sé, pero Iván Volkov no me agrada —contesta pensativa.

—A ti no te gusta nadie —comenta Kris.

Los dos se meten mucho entre ellos, dan la impresión de que son hermanos.

—Chicos, no tienen que gustarnos, solo debemos terminar el asunto. Fin —declara Carlos silenciando a todos.

Autoritario y controlado. Solo lo puede hacer él.

Nos sirven los entrantes y el clima cambia, las risas vuelven. No han nacido como familia, pero es como si lo fueran porque todos están unidos por un vínculo irrompible. Han atravesado el infierno, pero al final han renacido más fuertes que antes.

—Dime, Jennifer, ¿es verdad que tenías la intención de matarlo? —interrumpe Kris de la nada apuntándome con la mirada.

Carlos apoya la mano en la mía, la aprieta y responde antes de que lo haga yo.

—En verdad todavía sigue queriendo matarme, pero hemos hecho un pacto —bromea sonriendo.

Todos se ríen, yo incluida.

—Un pacto con el diablo —añado susurrándoselo al oído y besándolo en la mejilla.

—Al menos contente delante de nosotros —me regaña Kasandra.

Avergonzada, enderezo la espalda y bajo la mirada hacia el plato. Quizás tenga razón, debería ser menos afectuosa en público.

—No pienso igual, ¿qué problema tienes, Kas? —contesta Carlos tirándome hacia sí—. Damián, ¿cómo va el gimnasio? ¿Has resuelto el problema con el entrenador? —continúa ignorando cualquier intento de respuesta por parte de su amiga.

—Diría que sí, pero hay un clan en Puerto Rico que empieza a meter las narices en mis asuntos —explica el hombre mientras come.

—¿Vives en Puerto Rico? —pregunto con sorpresa.

El hombre levanta la vista y asiente. *No lo entiendo, ¿ha venido hasta aquí por... esta cena?*

—¿Y tú, Kris, vives en Cuba?

—Santo Domingo —responde sacudiendo la cabeza.

Vaya. No están a la vuelta de la esquina.

—¿Ahora me entendéis cuando digo que es curiosa? —gruñe Carlos.

Los otros sonríen, pero me quedo quieta por el asombro.

¿Les ha hablado de mí?

—La única que se queda aquí contra su voluntad soy yo —protesta Kasandra—. Habría elegido Italia por los largos paseos entre los viñedos de la Toscana. Pero estoy atrapada aquí.

Me río al observar su mirada soñadora.

Los hombres no parecen apreciar mucho su confesión, de hecho, la miran mal.

—¿Qué pasa? Los tres habéis tenido la posibilidad de elegir, yo no —dice antes de tomarse de un trago todo el vino de la copa.

—Sabes que no puedo hacerlo sin ti, además, aquí tienes todo lo que quieres —le susurra Carlos con ternura.

Levanta una ceja, contrariada.

—Puedes encontrar a alguien mejor que yo, de hecho, si quieres te puedo aconsejar a alguien para el control de la calidad, solo hay que preguntar.

—Kas, solo me fío de ti.

Se acerca a ella y reduce la voz a un susurro.

—Solo tú puedes ocuparte de esas rarezas.

Suspira y levanta las manos en señal de rendición.

—Vale, hagamos como que no he dicho nada.

El silencio retumba en la mesa. Imagino que entre ellos, como en todas las

familias, tienen sus problemas.

Los observo intercambiar miradas de complicidad con el rabillo del ojo entro un bocado y otro. Han crecido juntos, se conocen muy bien, pero cada uno ha elegido caminos distintos y en ciudades diferentes. La única insatisfecha parece ser Kasandra, y pienso que es absurdo que Carlos no pueda encontrar a nadie que pueda hacer su trabajo. Entiendo que no sea fácil fiarse, pero ella tiene el derecho de vivir como quiera.

Al terminar la cena, nos despedimos con la promesa de volvernos a ver lo antes posible. Según lo que me ha explicado Carlos, se reúnen una vez al mes y en fechas señaladas.

Ha sido un encuentro insólito, para unos ha sido agradable, pero para otros ha habido demasiadas alusiones. Quizás vaya mejor a próxima vez.

Al salir del restaurante, Carlos me besa el cuello y me rodea con los brazos.

—Ha estado bien, ¿no?

Vuelvo la cabeza hacia él y sonrío.

—Sí, he estado bien.

Sus ojos escavan dentro de mí hasta que encuentran lo que buscan.

—Corazón —dice mientras le acaricio la cara.

—Corazón —repito uniendo los labios.

Es un beso lleno de amor, porque al final he aceptado la verdad: me he enamorado de quien creía que era mi enemigo sin saber que, desde el principio, era mi más fiel aliado.

JENNIFER

Estoy de pie frente al espejo, pero no para revisar el maquillaje ni para ver si el vestido está arrugado, he venido a admirar el collar de piedras preciosas. *Es una maravilla, no me puedo creer que sea mío.*

Hoy es el cumpleaños de Carlos y quería que yo fuera su regalo.

Me gusta lo que veo, me excita saber que dentro de poco entrará por la puerta y me considerará un regalo.

No se puede decir que nuestra relación haya nacido bajo los mejores augurios, pero creo que ha contribuido a perfeccionarla para nosotros. Al principio, por Carlos sentía una atracción que pensaba que no estaba bien, hasta que me encontré contra la pared y tuve que admitir mis errores. A pesar de descubrir que tenía la intención de matarle, me ayudó a desvelar la verdad de la muerte de Richard y Davis, intentó reconfortarme y quiso darme tiempo para que me abriera poco a poco y me pudiera conocer. Su tranquilidad es un bálsamo para mi impulsividad, pero ha sido su gran corazón el que me ha conquistado, y es solo gracias a él si he permanecido a flote cuando pensaba que me estaba ahogando.

Cada día siento que me está devolviendo a la vida.

La puerta de la habitación se abre, Carlos entra y la cierra. Me penetra la carne con los ojos mientras se desabrocha los primeros botones de la camisa.

—Desnúdate y ponte de pie encima de la silla —me ordena con autoridad.

Vaya, el juego acaba de empezar.

Dejo caer el vestido al suelo y me subo a la silla dándole la espalda. Siento que se acerca y se pega a mí para guiarme las manos hacia el respaldo. Noto que las puntas de sus dedos me tocan la espalda y con una caricia desliza el tanga turquesa hasta los tobillos.

Giro la cabeza para disfrutar la escena, se agacha para llenarme de besos húmedos el interior de los muslos hasta abrir los labios de mi intimidad con la boca. Sus manos me empiezan a masajear las nalgas y se acerca sin prisa al escondrijo prohibido que ya violó con vehemencia. Ahora es distinto, se

aventura con la lengua y los dedos, que entran y salen provocándome una languidez insaciable.

Cierro los ojos arqueando la espalda y empieza a concentrarse también en mi sexo, me masajea el clítoris y me penetra con la otra mano cada vez más al fondo hasta arrancarme un gemido.

Me da una bofetada en el trasero y el placer se vuelve doloroso por el deseo de arder.

—¿Me deseas? —me pregunta, como siempre.

—Sí —es la única respuesta posible.

CARLOS

—Mírame —le ordeno con autoridad.

Levanta la vista y traga.

Maldita sea, es preciosa.

Es de lejos el mejor regalo de cumpleaños que jamás haya recibido.

Sus ojos penetran en los míos y aguanto la respiración a la espera de ver su esencia salvaje y desinhibida arder por mí.

—Túmbate en la cama —le ordeno mientras voy a su lado.

No dice nada, pero las mejillas se le encienden por la vergüenza.

Me hace gracia verla así sabiendo que soy su único apoyo, el único que puede conducirla al placer. Ya sabe cuándo discutir y cuando ser seria, y esta es una situación muy seria.

Me he pasado todo el día deseándola, no veía la hora de volver a casa. Por la tarde le escribí un mensaje diciéndole que la quería ver en la habitación porque tenía en mente algo especial, y así lo ha hecho, estaba segura de que se iba a divertir.

Esto sí que es confianza.

Se sube a la cama y se pone bocarriba, levantando un poco la pelvis. Me encanta su culo, me gustaría morderlo, azotarlo y después besarlo para aliviarlo.

—Echa los brazos hacia adelante —continúo poniéndome detrás de ella.

Lo lleva a cabo sin hacer preguntas, esta noche está siendo sumisa, pero sé que arde de la rabia porque no es dueña de la situación. Me lo estoy pasando de lujo.

Con los dedos le acaricio la espalda y su cuerpo tiembla por mí.

Menudas vistas.

Le ato las muñecas con lazos de raso rojo que he cogido expresamente para la ocasión, luego le ato los tobillos. Me aseguro de que los nudos no le aprieten demasiado, no quiero hacerle daño.

—Estás atrapada, corazón —afirmo complacido.

Quiere estar atrapada, quiere depender de mí.

Acaricio sus formas perfectas y después la empujo para aplastarla en el colchón.

Me pongo a horcajadas sobre ella y me acerco a su oído.

—¿Qué quieres hacer ahora? —le susurro.

Suspira volviendo la cabeza hacia mí y se muerde el labio.

¡Joder! Me vuelve loco.

Dependemos el uno del otro. Hacía mucho tiempo que no saboreaba la felicidad, con ella he vuelto a vivir con el mismo impulso que tuve cuando creé Pueblo Esperanza.

—Usa la fantasía, soy toda tuya, por si aún no te habías dado cuenta.

Pequeña provocadora.

Le propino una bofetada sonora y chilla.

—¿Me equivoco o esta noche estamos siendo unos descarados? —le pregunto besándole el cuello. Se calma, pero intenta liberar las manos para tocarme.

—No, quiero que estés inmóvil —le advierto.

Jennifer suspira y deja caer la cara sobre el cojín. Le recorro la espalda con la lengua, se excita.

—Carlos —dice para pararme cuando me acerco de nuevo a sus nalgas.
Bonitas y duras, como a mí me gustan.

—¿Quieres tocarme? —le pregunto satisfecho, pero recibo silencio como respuesta.

Claro que sí que quiere, le encanta agarrarse a mí y hundirme las uñas en la piel, pero esta noche no tendrá nada de eso.

Llevo el índice hacia su sexo y después vuelvo hacia atrás parándome en el ano. Se sobresalta un poco cuando llego al sitio.

—Sácame de dudas —le digo antes de besar las dos semiesferas perfectas.

—Fuiste el primero y fue muy doloroso. Ese día me diste una razón más para matarte —me responde antes de que le pregunte.

¡Mierda! Lo sospechaba.

Recuerdo que un segundo antes de sorprenderme de lo estrecha que era la escuché gritar, fue cuando me di cuenta que le había hecho daño de verdad.

—Lo siento si te partí en dos, pero te juro que no era mi intención —me justifico.

—Te expresas como un príncipe, sobran las palabras —comenta en tono burlón empujándome el cuerpo.

La rebato dejándole la señal de mis dientes.

Me gusta, ahora sí que se ve mi huella.

—¡Eres un idiota! —exclama retorciéndose hasta ponerse de lado.

No le gusta nada estar atrapada.

—¿Cómo dices? —le pregunto levantando las cejas.

Me mira a los ojos. Está tan guapa como molesta.

—Lo que has entendido. Ahora desátame, porque estoy incómoda —me ordena.

¿Ah, sí? El juego se está volviendo interesante. Le arrastro el cuerpo hasta el centro de la cama y chilla mientras se retuerce.

—Estás en problemas —canturreo doblándole las piernas sobre el tórax. Ahora que está expuesta a mi completa disposición pienso aprovecharme.

—Carlos, te lo ruego, desátame —lloriquea.

No le hago caso, la tengo inmovilizada. Acercó la boca a su jugosa fisura. Intenta liberarse, lo que me pone aún más, así que me abalanzo sobre su sexo, le muerdo los labios y lo penetro con la lengua.

Jadea, no deja de luchar para intentar huir, pero me vuelve todavía más loco. Le agarro las nalgas y me nutro de ella.

Escucho sus gemidos, la veo relajarse y sonrío victorioso.

Subo las manos a su pecho, lo rodean y le aprieto los pezones para encender sus sentidos.

De repente se vuelve silenciosa.

No es buena señal.

Levanto la vista justo a tiempo para ver que ha sacado las manos del lazo.

Joder, no tendría que haberla subestimado.

—¡Maldita traidora! —gruño intentando pararla. Luchamos. Ella chilla, pero no deja de moverse. Quiere desatarse y está usando todas sus fuerzas. Tras liberar las piernas me rodea la cintura con ellas.

—Quieres ganar a lo fácil, Gardosa, no está bien —afirma satisfecha y agarrándose a mis hombros para levantarse.

Soy más fuerte que ella, todavía podría encerrarla con mi cuerpo si

quisiera, pero la chica está tan empeñada que me excita aún más. Me encanta su naturaleza rebelde y sus intentos por plantarme cara sabiendo que odio que me desobedezca.

—Haz el amor conmigo —susurra con un hilo de voz y mirándome a los ojos.

Le cojo la cara con las manos y la beso porque estoy loco de amor y es indescriptible lo que siente mi corazón por ella, mi dulce mujer, capaz de darse a sí misma.

—Desnúdame y repítelo.

Me ha jodido la cabeza y el corazón.

Después de quitarme la camisa y de haberse tomado todo el tiempo del mundo para enloquecerme, me quita el cinturón de los pantalones y lo usa para atraerme hacia sí y juntar nuestros labios. Su beso sin frenos me demuestra que ya ha empezado a creer en mí, en nosotros.

Joder, voy a explotar, tengo que tenerla y sentirla, quiero penetrarla.

Me quita el bóxer poco a poco, me mira el miembro y después me mira con ojos magnéticos.

—¿Vas a hacerme el amor? —me pregunta con una dulzura capaz de derretir el Ártico.

Dulzura, ese sentimiento que nunca había conocido hasta que llegó ella.

También me sentí amado y querido por lo que soy en algunos de sus gestos cuando me odiaba y llevaba puesta la máscara. Le acaricio la cara cubriéndola con mi cuerpo y nuestros ojos bailan juntos.

—Siempre te haré el amor, Jennifer —le prometo entrando en ella.

—Despacito —me susurra en los labios.

Sonrío porque no creo que haya entendido que le dará siempre lo que quiera.

—Despacito, corazón —repito saboreando su piel y disfrutando cada momento.

Gime de placer cuando profundizo más en ella. La siento contraerse por mí, es maravilloso.

—Carlos —jadea hundiéndome las uñas en la espalda. No respondo, sigo entrando y saliendo de ella poco a poco tal y como me ha pedido, aunque me gustaría dejarme llevar por el instinto y adueñarme de ella sin parar.

—Carlos, más —me incita desesperada.

Vaya, cariño, tú lo has querido.

Le abro las piernas y profundizo con más determinación. Me apodero de

su boca y su respiración hasta que explotamos juntos, apagados y exhaustos.

Ruedo por la cama para ponerla encima de mí y la acuno en los brazos mientras sigo dentro de ella, porque no quiero dejarla nunca.

Reposa tranquila mientras le beso la frente.

El infierno se ha desvanecido, ahora vivo en mi paraíso, donde siempre hay un ángel que me espera, mi *corazón*.

—Feliz cumpleaños, Carlos —me susurra con dulzura. Me siento completo.

JENNIFER

Después de pasar más de cuatro horas de compras por la ciudad escoltada por el chófer, por fin he vuelto a casa. Necesitaba salir un poco de la rutina, aunque a decir verdad fue Carlos el que me pidió que saliera. Tenía una reunión de negocios y no me quería tener por ahí.

Típico.

Me he quitado la necesidad de gastar a su costa, aunque lo que he comprado no es para mí, sino para los chicos de Pueblo Esperanza, pero supongo que no tendrá objeciones al respecto.

Cuando llego a la puerta de la villa veo a un grupo de energúmenos de aire intimidatorio vestidos con trajes elegantes y gafas de sol esperando cerca de dos coches de gran cilindrada.

¿Quiénes son estos hipotéticos «socios»? Con los ojos fijos en el grupo, salgo del coche y llamo inevitablemente su atención.

No hay rastro de Carlos, pero Adrián está hablando animadamente con uno de ellos, y, cuando me ve, viene de inmediato a mi encuentro. Parece que está preocupado.

¿Se suponía que no debía cruzarme con esos hombres?

Atrapada entre el coche y la puerta, lo saludo con vergüenza.

—Eh, ¿qué haces aquí? —pregunta en un susurro.

Observo con atención detrás de él y me doy cuenta de que uno de esos tipos me está mirando con interés.

—He terminado el paseo. ¿Dónde está Carlos? —le pregunto concentrándome en él.

—Carlos se va a poner furioso —suspira dirigiéndose más al chófer que a mí.

—Él siempre está furioso —puntualizo arrancándole una sonrisa.

Cojo algunas de las bolsas con mis compras y como si nada me dirijo a la puerta. Me siento observada.

Muy observada.

Un cuerpo imponente me bloquea el paso. Cuando levanto la mirada, me encuentro frente a una cara de rasgos angulares adornada con una melena leonina rubia que le llega hasta los hombros y cubierta con una gran cantidad de gel.

—Hola —me dice quitándose las gafas de sol.

Vaya, no está nada mal.

Ojos verde oliva, ceño serio. Seguramente sea extranjero, tiene acento raro, demasiado pronunciado.

—Hola —repito sin moverme del sitio.

Sus ojos escudriñan los míos, bajan rápidamente por los labios y después vuelven a mirarme.

En ese momento, Kasandra sale de la villa, se pone a mi lado y mira con aire amenazador al hombre, pero no dice nada.

—¿Cómo te llamas? —pregunta especialmente interesado.

—Ve a casa enseguida —murmura Adrián por lo bajo cogiéndome las bolsas de las manos. Por su desagrado, entiendo que no debería hablar con nuestro huésped.

No promete nada bueno.

—Jennifer Blain —respondo—, y, si me disculpa, tengo prisa —le digo apartándome a un lado para entrar en la casa.

—Un nombre muy bonito —afirma complacido, bloqueándome nuevamente el paso. Lo observo durante un instante, pero me distrae el ruido inconfundible de unos pasos que retumban en el atrio.

Ya estamos como de costumbre, Carlos Gardosa ha llegado por fin y de nuevo está hecho una furia.

—Jen —me llama con voz profunda parándose a un paso de mí.

—Carlos —lo saludo permaneciendo impasible.

Si piensa enfadarse conmigo solo porque le he dirigido la palabra a un desconocido, se está equivocando.

Mira al hombre mientras se inclina hacia mí, me levanta la barbilla con los dedos y me besa con pasión delante de todos.

Excelente, acaba de marcar el territorio.

—Una pena —comenta el rubio. Los dos nos volvemos hacia él en shock, vemos que sonrío y se vuelve a poner las gafas de sol.

En ese momento, Carlos se acerca y me pone a su lado para que le dé la mano.

—Iván Volkov, esta es mi novia —anuncia con autoridad, etiquetándome.
¿Novia? Genial.

El hombre extiende la mano, la estrecho y finge tocarme el dorso con los labios sin quitarme los ojos de encima.

Vale, esto es demasiado.

Tengo la impresión de que he entrado en un juego donde el prestigio se mide según las posesiones, vidas incluidas.

Retraigo la mano.

—Entra, iré pronto —me avisa Carlos con seriedad mientras sigue escudriñando a Volkov, pero este me hace un gesto de despedida y se va hacia su coche, al lado de Kasandra. Ella le dice algo y él le regala una sonrisa maliciosa.

Bien, el tornado parece que ha pasado sin dejar demasiados daños.

Ayer en la cena se habló mucho sobre el encuentro con los rusos, e Iván Volkov tiene que ser el jefe, estoy segura de ello.

Tras cerrar la puerta, no pasa mucho tiempo hasta la llegada de Carlos.

—¡Has venido antes! —exclama mirando mis compras.

—No sabía que tenía un horario. ¿Quién era ese hombre?

—No es asunto tuyo.

—Hoy estás especialmente dictatorial —le reprocho.

—Y tú, como siempre, metiendo las narices en mis gustos —rebate mirando fijamente a mis ojos—. ¿Quieres que sigamos esta conversación en la habitación? Conozco muchas formas de saciar tu curiosidad —me sugiere con tono provocador.

—Diría que no.

Su cuerpo se endurece y me cuesta controlarme para no retroceder.

—¿Cómo dices? —pregunta con voz inquieta.

—Ya lo has escuchado. No quiero —respondo con firmeza.

Lo estoy desafiando.

Se vuelve loco cuando lo desafío.

—¿Estás segura? —insiste con el ceño fruncido.

Maldita sea. Si antes estaba furioso, ahora se podría decir que está endemoniado.

Doy un paso hacia atrás sin apartar la mirada.

—Lo siento, sabes que no puedo evitar saber todo lo que tiene que ver contigo, pero si no quieres decirme quién era ese hombre, está bien. Ahora, si no te importa, voy a descansar a la habitación antes de cenar.

—Te aconsejo que no te muevas.

Sorprendida por sus palabras, me quedo paralizada. Me tira hacia él y me sujeta la barbilla.

—Veamos quién manda —susurra en mis labios antes de devorarlos.

Abro los ojos y veo la expresión burlona de su cara.

Espero que nunca paremos de provocarnos.

—Odio a mi *diablo* con corazón de ángel —le susurro rodeándole con un brazo.

Se ríe mientras me acaricia el pelo y los hombros. Sus manos se deslizan por mi espalda y me rodea el cuerpo para abrazarme.

—Querrás decir que vivo de tu odio, que es la cosa más bonita que me ha pasado.

—¿Quién era ese hombre? —insisto.

Resopla por la desesperación y después retoma el control para mirarme con aire amenazador.

—No lo intentes, Gardosa —le aviso apuntándole con el dedo en el pecho.

Sigue mi gesto con los ojos.

—Estás buscando problemas, corazón —me advierte. Rápido como un halcón, me coge de la muñeca y me lleva un índice a sus labios.

—De hecho, ya los has encontrado —susurra metiéndose el dedo en la boca para chuparlo.

Cielos.

Me arde el cuerpo, pero mi mente no se rinde y quiere hacerse respetar.

—Carlos —protesto, pero mi voz se ha reducido a un hilo.

Trago cuando me suelta el dedo de la boca.

—¿Sí?

—Voy a organizar las compras —le digo poco convencida retrocediendo un paso.

No parece estar de acuerdo, cruza los brazos y me observa.

—¿Qué has comprado? —me pregunta con tono serio.

—Ropa para los chicos, zapatos y otras cosas —le digo sin detallar mucho.

—Los estás malcriando, eso no está bien —me reprocha.

—¿Te he dicho alguna vez lo que siento cuando me gasto tu dinero para malcriar a los niños? —le pregunto con desfachatez mientras empiezo a subir las escaleras sin recibir respuesta—. Me explota el corazón de alegría

—concluyo dándome la vuelta para sonreírle.

—Jennifer —me llama.

Me recorre un escalofrío, pero decido plantarle cara.

—¿Sí, *diablo*?

No se ha movido, sin embargo, su expresión está más relajada.

—Hablaemos de Iván Volkov en la cena.

Sonrío satisfecha. Dejo caer las bolsas a su alrededor.

Le pongo las manos en los hombros y me pongo de puntillas para acercarme a su cara.

—Gracias —susurro antes de besarlo con dulzura. Siento que sus músculos se relajan, y poco a poco me abraza con fuerza.

—Esta noche quiero un premio, me lo merezco —contesta.

—Tendrás tu premio cada vez que seas razonable.

Me mira petrificado.

—Estás jugando con fuego —murmura inclinando la cabeza. Aguanto la respiración cuando me roza los labios con la lengua.

No cederé, no caeré en su trampa, mi honor depende de ello.

—Ahora ve —dice interrumpiendo el abrazo y dejándome como una idiota en mitad del pasillo. Es absurdo que siempre quiera tener la última palabra. Esta noche hablaremos también de eso.

—El *diablo* también tiene una debilidad —le recuerdo mientras se aleja.

—Lo sé, eres tú —responde sin darse la vuelta.

JENNIFER

Miro el coche con reticencia, está empantanado hasta la carrocería. He arrancado varias veces el motor, pero solo consigo que la rueda se atasque más en el fango. *¡Maldita sea!* Le doy una patada al parachoques maldiciendo en voz baja.

—No vas a hacer mucho así —comenta una voz masculina a mis espaldas. Desesperada, me giro hacia Carlos, que se lo está pasando bien mirándome.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto poniendo los brazos en jarras.

—No creo que necesite pedirte permiso para seguirte —responde echándole un vistazo irrisorio al Jeep.

—Claro —gruño con voz helada.

—Creo que necesitas un buen empujón —afirma con malicia.

Dios, ¿pero es que no piensa en otra cosa?

Finjo no haber entendido el doble sentido y miro mis zapatos llenos de barro. Están perfectamente conjuntados con los vaqueros, que ya están irreconocibles.

¡Qué rabia!

—Ayer estaba lloviendo cuando volviste, ¿por qué no aparcaste el coche en el garaje? —pregunta con arrogancia.

—Si no lo has olvidado, la idea de hacerme coger el coche en lugar de la moto fue tuya. Cuando volví de Pueblo Esperanza estaba cansada, no tenía ganas de maniobrar, y los sitios que había delante de la villa estaban ocupados. Pensé que no pasaría nada si lo dejaba aquí.

Me mira con aire burlón, estoy furiosa.

Resoplo, lo empujo a un lado y me subo al asiento del conductor.

Tras arrancar nuevamente el motor, meto la marcha y acelero, pero solo consigo que se produzca una nueva explosión de barro en el aire.

Maldita sea.

Furiosa, me quedo inmóvil mirando fijamente el volante. Suspiro varias

veces para calmarme, abro la puerta y salgo.

Me planto delante de Carlos, que me mira impasible.

—No te quedes ahí parado, ayúdame —le pido.

Me pone el dedo índice bajo la barbilla y con el pulgar me acaricia el labio inferior.

—Me gusta verte enfadada, *corazón*.

Levanto la vista al cielo, estoy desesperada. *No es capaz, es más fuerte que él.*

—Te falta un poco más de dulzura —exclama entrando en el garaje, luego vuelve con dos placas largas. Mientras las coloca frente a las ruedas delanteras, lo observo con impaciencia y los brazos cruzados, dando golpes en el suelo con la punta del zapato.

Se levanta y me observa.

—Vamos, mujer —comenta señalándome el coche.

Es arrogante, pero también muy sexi.

Una sonrisa peligrosa coge forma en sus labios. Vaya, me tiemblan las piernas.

—Pon la marcha, yo empujo —me ordena—, pero no aceleres demasiado esta vez —dice en tono de burla poniéndome la mano en el hombro.

—Has mordido el polvo, sé cómo se conduce —le recuerdo con aire de superioridad.

Se acerca peligrosamente.

—¿Estás buscando problemas, amor? —susurra tocándome un mechón de pelo.

Su voz es como una descarga de adrenalina a que no pagaría ni bajo tortura.

Me besa los labios y después me deja para que vuelva al coche.

Acelero poco a poco, las ruedas delanteras empiezan a adherirse a las placas y el coche se mueve. Procedo despacio, pero cuando veo su expresión de fanfarrón, dentro de mí se desata algo, así que piso el acelerador haciendo que el coche salga disparado como un plátano de su cáscara.

Entonces apago el motor y sonrío satisfecha.

Ahora sí que estás guapo.

Salgo del coche y, cuando lo veo a cuatro patas en el fango, intento poner expresión de desolación. *Ups.*

Me mira y sus ojos me traspasan como una flecha.

—¿Quieres jugar sucio? —pregunta.

Al ver su cara llena de fango me resulta difícil estar seria, e inevitablemente se me levantan las comisuras de la boca.

—Ya veo que te lo estás pasando bien.

Me apoyo la mano en el pecho.

—Lo siento, amor, no era mi intención —afirmo intentando contener las risas.

—Si lo miramos así, tendré que agradecértelo —dice cogiéndome de la mano y arrastrándome hacia sí.

Ya está, ahora estoy oficialmente para tirar.

Soplo para apartarme el mechón de pelo que me ha caído sobre los ojos y, sin pensármelo dos veces, recojo un poco de fango y se la restriego por la mejilla.

A modo de respuesta me coge la cara con las manos sucias y hace lo mismo. Estamos totalmente fuera de control. Cojo más fango y se lo restriego por los brazos, me imita y el ambiente empieza a caldearse.

Carlos me coge por debajo de los brazos como si no pesase nada y hace que me siente a horcajadas sobre él.

—Estamos los dos sucios —comento riéndome mientras me mira con un brillo extraño en los ojos.

—Tienes razón, tenemos que solucionar el problema.

Le acaricio la cara y le miro los labios. Son perfectos, me dan ganas de morderlos.

—Apóyate —me dice mientras me rodea con una mano y con la otra se ayuda para levantarse. Una vez en pie, pone mejor mis piernas alrededor de sus caderas mientras que yo me quedo agarrada a su cuello.

—Puedo andar —le susurro apoyando la barbilla sobre su hombro.

—No para lo que tengo en mente.

Mmm... Interesante.

Rodea la villa y atraviesa el jardín trasero.

—¿Adónde vamos? —pregunto confusa.

—No te sueltes de mí en ningún momento —me advierte.

Me giro para preguntarle el por qué, pero ya no hace falta, veo la piscina, cuya superficie está inmóvil. Se pone a correr y chillo. Cuando saltamos al vacío aguanto la respiración y cierro los ojos al caer al agua.

No me suelta y no tengo intención de soltarme. De vuelta a la superficie, inspiro a pleno pulmón y lo miro confusa.

—Me has ensuciado, ahora lávame —dice con malicia. Tiene la cara llena de gotas de agua.

—Estás loco, ¡has ensuciado la piscina! —exclamo atónita.

—No es el fin del mundo —responde encogiéndose de hombros.

Empiezo a limpiarle la cara con cuidado, pero me quedo quieta cuando me mete la mano bajo la camiseta.

—Carlos.

—Sigue limpiándome.

Suspiro.

Sus manos me acarician la espalda, pasan por las caderas y suben por mi vientre hasta llegar al pecho.

—No es buena idea —murmuro sin poder apenas respirar. Una vez más, mi cuerpo solo vibra cuando me toca.

—¿Quién lo dice?

—Yo —respondo acariciándole el cuello.

—Ahora veamos qué me dices de esto —responde tirándome bruscamente hacia sí para besarme.

¿Por qué sus besos son siempre tan perfectos?

Saboreo sus labios, pero decido que es mejor parar antes de que sea demasiado tarde. Lo siento por él, pero hoy no tengo tiempo. Tengo que ir a la pastelería a recoger la tarta de cumpleaños que he encargado para Víctor, el primer niño que conocí en Pueblo Esperanza. El pequeño cumple seis años mañana y esta tarde se hará una fiesta en su honor

—Carlos, tengo que irme, llego tarde —me quejo intentando salirme de su presa.

No responde, sigue moviendo las manos hasta llegar a las nalgas.

Como una serpiente, me deslizo entre sus brazos y me sumerjo en el agua mientras intenta apresarme. Nado lo más rápido que puedo, pero consigue cogerme del tobillo.

¡Esta vez no, Gardosa!

Logro liberarme y, una vez en el borde de la piscina, salgo rodando fuera.

—¿Sabes qué va a pasar cuando te pille? —pregunta nadando hacia mí.

Me levanto, retrocedo y miro victoriosa, pero con el corazón martilleando en el pecho.

Estamos jugando y me gusta mucho.

—Antes tendrás que alcanzarme —digo chascando los dedos y corriendo hacia la villa.

—¡Te has metido en problemas! —grita mientras me río sacudiendo la cabeza.

Sé que conseguirá cogermé.

CARLOS

No, querida mía, no te vas a salir con la tuya, ni siquiera tú.

Le dejo un poco de ventaja, el justo para que se crea libre. Tendrá que ducharse, y para hacerlo tiene que desnudarse. *Mmm, preveo una buena follada.* Me encojo de hombros y me echo hacia atrás el pelo concentrándome en mi presa, que desaparece detrás de una esquina.

Voy con mucha calma y algunos de mis hombres me observan con sorpresa. A modo de respuesta, los fulmino con una mirada inequívoca: *meted las narices en vuestros asuntos.*

Empapado y goteando, entro en la villa con el único objetivo de darle una lección a esa rebelde. Cuando la tenga en mis manos no pararé hasta que pida perdón por su insolencia.

—Pero qué diablos...

Me vuelvo hacia Adrián y levanto la mano.

—No. Digas. Nada.

Cierra los labios, el idiota está aguantándose la risa.

Buen amigo.

—Hazme un favor: envía a alguien a la pastelería para recoger la tarta y que la lleve a Pueblo Esperanza. Ah, y recuerda también avisar a Gracia que Jennifer y yo llegaremos tarde.

Se lleva una mano a la boca para ocultar la risilla.

—Esa chica te ha condenado —comenta con tono de burla.

Lo miro con el ceño fruncido y subo.

La idea de la piscina me había parecido divertida, pero ahora que tengo el bóxer pegado a los testículos ya no estoy seguro.

Entro en el apartamento sin hacer ruido.

¿Dónde estás, diablilla?

La escucho canturrear a lo lejos.

Está de buen humor, bien. Será más divertido.

La puerta del baño está entrecerrada, me acerco, la abro despacio y la veo. Está de espaldas, completamente desnuda y está regulando la temperatura de la ducha.

Nunca me cansaré de mirarle el culo, es una obra de arte, sobre todo cuando lo marqué con los dientes.

Mía, toda mía.

Suficiente, ha llegado el momento de atraparla, ya no lo resisto más.

Entro y cierro la puerta de golpe a propósito.

Se sobresalta y se da la vuelta. El miedo y la diversión le iluminan la mirada. Sabe lo que ha hecho y se esperaba mi reacción.

—Carlos.

—Tenemos un problema, Jennifer —la amenazo mientras avanzo.

Retrocede en la ducha, tiene los ojos perdidos en los míos. El agua cae sobre su cuerpo, el pelo rubio y largo se le queda pegado a la piel. Me deleito ante la perfección de lo que veo, parece una diosa.

Joder, me ha hecho perder la cabeza, el corazón y todas las células de mi cuerpo.

Respiro a fondo y llego hasta ella dando tres zancadas.

Mi amor se muerde el labio y parpadea las largas pestañas. *Manipuladora.* Conozco bien su juego. El papel de la virgencita ingenua ya no te va a servir de nada.

—Llego tarde —me recuerda apoyando la espalda en la pared.

En realidad lo desea, pero como siempre, intenta hacerme creer lo contrario.

La atrapo con el cuerpo y me pego a ella, le rozo la frente con los labios.

—No vas a ninguna parte —susurro.

Jennifer levanta la barbilla y frunce el ceño, desafiándome una vez más.

No me esperaba otra cosa. Le dejo tiempo para que decida qué hacer, pero ya sé que se va a rebelar, lo que aumentará mis ganas de poseerla.

—Llego tarde —repite con más firmeza.

Intenta empujarme, pero me quedo donde estoy.

—Exacto, llegas tarde.

Me agacho para acariciarle los labios con los míos.

—Carlos.

—Silencio.

Le diseño el perfil de los labios con la lengua, no se echa atrás porque le gusta. Su respiración es corta, puedo sentir los latidos de su corazón, su

cuerpo vibra cuando le toco las caderas con las manos.

—Sí... —responde justo como me gusta.

—Desnúdame —le ordeno sin dejar que conteste.

Desliza las manos sedosas por mi cuerpo y me libera de la ropa empapada.

Desnudo, me arrodillo y le subo una pierna por mi hombro.

—¿Qué estás haciendo? —me pregunta con ansiedad.

Levanto la vista y sonrío con malicia.

—Te estoy saboreando.

Mi cara desaparece entre las piernas, mi boca envuelve su sexo y por fin lo saboreo.

Dios, este es el sabor que debe tener el paraíso.

Me agarra del pelo mientras profundizo en ella con la lengua.

Gime, mi pene está firme.

Succiono los labios de su sexo, la torturo mordiénolos y se contorsiona de placer. Verla disfrutar es el afrodisíaco más potente.

Siento sus uñas en los hombros, va a llegar al clímax, lo percibo por las contracciones cada vez más seguidas que me levantan la lengua, pero todavía no está lista. Empujo la carne escondida con la boca y la penetro más a fondo mientras le agarro las nalgas.

—Carlos.

Parece un reclamo desesperado, está a punto de ceder, justo lo que quiero: ha perdido el control.

La lamo con más ímpetu haciendo que se doble hacia adelante, señal de que ya no aguanta más.

Pero soy un cabrón, no quiero darle lo que espera, así que me detengo.

Me levanto y con un único gesto le doy la vuelta y la presiono contra la pared para penetrarla.

Grita por la sorpresa.

—Esto por haberme abandonado en la piscina —gruño pegado a su cuello.

Me abro paso en ella.

—Esto por haber creído que podías huir.

Profundizo hasta rellenarla entera. Gime con la cara aplastada contra los azulejos.

—Esto para recordarte quién soy.

Le cojo los pechos con las manos y le doy un empujón con tanta fuerza que la dejo sin poder respirar.

Me apodero de ella con ímpetu insaciable, el ritmo se vuelve convulso.

No me es suficiente, es más que una necesidad, es algo incontenible: dependo de ella.

Me coge de las muñecas. Me quema el cuerpo, sus gemidos amplifican mi deseo.

Nuestras pelvis bailan juntas, nuestros gemidos dan vida al ritmo del placer.

Ya no puedo contenerme, profundizo un par de veces y después me libero respirando profundamente. Tiembla por los espasmos, abrazo con fuerza y le beso el hombro y el cuello.

—Soy el *Diablo* y tú eres solo mía —le susurro al oído.

CARLOS

El sonido de las ondas, el silencio: felicidad.

Nunca había imaginado que fuera tan simple. Nunca he estado mejor, y es todo gracias al ángel demoníaco que tengo tumbado a mi lado, mi adorada Jennifer.

Todo es perfecto y nadie nos molesta, solo estamos ella y yo.

De repente, el maldito móvil me hace poner los pies en el suelo.

¿Quién se atreve a molestarme en las primeras vacaciones con la mujer que amo?

Lo ignoro, sonrío con los ojos cerrados y dejo que el sol me acaricie para volver a la paz.

—¡Mierda! —grito al escuchar de nuevo el sonido del móvil

Lo cojo sin dejar de maldecir y respondo cuando veo parpadear el nombre de Damián.

—Dime.

—Carlos, tenemos un problema —dice en voz baja.

—Estoy. De. Vacaciones. ¿Es una cuestión de vida o muerte? —le pregunto enfadado.

Suspira.

—Tenemos que reunirnos los cuatro lo antes posible, es urgente.

Ha ocurrido algo, siento la preocupación en su voz. Es imposible volver hoy a La Habana. Me masajeo las sienes pensando qué hacer.

—Mañana por la tarde en Villa Halcón —confirmo al final, mientras con la mirada recorro el cuerpo de mi media naranja. Por suerte no parece interesarle mi llamada, no me gusta involucrarla demasiado en mis asuntos, pero antes o después la curiosidad la meterá en problemas, lo presiento.

—Vale, nos vemos —se despide colgando la llamada.

Miro la pantalla, estoy desconcertado.

¿Me ha colgado la llamada en la cara?

Mañana se va a enterar. ¿Dónde ha acabado el respeto hacia mi persona? Soy el mayor y estoy al mando. Le vendría bien un tiempo en el ejército

para saber cómo comportarse. A este paso no sé dónde vamos a acabar. He sido siempre condescendiente con mi familia, pero ellos tampoco deben olvidar quién soy.

JENNIFER

Carlos y yo estamos tumbados bajo el sol de las Bahamas saboreando un cóctel. Las palmas se mueven por la brisa refrescante y la playa es un verdadero espejismo de arena blanca fina, en contraste con el océano Índico.

Mmm, qué maravilla.

No es fácil pasar de una vida a la otra, pero me doy cuenta que, a veces, las cicatrices del alma vuelven a hacer daño, igual que las del cuerpo, por eso algunos días me da un ataque de pánico, pero esta vez no estoy sola. Cuando volví a ser yo misma, Carlos me cogió la cara con las manos y me dijo que me llevaría al paraíso. Pensé que hablaba de una sesión de sexo desenfrenado, algo que me habría ido muy bien, sin embargo, en menos de treinta minutos ha preparado una maleta con lo mínimo indispensable y me ha dicho que nos íbamos.

En un primer momento me quedé de piedra, no podía pensar, pero después me rendí y pensé: *Al diablo, él sabe cómo hacerme sentir bien.*

Y así ha sido.

—¿Quieres tener hijos? —me pregunta llevándome a la realidad.

Giro la cabeza y lo veo beber tranquilamente su Cuba Libre como si no hubiese dicho nada importante.

—¿Qué?

Me mira, el sol le da de lleno en los ojos, lo que lo hace estar más guapo de lo que ya es.

—Es una pregunta simple, Jennifer —declara con semblante serio—. ¿Quieres hijos? ¿Sí o no?

¿Me lo está preguntando de verdad Carlos Gardosa?

No puedo respirar, me estoy sofocando, pero me armo de valor para responder.

—Yo... No he vuelto a pensar después de... —dejo la frase sin terminar.

¿Por qué me lo está preguntando?

—Tengo treinta y ocho años, a los dos nos gustan los niños —apoya la

copa en la mesita y añade—: Somos una pareja compatible y me gusta la idea de tener un hijo contigo.

¿Lo ha dicho de verdad?

Lo miro con asombro y con la boca abierta.

Dios mío. Dios mío.

—¿Tú... —trago—, quieres crear una familia conmigo? —pregunto atónita.

Frunce el ceño, como si mi pregunta fuera estúpida.

En realidad lo es porque me lo acaba de anunciar, pero no puedo entenderlo.

—¡Tendremos nuestra familia! —afirma sentándose frente a mí.

—¿Y cuándo lo has decidido? —pregunto.

Se tocan nuestras rodillas y me sonrío con su típica expresión que significa «puedo con todo».

—Ahora —dice.

—No habíamos hablado de esto. Me has preguntado si quería hijos y te he respondido que no lo había pensado —le recuerdo.

Apoya los antebrazos en las piernas y me mira a los ojos con una intensidad que me perfora.

—Te diré cómo lo veo yo, pero no quiero repetirlo, así que escucha con atención, corazón: nos amamos, adoramos los niños y, considerando que estaremos juntos para siempre, también tendremos una familia. Ahora no dejes que el pánico se adueñe de ti y respira, porque sé que también quieres tener un hijo de nuevo, pero admitirlo te hace demasiado daño —deja de hablar, pero no doy señales de vida. Me coge las manos y añade:

—Estamos juntos desde hace seis meses y estás aquí porque quieres.

Sigo mirándolo a los ojos, incrédula.

Un hijo. Quiere un hijo mío.

El corazón me late con fuerza y no sé si es por la alegría o por el miedo.

La idea de tener otro hijo no se me había ocurrido, pero ahora...

—Quieres tener una familia conmigo —repito en voz baja.

Pone los ojos en blanco y después se tumba para seguir mirando el panorama como si no fuese nada.

—Empezaremos esta noche —anuncia cerrando los ojos mientras el sol le ilumina la piel.

—Carlos —chillo. Me mira con ojos entrecerrados.

—No empieces con la histeria, mujer.

Me pongo de pie y pongo los brazos en jarras mientras le miro fijamente.

—Escúchame, bombón —le digo irritada—. Cuando dos personas deciden formar una familia, antes lo hablan con calma, y después, solo si los dos están de acuerdo, siguen adelante.

—Bombón —repite complacido.

—Carlos.

—Estamos de vacaciones, cielo, relájate —me ablanda con tranquilidad—. Hablaremos después, mientras estemos encargando a nuestro hijo.

Lo mato.

—No vamos a hacer nada, Gardosa —gruño yendo hacia la orilla.

—Trae el culo aquí, Jennifer —dice con furia.

No, esta vez no va a ganar. Que se vayan él y sus órdenes a freír espárragos.

No puede decidir una cosa tan importante sin consultármelo antes. Un hijo te cambia la vida, es una responsabilidad, no un capricho.

Sigue llamándome, pero continuo ignorándolo. Algunas personas que paseaban cerca se me quedan mirando, la situación es muy vergonzosa.

Dos brazos fuertes me levantan en el aire, me quedo petrificada y chillo cuando me carga sobre un hombro y me da una bofetada sonora en las nalgas.

Lo mato, juro que lo mato.

—Bájame ya, Carlos —protesto dando patadas.

Impertérrito, sigo andando y sigue dándome bofetadas.

Ay. Esa me ha dolido.

—Cierra el pico, pareces una gallina —gruñe con tono áspero.

¿Qué me ha dicho? Qué maleducado.

Sin pensárselo dos veces se lo hago pagar con su misma moneda al hundirle las uñas en el trasero. El bañador es tan fino que le noto la piel.

—No me haces nada, cielo —me dice antes de morderme el muslo.

—¡Te falta un tornillo! —chillo mientras entramos en nuestra cabaña.

Cierra la puerta de una patada y después me lleva a la habitación para dejarme encima de la cama. Reboto hasta que recupero el control.

Lo miro apartando de un soplido los mechones que me han caído en la cara y me levanto, mientras que el cavernícola está con los brazos en jarras y la mandíbula cerrada.

—Explícame qué problema tienes —ruge.

—¿Yo? —pregunto sorprendida dando un paso hacia él.

Estoy furiosa.

—Yo no tengo ningún problema —afirmo con determinación apuntándole con el índice—. Nosotros tenemos un problema.

Sus ojos me incendian los míos. Me dan miedo, pero no tengo intención de ceder.

—Jen —me llama intentando mantener la calma—. No tenemos ningún problema, eres tú la que quiere crear problemas.

Está loco, no puede haber otra explicación.

Me acerco a él, me pongo de puntillas e intento parecer amenazadora mientras le acerco la cara.

—No puedes decidir por los dos sobre algo tan importante. Debemos hablarlo y después hacerlo. Pero no sabes lo que quiere decir hablar con alguien.

Me mira con una sonrisa malvada y me siento como un ratón en una trampa.

—Vale, hablemos —me dice con el ceño fruncido y rozándome el cuerpo.

Oh, no, esto no me gusta.

Retrocedo y viene hacia mí.

—Quiero hijos —dice clavándome su mirada magnética—. Tú quieres hijos —continúa.

Estoy en una trampa con la espalda pegada a la pared, está invadiendo mi espacio vital. Apoya las manos a los lados de mi cuerpo y luego inclina la cara hacia mí.

Debería decir algo, gritarle, pero no puedo mover ni un músculo.

—Ahora que hemos hablado sobre ello, está confirmado que queremos —murmura con sensualidad. Con la respiración afanada veo que su boca se acerca a la mía.

—Carlos.

—Mira, hasta tú lo quieres, pero eres demasiado cobarde para admitirlo —susurra en mis labios.

El corazón me late con tanta fuerza que podría salirse del pecho y rebotar por toda la habitación.

Me encantan los niños. Me encanta él.

—Nosotros... —digo en voz baja, pero no puedo seguir.

—Sí, tendremos una familia —concluye en mi lugar.

—Pero...

—Calla y bésame —me ordena pegándose a mí—. Vamos, tírate, Jennifer,

estoy aquí para cogerte. No te vas a caer, te lo prometo —susurra en mis labios, acariciándome la nuca y mirándome con exigencia a los ojos.

Tendremos una familia, un hijo nuestro.

Le cojo del pelo, lo abrazo con fuerza y lo beso como nunca antes lo había hecho.

Me tiro porque estoy segura de que nunca me dejará caer y me cuidará más de lo que pueda imaginar.

Ya no somos dos almas, sino una sola.

Nunca tuve miedo porque el hombre al que amo me protege con sus brazos mientras miramos el alba de un nuevo comienzo.

Nunca había pensado que alguien como yo, leal al deber y a las reglas, eligiese a un tipo como Carlos. Lo he odiado, pero hoy lo amo más que a mí misma. No siempre aparece la perfección en lo que ven nuestros ojos, pero el corazón sabe dónde llevarnos para encontrar la auténtica felicidad.

Estimados lectores, si os ha gustado la historia dejad un comentario, vuestra opinión es importante.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a ti, que has llegado al final de esta historia.

Gracias a los lectores, que no han dejado de seguirme en las redes sociales. Sois la dosis de azúcar que endulza mi pasión por la escritura.

Gracias a aquellos que me quieren y que están siempre a mi lado durante el recorrido excéntrico de mi vida.

Gracias a Luisa D., que ha leído de antemano la historia y me ha dado sugerencias muy útiles. Eres una persona fantástica.

Gracias a mis amigas: Daniela, Alda, Sam, Chiara, Natasa y Francesca. Sois mi fuerza, os quiero un montón, chicas.

Gracias a los lectores de Wattpad y el grupo Bello ma dannato Family. Estáis siempre en mi corazón.

Gracias a los blogs por su disponibilidad. Vuestro trabajo es admirable.

Gracias a las compañeras que siempre han estado cerca en las buenas y en las malas.

Gracias a todas las personas que he conocido hace poco, pero que han estado disponibles para la lectura de Dark Man: Kate y Antonietta. Sois dos personas extraordinarias.

Gracias a Cinzia y Chiara por las tarjetas. Sois fantásticas y sabéis que cuando veo vuestros trabajos los ojos se me ponen en forma de corazón.

Agradezco especialmente a mi familia, sin vuestro apoyo no habría podido tener el tiempo para escribir.

Y por primera vez, le doy las gracias a esa parte de mí que nunca se rinde e intenta siempre arriesgar.

Estimados lectores, si os ha gustado la historia dejad un comentario, vuestra opinión es importante.